

**CATULLE MENDÈS**  
**(1841-1909)**



**ROSA Y NEGRO**  
**y otros cuentos**

Título Original: *Le Rose et le noir*.

Edición original: E. Dentu. París. 1885

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2009. En exclusividad para  
<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

## LAS GOLONDRINAS

### I

Cuando comenzaron los postres:

– ¡La felicidad está al alcance de todo el mundo!– exclamó uno de los invitados, con la mirada y los labios iluminados – y yo he procurado echarle el guante. ¡Ah! realmente, ¿como iba a preferir los bombones negros entre mis dientes en lugar de saborear los rosas? ¡Sería de idiota! De todas las cosas absurdas propias de la humanidad, la depresión es la mayor de todas. El hombre melancólico se parece mucho a un imbécil. ¡Pase llorar! El dolor es una especie de goce puesto que forma parte de la vida. Pero yo me mofé despiadadamente de la melancolía, ¡ese pasto de poetas elegíacos! No soy rico, no soy famoso, a mis cincuenta años ya no soy apuesto, mi cráneo está calvo y mi barba teñida, – pues tiño mi barba, – ¡no importa!, pero gracias a Dios y a mí mismo, soy un mortal absolutamente feliz.

–Le envidio – dije yo.

–No lo haga, pues estando satisfecho soy bueno y divulgo con mucho gusto el secreto de la absoluta felicidad. ¿No es cierto que en la mayoría de los vivos, este triste humor negro en el que pierden el gusto por vivir se debe a su falta de estima por los hombres y las mujeres, aumentada día a día en su desdén hacia los vanos placeres cuya mentira por fin han reconocido, en una palabra, a la desilusión?

–Sin duda.

–¿Y que la existencia, a pesar de sus catástrofes bastante raras en definitiva, les sería agradable y les sonreiría si hubiesen conservado o reconquistado la fe de las cándidas adolescencias?

–Estoy completamente de acuerdo.

–¡La felicidad está pues en quién la quiere! puesto que para obtenerla basta ordenar a la experiencia: «Chochea» creyendo en el bien, en lo bello, en la amistad, en el amor, en la alegría, considerando el mundo con los ojos radiantes de un niño.

### II

Con su vaso vacío, continuó:

– Lo veo a usted con una sonrisa escéptica alzando los hombros. ¿Acaso considera imposible conservar la inocencia o volver a recuperar la ingenuidad? Se equivoca; le aseguro que se consigue con un poco de buena voluntad. Fíjese, yo que le hablo, a los treinta años (¡momento temible!) he estado a punto de volverme como tantos otros, escéptico, desdeñoso, amargado, es decir espantosamente infeliz. Una mujer adorada me había engañado con mi mejor amigo; el más honrado de los notarios de provincias había perdido, jugando a los treinta y cuarenta<sup>1</sup>, los dos tercios de mi fortuna, y mi perro me había mordido. Esos golpes fueron duros. Tenía buenas razones para creer en la perfidia de todas las amantes y de todos los amigos, en la improbidad de todos los funcionarios públicos, en la rabia de todos los canes; incluso nada me impedía, en la absurda lógica de las decepciones, ¡negar a partir de entonces el azul del cielo, el canto del ruiseñor y el bermellón de las rosas! Procuré no ser estúpido hasta ese punto. Ante las evidentes traiciones oponía con resolución la ceguera de mi buena fe; ellas no existirían puesto que no las vería; y de ese modo salvé mi alma del irremediable desencanto.

– ¿No le llevaría esa ciega confianza a conservar la amante, a dejar el último tercio de su capital a su notario y a acostar en su cama a su perro rabioso?

– ¡Eso es precisamente lo que hice! y fui bien recompensado, pues, conmovidos por mi indulgencia, la mujer me ha demostrado durante mucho tiempo una tierna fidelidad, el funcionario público ha administrado el resto de mi fortuna con leal diligencia, y el caniche me miraba, al despertar, con sus ojillos enternecidos.

–¿Es eso así?

–¡Sin duda, puesto que lo he creído! Además, no pienso en ocultar que los primeros infortunios me resultaron crueles; al principio me costaba mucho esfuerzo rechazar las crueles lecciones de la experiencia. Pero poco a poco tomé el hábito de negar las amargas, y ahora soy inocente, ignorante y feliz sin esfuerzo. En realidad no creo en el mal; estoy dispuesto a jurar que no existe; desconozco incluso la fealdad, tanta belleza envuelve el sueño que tengo en los ojos; soy, por todas partes, como una casa de cristal maravilloso en el que cada vidrio, color de un paraíso, hubiese sido colocado por el buen vidriero del que habla Baudelaire; y admiro la tierra a través de los cielos. Si se me dijese que se encuentran en el mundo ciudades menos bellas que Venencia, paisajes menos exquisitos que los cuadros de Corot, enamoradas con la mentira en los labios, amigos que hablan mal de uno cuando han traspasado la puerta, me troncharía de risa, incrédulo; lo que quiero saber, lo que sé, es que en cada alto de los viajes, se encuentran ciudades de alabastro rosa doradas por el sol o forestas solitarias llenas de pájaros y tigres sin maldad; que las bocas femeninas, vírgenes de maquillajes, tienen besos tan sinceros como los puños de las manos de los hombres. Estoy seguro de todas las honestidades y de todos los heroísmos; Si el Sr. Rothschild quisiera instituir tantos premios de virtud como personas extraordinariamente virtuosas hay, no tardaría en quedar reducido a la más extrema miseria, – ¡pero todos los banqueros del mundo harían una suscripción para devolverle su fortuna! – y es evidente que si los cien curiosos ocupados en mirar desde lo alto de un puente como se ahoga una mujer o un niño, no se arrojan al agua de un solo impulso, es por modestia o por caridad, para dejar a algún pobre diablo el honor y la recompensa del salvamento. En cuanto a lo que se refiere al talento, ¡todos los poetas, todos los pintores, todos los actores lo tienen! resulta incluso infinitamente extraño que no lo posean. Encuentro ese legítimo optimismo en las más mínimas cosas que constituyen mi dicha; apruebo las salsas de los restaurante ilustres, no dudando ni un minuto que la mantequilla no sea otra cosa que mantequilla, que el jugo de la carne no sea jugo de carne en efecto; si pido

---

<sup>1</sup> El treinta y cuarenta es un juego de apuestas de naipes consistente en el que el crupier alinea dos filas de cartas que deben sumar entre treinta y uno y cuarenta. (N. del T.)

un castillo de Yquem, estoy seguro que me sirven castillo de Yquem, y encuentro el vino excelente gracias a esa certeza. ¡Eh! ¿Por qué me iban a engañar? De modo que, seguro de la honradez de todos a causa de la bondad que yo tengo por todos, aprobando el tiempo que hace, admirando a las personas que pasan, convencido de ser querido, – pues ellas no me sonreirían, las hermosas, si no me estimasen, – ¡paso extasiado a través de esta vida que para tantos otros resulta tan amarga!

### III

–Sí, – dije yo, tras un silencio – el arte de no perder o de volver a encontrar las ilusiones es también el arte de la felicidad, y muchos hombres, al igual que usted, quieren creer que la fugitivas quimeras siempre están allí. He conocido en mi país, en el campo, a un viejo que le chiflaban las golondrinas; su mayor placer era verlas volar, blancas y negras, tan finas, en el patio y en el jardín, con sus bruscos giros, y posarse sobre las pizarras, al borde del tejado; la sonrisa de su corazón se proyectaba en sus labios cuando entraban en el bonito tumulto hambriento del nido. Llegaron los días de otoño y las golondrinas partieron. ¡Pero él decía a todo el mundo que no habían levantado el vuelo! Y, en efecto, a pesar de los fríos y las primeras nieves, él tenía golondrinas en el salón y en las habitaciones, las tenía por todas; pero no solamente las golondrinas de nuestras primaveras, sino también las golondrinas de todos los mares y cielos: ¡vencejos, aviones comunes y zapadores que mueven sus alas sobre la arena de los ríos, oropéndolas con el vientre rosado que vuelan por parejas bajo la fina lluvia, lentos charranes de cabeza negra acostumbrados a inclinarse sobre los mástiles, rabitojos de vientre rosado y fumareles, y las golondrinas que anidaron entre los senos de una diosa en los bosques sagrados de Ática! Cuando el buen viejo recibía a algún extranjero, nunca dejaba de hacerle admirar sus fieles golondrinas, y a mirárlas, a mostrarlas, con su rostro sonriente. Salvo que...

–¿Salvo qué? – preguntó el hombre feliz.

–¡Salvo que sabía perfectamente que estaban disecadas!

## LA INESPERADA

¿Es usted de la opinión de Hamlet? ¿Cree que bajo el cielo pasan cosas que toda la filosofía no podría siquiera soñar? ¿Es cierto para usted que en un albergue en Londres, Eliphaz Levy haya evocado a Apolonio de Tiane, el dulce profeta mago, y que el ilustre sabio William Crookes haya tomado el té, durante meses, varias veces por semana, con el espíritu materializado de una joven persona, vestida con una camisa de lino y cubierta con un turbante de plumas? ¡No se ría! Un espectro, incluso bajo un turbante, helaría de espanto la medula de sus huesos, y a lo cómico tal vez se añadiría el horror. En lo que a mi respecta no me reía ayer noche leyendo en el *Heraldo de Nueva York*, – número datado el 19 de marzo – la noticia de un proceso criminal que finalizará sin ninguna duda con la condena a muerte del acusado. Se trata de una siniestra aventura: en el momento de traducir la historia, reconstruida según lo dicho por el botones del hotel que escuchó por el agujero de la cerradura la conversación de los dos cómplices y según el testimonio unánime de las cuarenta personas absolutamente dignas de fe que asistieron a la suprema escena del drama, siento un estremecimiento correr por mi carne como si un trozo de hielo se fundiese en mi espalda. ¿Qué pasaría si yo hubiese visto a la bella joven muerta con su herida en el corazón sangrando, y mojándose los dedos, consagrando la frente del culpable con un bautismo de gotas rojas?

### I

El 25 de febrero pasado, hacia las tres de la tarde, un médium famoso, el profesor Benjamin Hawenport, – «Hawenport», es decir «puerto de salud», – y miss Ida Soutchotte, una joven muy pálida y delgada que se prestaba desde hacía varios años ya a las experiencias del profesor, acababan de cenar en *su* habitación en el segundo piso del Hotel Devonshire de Nueva York.

Famoso, Benajmin Hawenport lo era en efecto, pero se aseguraba que debía su notoriedad a medios poco confesables. Los «espiritistas» serios se negaban a tener en él la confianza que testimoniaban al Sr. William Crookes o al Sr. Daniel Douglas Home. «Los más duros asaltos que ha tenido que padecer nuestra causa, dijo el autor de la *Historia del Espiritismo americano*, proceden de médiums rapaces y sin principios que,

cuando las manifestaciones no se producen tan intensamente como las circunstancias lo exigen, han recurrido a la impostura para hacer negocio.» El profesor Benjamín era uno de esos médiums. Además, circulaban sobre él bastantes extrañas historias de robos a mano armada en las carreteras de América del Sur, deudas de juego en los tugurios de San Francisco, revólveres demasiado rápidamente descargados sobre inofensivas faldas; se contaba casi en voz alta que la esposa del profesor, traicionada, arruinada, golpeada, había muerto de pena. A pesar de esos enojosos rumores y gracias a la destreza de sus supercherías, el Sr. Benjamin Hawenport no dejaba de ejercer una influencia considerable sobre las almas sencillas, fáciles de convencer. Se hubiese difícilmente persuadido a un buen número de personas honestas de dos continentes que no habían visto, oído, incluso tocado, gracias a él, los espíritus materializados de sus hermanos, de sus madres, o de sus hermanas. Por otra parte, estaba provisto de un rostro fatal, de tez morena, con grandes ojos profundos llenos de salvajes destellos, con una gran nariz que se curvaba, la boca siempre torcida en un rictus demoníaco y por el énfasis casi profético de su discurso; un Satán charlatán.

Cuando el botones del hotel se hubo retirado (no iba más allá) llevando los platos del postre:

– A propósito – dijo el médium a la señorita Ida, esta noche hay sesión con la señora Joanna Hardinge; mucha gente; personajes importantes; dos o tres millonarios. Tú ocultarás bajo tu falda la tela de gasa con la que se cubren las apariciones, y la peluca de mujer, la peluca rubia.

– Como gustes, Benjamín, – respondió Ida Soutchotte con voz resignada.

El botones la oyó ir y venir por la habitación. Tras un silencio preguntó:

– ¿A quién quieres invocar, Benjamin?

Él profirió una gran carcajada, ruidosa, grosera, brutal; la silla vibraba bajo los sobresaltos de la risa.

– ¡Adivina!

– ¿Cómo voy a adivinarlo? – dijo ella.

– Quiero invocar... ¡a mi esposa!

Y se produjo un nuevo estallido de risa, más ruidoso, más brutal, con cólera y amenaza en la alegría.

¡Pero Ida había emitido un grito! Un sordo rozamiento de telas hizo comprender a aquél que escuchaba tras la puerta que ella se arrastraba de rodillas sobre la alfombra.

– ¡Benjamin! ¡Benjamin! ¡no hagas eso! – dijo sollozando.

– ¿Por qué no? Se dice que he hecho a la señora Hawenport desgraciada. Es una leyenda que me irrita. Será desmentida cuando se haya escuchado al espíritu de mi esposa hablar con ternura. Pues tú me dirigirás desde ultratumba palabras muy cariñosas, ¿no es así, señorita Soutchotte?

– ¡No! ¡no! ¡tú no harás eso! no puedes pensar en hacerlo. Escúchame, te lo ruego. Desde hace cuatro años que me has tomado contigo, te he obedecido siempre; he hecho todo lo que has querido, he aguantado todo lo que me has impuesto. He engañado, he mentado como tú, he aprendido a simular el sueño de los sonámbulos, las crisis, los éxtasis; el peso de varios hombres sentados sobre mis riñones, alfileres en la carne de mis brazos, y no tenía ni un sobresalto, no emitía ni una queja. Más aún: tras la cortina, imitando voces lejanas, he hecho creer a madres y a esposas, que sus hijos o sus maridos venían del otro mundo para hablarles, y, en los salones, entre los muebles, bajo las lámparas amortiguadas, vestida con un sudario o un velo que tiene aspecto de bruma, me he atrevido a ser la forma vaga donde ojos ciegos por las lágrimas reconocían a sus seres queridos. ¡Oh! ¡qué sacrilegios! ¡si supieses cuanto miedo tenía! Tú te burlas sin temor de los eternos misterios porque no crees en ellos; yo, yo estoy

llena de dudas y terrores. ¡Dios mío! si un día, en el momento en el que me hago pasar por él, el muerto se levantara ante mí, asustando, levantando los brazos, maldiciéndome! A esos miedos debo la enfermedad de corazón que padezco y de la que moriré; es por eso por lo que languidezco y me arrastro, febril, descarnada, extenuada. ¡Y bien! ¡no importa! soy todo tuya. Dispón de mí, tú puedes, lo quiero. ¿He protestado alguna vez? Pero hoy, Benjamín, lo que me pides es demasiado. A causa de mi obediencia, a causa de mis sufrimientos, ¡ten piedad de mí! No me obligues a representar el papel de la pobre mujer que era tan bella y tan dulce. ¡Oh! ¿cómo has podido tan solo tener esa idea? Evítamelo, Benjamín, Benjamín, ¡te lo suplico!

Él ya no reía. Como se produjo una confusión de muebles caídos y el ruido de un cráneo chocando contra un tabique, es probable que el profesor Hawenport hubiese propinado violentamente a la señorita Ida un puñetazo o una patada. Pero el botones no entró, porque los viajeros no habían llamado.

## II

Esa noche, un poco antes de las doce, en el salón de la señora Joanna Hardinge, se encontraban sentadas cuarenta personas, vueltas hacia la cortina que pronto daría paso a la aparición del Espíritu; una sola lámpara de luz muy débil en un rincón de la estancia, – con esa luminosidad que sirve para hacer ver las tinieblas más que para aclararlas; y, sobre todas las cosas, vagas, turbadoras, mientras que en el gran silencio se oían respiraciones ansiosas, las llamas de la chimenea arrojaban furtivas luces semejantes a espíritus errantes.

Nunca el profesor Benajamin Hawenport había estado tan extraordinario como esa noche. El mundo de los espíritus le obedecía sin resistencia como a su legítimo soberano: ¡era el príncipe todopoderoso de las almas! Se habían visto manos sin brazos coger flores en las jardineras; un acordeón, puesto en movimiento por un ser invisible, había tocado exquisitas melodías; golpes propinados en todos los muebles habían respondido oportunamente a las preguntas más imprevistas. Incluso el profesor, entrado en trance, se había elevado del parqué hasta una altura de tres pies aproximadamente, – según la medida tomada por la señora Joanna Hardinge, – y, con las dos manos llenas de brasas rojas, se había paseado sonriendo durante todo un cuarto de hora, ¡en el aire!

Pero la experiencia más interesante, la más decisiva, prometida desde el comienzo de la sesión, sería la aparición de la señora Arabella Hawenport.

–Ha llegado la hora,– dijo el médium.

Mientras todos los pechos latían con la impaciencia que el miedo produce, mientras todos los ojos se abrían desmesuradamente en la espantosa esperanza de la inmediata visión, Benjamín Hawenport se mantenía de pie cerca de la cortina; en la penumbra, muy alto, despeinado, con rayos infernales bajo los párpados, (como poseído por un demonio, o siendo él mismo un demonio), era verdaderamente terrible, y bello.

–¡Ven, Arabella! – dijo con voz que ordena, con el gesto de un Nazareno ante la tumba de Lázaro.

Se produjo una espera...

¡Un grito detrás de la cortina! un grito agudo, desgarrador, ¡de un terror supremo! ¡un grito en el cual huye un alma!

Los asistentes se estremecieron, la señora Joanna a punto estuvo de desmayarse; el propio médium había parecido sorprendido.

Se situó viendo moverse la cortina que, lentamente levantada, dio paso al Espíritu.

Era una joven mujer de largos cabellos rubios, muy bella, muy pálida, semidesnuda en las telas blancas, y cuyo pecho sin velo tenía bajo el seno izquierdo una herida sangrante donde oscilaba un cuchillo.

Todos se echaron hacia atrás, de pie, empujando sus sillas hacia la pared; aquellos que tuvieron la idea de mirar al médium vieron que él se estremecía, horrorosamente pálido, caminando hacia atrás también.

Pero la joven mujer, la señora Arabella, la *auténtica*, que él reconoció perfectamente, – ¡había venido puesto que la había llamado! – caminó derecha hacia Benjamín Hawenport, que, estúpido, lívido, ponía las manos sobre sus ojos para evitar el terrible espectáculo, y huía de mueble en mueble; ella mojó en su herida los dedos de su delgada mano, y, sobre la frente del médium arrodillado en espantoso shock, dejó caer, gota a gota, la sangre, diciendo con voz lenta y lejana, semejante al eco de un lamento: «¡Tú me has matado!» Entonces, como él rodaba sobre el parqué con estertores de agonía, se encendieron las lámparas. El Espíritu había desaparecido. En el cuarto vecino, detrás de la cortina, se encontró el cadáver de la señorita Ida Sotuchotte, con la cara convulsa. Un aneurisma, diagnosticó un médico que se encontraba allí. Es por lo que el profesor Benjamín Hawenport comparece sólo ante el jurado de Nueva York, inculpado de haber asesinado a su esposa, hace cuatro años, en San Francisco.



## **DON JUAN EN EL PARAISO**

### **I**

Cuando compareció, – tras las formalidades, muy abreviadas para él, de la agonía y de la muerte, – ante el juez que, separando el buen grano del malo, abrió a los elegidos las puertas paradisiacas y precipitó a los condenados al eterno Infierno, Don Juan, tal y como está escrito en el Libro de Charles Baudelaire, no se dignó siquiera a mostrarse conmovido; e incluso, siempre joven y tan apuesto, sus labios conservaban la sonrisa por la que lloraron las Elviras y las Anas.

Ante el aspecto de este adolescente que había tenido desde la tierra la inmortalidad de la gracia, las vírgenes del cielo soñaron con un paraíso que no conocían, y suspiraron encantadas; hacían votos, se hablaban en voz baja entre ellas, para que ningún cargo grave se levantase contra el acusado, para que fuese admitido en la imperecedero goce, salario de los inocentes o arrepentidos; ellas tendrían el placer de pasearse en su compañía en ese sendero de estrellas que llamamos vía láctea, interpretando música con él, los días de concierto cerca de Trono.

Pero pronto debieron renunciar a esas amables esperanzas. Apenas Don Juan había respondido, indolentemente, a las primeras preguntas del juez, una llorosa multitud de muchachitas y mujeres se abalanzó hacia el supremo pretor, despeinadas, con los vestidos deshechos, con lágrimas de rabia en los ojos y heridas sangrantes en los corazones.

Eran las víctimas del implacable amante.

¡Había fingido amarlas a todas! ¡Las había engañado, torturado y olvidado! Había elegido las más bellas para hacerlas más desgraciadas. Las niñas sonrojadas que se turbaban tras las celosías al ruido de sus pasos en la calle, las esposas cuyo sueño mentiroso, vuelto hacia la callejuela del lecho, escuchaban con un espanto delicioso subir hasta ellas, a través de los ronquidos del esposo, la serenidad del amante, las novicias despertadas en la paz de los claustros lo habían seguido apasionadamente, sin escuchar la consiguiente persecución de las maldiciones; dejando atrás en su huida cadáveres de padres o de maridos, arrancándose del cuello escapularios para estrangular con ellos a la hermana conversa cuyos gritos habrían dado la alarma. Su irresistible codicia no había respetado a ninguna bella viva; victoriosamente, se había alzado hasta

las más ilustres y rebajado hasta las más humildes; había robado reinas en las alcobas de soberano y campesinas en camastros de aldeanos; y, a todas, a todas, después de rápidos besos en vano suplicantes y tendiendo los brazos, las había rechazado con un gesto burlón y con risa de desprecio. ¡Oh, crueldad de los largos abandonos después de demasiadas cortas delicias! Arrastrando su vergüenza y su duelo, llenas a la vez de remordimientos y el lamento por la culpa, ellas lo habían buscado, durante mucho tiempo de ciudad en ciudad, de región en región, teniendo por guías las desesperanzas que dejaba tras él, como se sigue la huella de un asesino por las gotas de sangre sobre el camino. Ahora, a los pies del infalible arbitro, mostrando, innumerables, la belleza traicionada de sus cabelleras de oro o ébano, de sus ojos de azur o noche, de sus bocas de rosa, sus senos de nieve, y sus corazones desgarrados, ellas pedían justicia en su furioso dolor; y se producía, alrededor de don Juan, como un asalto de un mar enfurecido y quejumbroso contra una roca.

Un murmullo de horror, a causa de tantos crueles abandonos, corrió entre el celeste auditorio; las vírgenes espantadas unían sus alas encima de sus frentes.

## II

Sin embargo, como el acusado siempre sonriente no se dignaba a responder, un ángel, abogado de oficio, tomó la palabra para defenderlo.

Él no negaba el crimen de don Juan. ¡Los testimonios de las víctimas eran irrefutables! Sí, sin duda, su cliente había hecho daño a las más encantadoras de entre las mujeres de la tierra, y, seducidas, las había abandonado sin una palabra de consuelo, sin una lágrima de despedida. Se habría podido justificar, a causa del encanto de la mujer, el haberla deseado demasiado, pero nada podía exculparlo de tantas ingratitudes después de tantas felicidades. Parecía pues haber merecido el eterno castigo. Sin embargo, ¿no era posible la admisión de circunstancias atenuantes? ¿Se sabía si ese torturador no había sido torturado? Según los poetas del bajo mundo, él llevaba consigo una infinita necesidad de ideal; ¿era culpa suya si la insuficiencia del femenino terrestre, no permitiéndole nunca estar plenamente satisfecho, había debido buscar, de amor en amor, sin descanso e inútilmente la realidad de su sueño? ¡Cuántas tristes experiencias! ¡y cómo había sufrido sin duda! El abogado no quería en ningún modo, cuestionar a honorables testigos, cuya pena tan legítima era digna de todos los respetos. Pero, por exquisitas que fuesen las perjudicadas, tan apasionado como fuese su cariño, ¿tenían ellas con que colmar los deseos de un alma siempre hambrienta de imposibles embriagueces? Así pues, aquél que tenía tantas víctimas, era una víctima también; Había conocido las desesperanzas igual que las desesperadas; y sin duda el tribunal, haciendo gala de alguna indulgencia...

¡Pero el angélico abogado no tuvo ocasión de acabar! Los quejas de las mil tres abandonadas cubrieron su voz en un redoblamiento de imprecaciones; al mismo tiempo murmullos crecientes de la asamblea daban a entender que el autor de tantos males no debía esperar ninguna misericordia; y, en la mirada del juez, como el rayo antes de la tormenta, se vio brillar una amenaza, que era el preludio de una condena. Don Juan estaba perdido.

## III

Pero, entonces se acercó una anciana.

Sórdida, harapienta, con la piel de la mejilla y del cuello colgando como sus harapos, unas matas de cabello de un gris sucio, parecidas a islotes de lana sobre el

cuero de un dromedario, jadeando bajo un fular grasiento, con la cara exangüe, tachonada aquí y allá de manchas violetas, el ojo glauco, una lágrima viscosa temblando en los pelos de la nariz, su lengua que salía sobre un labio caído; era tan vieja y tan odiosa de ver, con su balanceo que daba el aspecto de caminar apoyada en una muleta, que todos los ángeles volvieron su mirada en un grito de repulsión; y emanaba de ella un sucio aroma de hatillo de trapos, – hatillo donde se mezclarían en andrajos, con otras basuras, medias de pobre y camisas de mujer, – una peste de antro húmedo, donde se habrían podrido flores, donde habrían enmohecido maquillajes. En medio de las bellas desoladas, que se parecían, semidesnudas, a flores generosas, ella fue como un charco de fango caído entre las rosas.

Con voz cascada por una tos ronca, dijo:

– Aunque casi era centenaria y sucia como me veis aquí, el rabioso demonio de las lujurias no dejaba de avivarme la sangre ni de quemarme la medula. Para comprar jóvenes besos para mis labios envejecidos, tuve que vender mis muebles, mis vestidos, mis joyas. Hasta ahora, como las mendigas, los acosaba en las encrucijadas y las calles estrechas de la vieja ciudad, comiendo cosas que se encuentran en los despojos ante el paso de los traperos, durmiendo bajo toldos o en las sótanos a cielo abierto de las casas en construcción. Pero el hambre no me extenuaba. No me sentía helada ni por el viento ni por la lluvia. La antigua codicia, sobreviviente, estaba presente en mí como una antorcha siempre encendida; y no eran ni monedas ni pan lo que mendigaba a los transeúntes nocturnos. ¡Oh, pobre anciana sacudida como un andrajo al viento por el infernal deseo! Mis manos, de repente, al acecho en un rincón de un portal, se abatían sobre un hombre, lo atrapaban, lo agarraban bien: por desgracia todos huían de mí, me desairaban, profiriendo todo tipo de insultos a causa de mi rostro innoble, de mis cabellos grises, de mis ojos glaucos de gul secular, entrevistados en las tinieblas. Nadie quería nada de mí, abyecta, ni los merodeadores, ni los ladrones, ni los borrachos para quiénes todo beso es bueno. Acurrucada detrás de algún mojón, con los puños en los dientes, lloraba lágrimas de rabia, o bien de pie aullaba a la noche como un animal enloquecido. Era infame, sí, pero piadosa en esa infamia, – puesto que al fin y al cabo ¡yo no había prendido el incendio que me devoraba!– y, despreciándome me consideraba digna de ser rechazada. Ahora bien, una noche, que con el oído avizor y los ojos despiertos, acechaba al azar vanamente esperando, siempre esperando, vi venir bajo las estrellas a un adolescente ¡más encantador que todos los sueños de las mujeres! Hasta tal punto era bello; vos lo sabéis, vos que me escucháis, puesto que ese paseante era el joven que está ahí, ¡era Don Juan! A su vista quise huir, temiendo la tortura de un irrealizable deseo, entre todos absurdo. Que un patán, alguna noche, rechazado y hambriento de caricias como yo estaba, me echase los brazos alrededor del cuello, tal vez soñarlo podía sin estar loca; pero este efebo de cabellos de oro, digno de la alcova de una reina, ¡con qué asco me rechazaría! Sí, quería huir. pero él se acercó, me retuvo con un gesto y me miró durante un buen rato, enternecido, mientras yo lo contemplaba, sin palabras, extasiada, igual que un condenado que ve el paraíso. ¿Qué pensaba? ¿Qué intenciones tenía? Me pareció que unas lágrimas velaban sus ojos más dulces que estrellas. Por fin me tomó la mano, – ¡él! ¡yo! él, tan deliciosamente adorable, ¡al que todas adoraban! Yo, inmunda, ¡que había sido despreciada por los borrachos y los ladrones! – y, habiéndome llevado hacia un lugar más oscuro, cariñoso, con la boca hacia mi boca, me rodeó con sus brazos y con todas las queridas palabras durante tanto tiempo, tanto como un esposo abraza a su joven esposa.

IV

La amenaza se había apagado en la mirada del juez; y las mil tres enamoradas bajaban sus cabezas quejumbrosas, no atreviéndose ya a acusar al despiadado que se había mostrado piadoso. Como Don Juan fue absuelto, las vírgenes del cielo pudieron pasearse en su compañía en ese sendero de estrellas que llamamos la vía Láctea, e interpretar música con él los días de concierto cerca del Trono.

## EL RETRATO IDÉNTICO

Cansado de haber caminado durante bastante tiempo, recitando versos entre los brezos rosas, me había sentado sobre un tronco de un árbol en el lindero del bosque, y, como me ocurre a menudo, miraba la pequeña miniatura donde vive el querido retrato de mi amiga, de mi amiga por desgracia que ya no está. Absorbido por la dulzura de los recuerdos, no hacía ni un movimiento; de modo que los pájaros, primero asustados, fueron confiándose y volaban a mi alrededor, cantando sobre las ramas en torno a mi cabeza y discutiendo con sobresaltos de alas en el musgo a mis pies, mientras un viento fresco por haber atravesado las hojas y haberse mojado en las fuentes, hacía estremecer en murmullos prolongados la insolación de los ramajes y las hierbas; incluso un herrero familiar se posó sobre mis hombros; eso fue, pensé yo, para mirar desde más cerca el retrato de mi amiga.

¡Qué cruel había sido conmigo antaño! Yo no tuve necesidad de que se muriese para llorar; en vida me torturaba por sus desdenes y sus traiciones. Yo la amaba con un profundo cariño; y me había entregado a ella tan enteramente que todo lo que no fuese ella no suponía nada para mí; todavía componía versos porque ella se dignaba a escuchar la música; todavía anhelaba la gloria para impresionarla, tanto como desease, bajo el escaparate de un joyero, con el río de diamantes o de perlas que se le daría a aquella que se ama. Pero a ella no le preocupaba mi pasión día a día creciente; aceptaba como algo merecido mis abnegaciones, mis sacrificios, el ofrecimiento de toda mi alma; y su sonrisa, que se burlaba un poco, jamás agradecía. En los momentos de las supremas delicias, cuando besaba sus ojos, cuando besaba su boca, ella permanecía impassible con un aire de aburrimiento, no consintiendo en proporcionarme la ilusión de mi goce compartido; y yo estaba en la imperfecta embriaguez de mi paraíso, como un elegido que viese bostezar a su Dios. Por otra parte, lamentablemente, ella era más dulce; la sorprendí una vez con la mano en otra mano que no era la mía: sus miradas tenían una melancolía dichosa que yo jamás le había visto. ¡Ah, malvada, malvada! ¿qué corazón tenías para permanecer insensible a mis suplicantes ardores, – o si no lo tuvieses?

Pero una vez que murió, – ¿por qué florecéis todavía, flores de bellos jardines? ¿por qué cantáis todavía, bonitos pájaros del bosque, puesto que su labio se ha marchitado, puesto que su voz se ha callado? ¿y cómo es posible que no hayan desaparecido con ella todas las gracias y todos los encantos de los que daba ejemplo? –

desde que había muerto, ya no me acordaba ni de sus barbaries ni de sus mentiras; la volvía a ver en mi pensamiento tal y como hubiera debido ser; suponía un delicioso dolor el contemplar en el querido retrato la frente puro en la que yo había puesto el calor de mi aliento, los vagos ojos donde se había mecido mi sueño, la boca fría como una flor de nieve rosa, que me debía tantos besos.

Mientras me inclinaba hacia la miniatura para aumentar en vano la deuda, oí una risilla detrás de mí, repentina y seca como el escape de un hilillo de agua a través de los guijarros; y, dándome la vuelta vi a un anciano, curvado, flaco, más bajo que el matorral de seringas de donde salía su cabeza; tenía una amplia cara pálida, sin arrugas, brillante, con un mentón agudo, entre cabellos canosos, largos y suaves.

## II

Yo lo conocía. Era un loco. Vivía en el manicomio que se había construido sobre la colina a causa de los buenos aires. Como era completamente inofensivo con sus ensoñaciones infantiles, se le dejaba pasearse sin problema por el campo; y nos habíamos conocido una mañana que arrodillado al borde del estanque él soplaba una caña con cinco agujeros para enseñar a las ranas una antigua canción. Yo tenía por él una simpática compasión, conociendo su historia. Él también había sufrido antaño por el amor de una mujer, y había perdido su razón porque había perdido su felicidad. Pero su viejo corazón no estaba muerto, y la fuente de sus lágrimas no estaba agotada; de pronto, – después de vagos embotamientos ocupados en trenzar tallos para hacer jaulas para cigarras, – si veía un nido bajo las ramas o el vuelo entremezclado de dos mariposas, echaba sus dos manos al pecho, como para comprimir dolorosos latidos; luego, entre sollozos, enjuagaba los ojos sus largos cabellos blancos.

## III

Me dijo riendo, a intervalos:

–¿Por qué miras ese retrato? ¿por qué quieres besarlo? No es parecido. Estoy seguro de que no es parecido. ¡Ah! ¡ah! ¿Crees encontrar ahí a la que has amado porque reconoces su boca, sus ojos, su frente, todo su rostro? ¿Piensas que la belleza de la mujer es la mujer en sí misma? Debes estar muy loco. La boca miente, los ojos engañan, la frente decepciona. Lo que tienes entre las manos es el reflejo de una hipocresía. ¡Ibas a besar la imagen de una máscara! Haz venir a todos los pintores de la tierra, los más sutiles y los más grandes, los actuales y los de antaño; muéstrales a tu amante, sin maquillaje, sin velo, absolutamente desnuda; ordénales que reproduzcan su forma sobre la tela y que se pongan a la tarea, – Rafael, Van Dyck, Holbein, M. Ingres,– con todo el ardor de tu voluntad y todo el poderío de su talento; ¡oh! verás nacer de un modo magnífico bajo los pinceles las miradas, las sonrisas, las carnes que has amado, que has poseído; pero tu amante, ¡no! Pues, en realidad, aquellos que quieren tener el verdadero retrato de una mujer deben tener el retrato de su corazón.

Lo escuchaba con tristeza.

– Tales pinturas – dije – no existen. ¿Qué artista, por prodigioso que sea, sería capaz de expresar mediante la línea y el color las indiferencias o las crueldades de las bien amadas?

– ¡Te equivocas!– exclamó con voz estridente y la mirada salvaje. Existen esos retratos. Y yo, el viejo loco, tengo uno. Sí, he rotos, desgarrados todas las miniaturas, las fotografías donde parecía revivir aquella que perdí; pero he conservado, lejos de

todas las miradas, celosamente, la imagen perfecta de su corazón, tan perfecta que un lis se parece menos a un lis, una hoja a una hoja, una gota de sangre a una gota de sangre, que esta imagen se parece a ese corazón. Y tal es ese retrato extraordinario que no representa únicamente, en la intimidad real de la vida, a la mujer que yo amé, ¡sino a todas las mujeres en efecto que fueron amadas en este mundo!

Yo negué con la cabeza y me levanté dispuesto a seguir mi camino. Pero él me tomó del brazo, me retuvo y me arrastró diciendo:

–¡Loco! ¡loco! ¡ven conmigo! te mostraré el retrato.

#### IV

Cuando nos introdujimos en el bosque, lejos del lindero, lejos de posibles paseantes, él se detuvo jadeante; miraba a su alrededor con inquietud, como temiendo alguna presencia curiosa.

–¿Y bien? – pregunté yo.

– Espera – respondió.

Extrajo de su bolsillo un estuche de satén azul, desteñido y arrugado, dónde las lágrimas habían dejado pequeñas manchas pálidas, lo besó, lo abrió lentamente sacando finalmente un marco dorado, redondo, muy estrecho, que me mostró con aire triunfal.

Pero entre los bordes del marco no había nada, nada, aire, un poco de espacio, ¡nada! Era como la órbita dorada de un ojo antaño arrancado.

–¡He aquí el retrato de su corazón! ¡el retrato del corazón de todas las mujeres!

Luego, tras un brusco sollozo:

–¡Oh! ¡Cómo se parece!– dijo besando el agujero vacío con sus viejos labios.

### **LAS FLORES EN EL AGUA**

Había en el valle un pequeño lago con palideces de ópalo, tan pequeño que un único árbol, un abedul, bastaba para proporcionar unos destellos se sombra clara; y lo que se reflejaba allí de cielo, cuando el viento inclinaba las ramas del otro lado, habría podido captarse por un ojo un poco grande.

Una mañana, la hija del rey – la que en las canciones de mi país mira desde la ventana pasar los bonitos tambores regresando de la guerra, – se encontraba al borde del lago, muy ocupada con una libélula que rayaba el agua con vivos zigzags; incluso, para no perderse todo el frenético movimiento del insecto, había depositado sobre la orilla su muñeca vestida de brocados y oro que parecía una dama de honor acostada en la hierba.

Pues la princesa, aunque sus quince años hubiesen florecido el mes pasado con las primeras ínfulas primaverales, era una muchachita totalmente ingenua todavía, corriendo tras las mariposas, contenta de la madrugada a la noche por un herrerillo descubierto. Que fuese bonita no se dudaba y le gustaba que hubiese en su espejo, cuando se miraba, un encantador rostro sonrosado bajo unos cabellos del color del sol. Pero nunca se había preguntado de que sirve ser bonita, ni lo que se hace con los ojos azules y los labios en flor. No tenía en su pequeña alma ni una sombra, ni incluso la de un sueño. Y comprendía menos el mundo porque los príncipes que eran recibidos en la corte de su padre la miraban con aire extasiado, emitiendo grandes suspiros; cuando los tambores que regresan de la guerra pasaban ante el palacio cantando: «Hija del rey, ¿quieres ser mi esposa?» tenía todas las penas del mundo cuando se le impedía irse con ellos, tanto era su ignorancia de lo es ser la mujer de alguien. Le habríais pedido, so pretexto de enseñarle un juego, que se acostase cerca vuestra, sin camisa, que ella no habría experimentado ningún pavor, e incluso se hubiese apresurado a quitarse su vestido y todo lo demás si le hubieseis prometido, con un gran juramento, no hacerle cosquillas.

De súbito, emitió un grito. ¿Ocurrió que inclinándose hacia el lago para ver más de cerca la libélula, había estado a punto de caer, al deslizársele un pie por la húmeda hierba? No, pero había visto, todavía veía algo muy extraordinario. En el fondo del lago había un lis ¡más blanco que el marfil y la nieve! y permaneció mucho tiempo, soñadora, considerando la cuestión; pues al fin y al cabo no es ordinario que los lis de los jardines florezcan en el agua.



## II

Pasado algún tiempo, llegó a la corte un joven que tocaba la guitarra y que tenía por oficio, como los pájaros, cantar canciones. Las sabía tan bonitas que un hada sin duda se las había enseñado; pero su voz sola hubiese bastado en iluminar el alma, de tan hermosa y placentera que era. Todo el mundo convino, incluso los príncipes que no se preocupan demasiado de las cancioncillas ni las baladas, incluso las gentes de armas acostumbradas a deleitarse con el grito ronco de los clarines, que era un placer infinito escuchar a ese músico; cuando daba la vuelta al corro que lo escuchaba, tras haber contado amorosas leyendas, muchas piezas de oro caían en su platillo. Solamente la hija del rey no le daba nada, muda, con los ojos medio cerrados, perdida en un sueño. Se había convertido en otra a causa de sus canciones, y era de su corazón del que quisiera hacer limosna. Ya no se fue más divertida ahora a mirar estremecerse las alas de la libélula ni a descubrir herreros. Comprendía por qué tantos príncipes, en la corte de su padre, la miraban emitiendo grandes suspiros, lo que decían los guapos tamborileros pasando bajo la ventana. Como las señoritas de las que el guitarrista contaba sus aventuras, a ella hubiese querido seguir por los bosques y los montes a algún galante caballero que le hubiese llevado en brazos hasta la hora de los dulces anocheceres! Aunque se estremecía asustada y encantada, quiso responder no, hizo la señal de sí, una vez que el cantante, pasando cerca de ella, se atrevió a decirle al oído que la esperaría, llegada la noche, a orillas del pequeño lago, bajo el abedul.

Ella llegó a la cita temblando. Allí, bajo las ramas también musicales, él cantó para ella todos los bellos poemas que sabía; los inventó todavía más bellos; y ella escuchaba, conmovida, muy cerca, desde tan cerca que sintió por fin la canción besarle los labios! Entonces él se calló. El silencio rumoroso de la noche fue su único epitalamio. Con los brazos entrelazados y las bocas unidas, – en la mullida hierba donde antes se había acostado su muñeca, – se abrazaron deliciosamente, poniendo la sombra cortinas a su lecho conyugal, mientras la luna, al igual que una discreta lámpara, se amortiguaba con una nube.

Pero de repente, – ocurrió a la pálida hora donde se apagan las últimas estrellas, – la hija del rey emitió un grito. ¿Qué había ocurrido? ¿Había tenido miedo a causa de un ruido de pasos que se acercaba, a causa de alguien que acechase a través de las ramas? No, pero, inclinando la cabeza, había visto, y todavía veía algo extraordinario. En el fondo del lago había una rosa más roja que el coral y los rubís! y permaneció mucho rato, soñadora, considerando la cuestión; pues al fin y al cabo, no es ordinario que las rosas de los jardines florezcan en el agua.

## III

El rey fue presa de una gran cólera, cuando su hija le manifestó que pretendía casarse con el guitarrista; tanto o más que, desde hacía tiempo, había resuelto entregarla en matrimonio al sobrino del emperador de Trébizonde. ¡Agitó su cetro con aire formidable! declarando que nunca consentiría en aceptar por yerno a un recitador de sonetos, a un titiritero que se dedicaba a amenizar las bodas pueblerinas! Todo eso no valió de nada. La princesa rogaba, lloraba, gritaba, y él optó por decidirse a contentarla, para gran escándalo de los cortesanos y los príncipes, cuando ella hubo confesado el misterio de la hierba nupcial, por la noche, a orillas del lago. Pero una nueva sorpresa estaba reservada al monarca. Lejos de mostrar la menor alegría por la noticia del glorioso himeneo que le habían ofrecido, el recitador de baladas dijo que no quería casarse, alegando como única razón que algunas pájaros no sabrían cantar enjaulados; y

aprovechó la estupefacción en la que quedaron sumidos todos los asistentes por resta respuesta para desaparecer en una carcajada antes que de que se hubiese pensado en castigarlo por su insolencia. ¡Qué desgracia! ¡Qué tristeza para la hija del rey! No se encolerizó, tal era su pena. De este modo no conocería más la dulzura de las músicas, de los besos después de las músicas; y una larga amargura siguió a esas breves alegrías. Se trataba en vano de consolarla; ella huía, permanecía encerrada en sus aposentos, mirando desde su ventana el camino por donde había huido el ingrato, no pudiendo creer que ya no regresaría, acechando en el silencio o en los ruidos del camino la canción del retorno; o bien estaba sola, largas horas, a orillas del pequeño lago, contemplando con ojos mojados por las lágrimas la querida hierba pisada que todavía no se había levantado.

Una vez, como ella bajaba su cabeza, pesada por tristes pensamientos, emitió un grito. ¿Qué ocurría? ¿Era que un nuevo dolor mordía ese corazón ya desgarrado? No, un único dolor, siempre; pero había visto, todavía veía algo extraordinario. En el fondo del lago había una caléndula, una caléndula pálida, apagada, como un rayo descolorido! y permaneció mucho tiempo, soñadora, considerando la cuestión; pues al fin y al cabo, no es ordinario que las caléndulas de los jardines florezcan en el agua.

Pero entonces, del tronco del árbol, entreabierto, salió una pequeña dríada, o una pequeña hada, que dijo a la hija del rey:

– No son flores auténticas las que se ven en el fondo de este lago; debes saber, ¡oh mi encantadora princesa, pura antes como los lis, abierta ayer como una rosa roja, más melancólica hoy que las pálidas caléndulas!, ¡debes saber que has venido al borde del lago donde se reflejan las almas!

## LOS PELIGROS DE LA CARIDAD

Lo que tiene sobre todo de terrible el niño-demonio Amor, es que, para hacer caer a las jóvenes mujeres en sus trampas, no hace uso únicamente de las debilidades que ellas puedan tener, sino también de las virtudes que tienen. Por ejemplo, no les sirve de nada ser decentes o fieles, puesto que, de esos mismos méritos, él sabe extraer ocasiones de pecado, donde deterioran la fidelidad y la decencia; se parece a un ladrón mágico que no vería en una puerta cerrada con doble giro de llave más que la posibilidad de pasar por el agujero de la cerradura. Es tan cierto que muchas mujeres bonitas, – de aquellas que no son bonitas ¿para qué inquietarse?– renuncian deliberadamente a sus virtudes naturales, que no sabrían retrasar por un instante más la inevitable derrota y no tendrían otro efecto que añadir la humillación de un vano preparativo de defensa. En cuanto a aquellas de mis lectoras que todavía dudasen – ¡felicito efusivamente a sus maridos y a sus amantes! – de la habilidad del demonio Amor ha obtener del bien el mal, les contaré una historia completamente destinada a convencerlas; me fue contada en un salón muy decorado, en cuyo techo había pinturas de pastoras y ninfas, por una risueña abuela, delicada y menuda, con arrugas rejuvenecidas por el maquillaje, los bucles blancos, tal vez de polvos, que se acordaba confusamente de haber estado antaño en una isla, bajo los vuelos tórtolas y entre los laureles rosas, una dulce abuela charlatana, feliz de contar leyendas de amor a las muchachitas y a los jóvenes muchachos de Cítara; de modo que confundía fácilmente los países como las épocas, no sabía si hablaba el griego de Ionis, o el francés de París, hacía la señal de la cruz cuando estaba de humor devoto, en el nombre de Cipris, de Eros y de la Colomba; y, si ponía la nariz en una de las ventanas de su castillo, llegaba a tomar por un Fauno apasionado de una Dríada al leñador de brazos desnudos que besaba a una granjera en el soleado lindero del bosque.

### I

Había una vez una guardiana de corderos que era la más hermosa pastora que uno pueda imaginarse. La abuela, los días de griego, no dejaba de llamarla Naïs; añadía que la historia hacía ocurrido junto a un bosque sagrado, a orillas del Céfise; pero tengo buenas razones para creer que la protagonista del cuento se llamaba Michelette, y apacentaba su rebaño en los prados donde pacían las ovejas de la señora Deshoulières.

Michelette, pues, era la más encantadora criatura del mundo; quién la hubiese comparado, por el frescor, a una rosa, y por la gracia ligera de sus andares, a una saltarina cordera, habría probado que tenía buen juicio. Y ella añadía a su belleza la bondad; su corazón era tan dulce que su rostros era encantador. Se conmovía hasta que fluían sus lágrimas nada más que viendo pasar, bajo sus pesadas gavillas, a los ancianos que regresaban del bosque; «¿Quiere usted, mi bravo hombre, que le lleve la mitad de su leña?» La hucha donde ella metía el dinero de sus ganancias, la rompía enseguida para dar limosnas a los pobres de la aldea. También era piadosa con los animales, dando a las aves las tres cuartas partes de su pan, dejando beber a su perro toda la leche de su escudilla; una vez, estuvo triste hasta la noche, – ella que cantaba a lo largo de todo el día.– y, como las gentes se mostrasen sorprendidas, «Es, dijo, que pisé una cochinilla esta mañana atravesando el sendero.» Pero si tenía el corazón tierno hacia los miserables, sin embargo era muy cruel con los enamorados. Aunque tenía ya dieciséis años, jamás concedía una cita bajo los olmos, cerca del lavadero, ni en los trigales, ni en los viñedos; a quién le pidiese un beso respondía con una risa burlona; incluso había rechazado las ternuras de un joven pastor de bueyes que era el muchacho más guapo de la región. Lo que sobre todo la alejaba del amor, era el haber escuchado decir que los esposo, los amantes también, tienen por costumbre retirar sus vestidos para poder besarse con más comodidad. ¡Desnudarse! Ella no podía soportar esa idea. No es que tuviera gran pena, ni que hubiese perdido gran tiempo en quitar sus prendas: un par de zuecos, una falda de algodón y una camisa de tela gruesa era toda su vestimenta. Pero no concebía, tan imbuida estaba de inocente pudor, que se pudiese decidir a descubrir su piel tan blanca y tan suave como la tenía; mostrársela a un hombre le parecía algo terrible, más criminal que todos los crímenes, ¡imposible!; y, una mañana cuando pensaba en esas cosas, hizo el solemne juramento de no quitarse nunca las telas donde se ocultaba su bonito pequeño cuerpo, excepto para meterse en la cama, muy rápido, sin luz. ¡Pero este juramento tuvo por eco una carcajada en las ramas! El que reía de ese modo era el niño-demonio Amor. Él decidió ladinamente que la pequeña pastora no tardaría mucho en faltar a su juramento; y van ustedes a ver como logró sus fines. Se preguntarán ustedes, cómo pudo seducir a Michelette, que tenía tantas virtudes. Pues bien, se sirvió de una de ellas precisamente para triunfar sobre las demás.

## II

Como ella pasaba por una callejuela florida, bajo un claro sol que doraba las hojas verdes, vio unos pobres pajarillos, – ocho o diez, tal vez más, – que se arrastraban torpemente con sus alas sin plumas, casi desnudos, entre los guijarros y las zarzas, y que piaban hasta partir el alma. Sin dudar habían caído de sus nidos bajo un golpe de viento. Michelette, buena como era, se sintió muy conmovida. Cogió uno a uno los pajarillos, los besó, los calentó con su aliento, creyó que se encontrarían bien en sus dos manos juntas. Pero ellos continuaban piando, abriendo sus grandes pequeños picos amarillos. Sin duda, añoraban el florido matorral donde habían salido del huevo y la sombra de las hojas sobre el aleteo de sus alerones. Entonces la pastora buscó los nidos vacíos, de rama en rama, aquí y allá, por todas partes. No los encontró; el viento los había arrastrado o bien algún niño desconsiderado los había tomado por juego. ¿Qué hacer? Había allí musgo e hilos de la Virgen, atravesando el sendero; pero ella no sabía construir nidos, al no ser ni pardillo ni curruca; y las pequeñas avcillas no dejaban de quejarse. ¡Tuvo una idea! Dejando un instante los pájaros en la hierba, retiró sus zuecos, ambos, – eran tan pequeños que no bastó uno solo, – los llenó de hojas lisas, y metió en ellos a los pobres pequeñines sin plumas, cinco en este, cuatro en aquél; y los zuecos

colocados sobre dos ramas vecinas fueron dos nidos donde los pajarillos ya no se lamentaban, pareciendo estar muy cómodos, mientras que las madres recién llegadas volaban encima de ellos con trinos de alegría. Michelette se fue contenta, aunque un poco apenada sin embargo por sus pies descalzos que miraba a través de la hierba con el ojo medio cerrado de las violetas.

### III

Siguiendo su camino, atravesó un claro, donde quedó muy sorprendida al ver sentada al pie de un árbol a una anciana que no conocía. Con aspecto de ser una pobre leñadora, o alguna mendiga. Y esta mujer parecía tan vieja, con sus cortos mechones grises, con sus ojos apagados y su barbilla caída, que debía ser al menos centenaria. Por momentos se estremecía de pies a cabeza y decía: «¡Ah! ¡Dios mío! ¡ah! ¡Dios mío!» Michelette se acercó. «¿Que os pasa, señora? ¿Se encuentra enferma? – Tengo frío, respondió la anciana en un castaño de dientes.– ¿Frío con este hermoso sol?– Tengo frío porque tengo fiebre. He caminado tanto desde ayer que la fatiga me ha destrozado. El viento, que a ti te parece tibio, me hiela a través de mis harapos, y creo que voy a morir en este bosque. –Venga conmigo, pobre mujer, yo haré un buen fuego de sarmientos en mi chimenea y usted se calentará en mi cama. – No te pido tanto. Debo continuar mi ruta. Dame solamente tu falda de algodón, para que yo esté bien cubierta en camino.» La pequeña pastora no lo dudó ni un instante. Desató su falda y se la regaló a la pobre, y ésta, habiéndose levantado, se fue, no estremeciéndose más bajo la gruesa tela con la que ella se había hecho un abrigo. Michelette estaba muy feliz de haber complacido a la anciana, pero tenía una gran vergüenza porque estaba en camisa.

### IV

Se ocultó en lo más profundo del bosque. Permanecería allí hasta la noche; no regresaría al pueblo hasta la hora en la que no pasa nadie por los caminos oscuros. Pero ¡cómo temblaba esperando! Si alguien llegase, se moriría de espanto: y pensaba en acurrucarse en el tronco hueco de algún castaño, cuando oyó un lamento agudo y dulce, como de un niño que se muere. Guiándose por el ruido, dio algunos pasos, aparto las zarzas y encontró un pobre cervatillo tendido con la boca abierta, los ojos vagos, donde brillaba una lágrima y que sangraba por tres heridas. ¡Oh! ¡Qué triste era ver algo tan bonito e inocente de ese modo! El primer pensamiento que tuvo fue el de llevárselo; lo cuidaría y lo curaría. Pero, por ligero que fuese, ella intentó levantarlo en vano ya que era demasiado pesado. ¡Si tan solo pudiese cortar la hemorragia de las heridas! Llena de piedad, lo intentó con musgos, con hojas; pero el flujo rojo rechazando los obstáculos discurría abundantemente. Por fin ella quitó su camisa, la desgarró e hizo unas vendas con las que cerró y cubrió las tres llagas escarlatas. Y desde luego había algún sortilegio en toda esta aventura, pues el cervatillo, de repente curado, se levantó con un bonito brinco y desapareció a través de las zarzas. ¡Sin embargo Michelette estaba desnuda! ¡en pleno día! Emitió un grito de pavor y se puso a llorar con tanta o más razón ya que la cabeza del joven pastor de bueyes, que era el más apuesto muchacho de la región, asomaba de pronto del interior de una mata de espinos, mientras la risa del niño-demonio Amor triunfaba en las ramas.

## LA NOCHE DE BODAS

La lívida palidez del amanecer se filtraba entre las cortinas. Yo no dormía mirando esa triste luz. Un timbrazo, violento, redoblado, sonó en el silencio del apartamento, y, pocos minutos después, Sylvain Brunel empujaba la puerta de mi habitación, seguido por mi criado que, vestido apresuradamente, sostenía la lámpara.

–¡Tú!–exclamé.

Mi sorpresa era tanto o más natural toda vez que Sylvain Brunel se había casado, la víspera, con una bella muchacha de la que se había mostrado apasionadamente enamorado. ¿Qué venía a hacer en mi casa en el momento en que uno se extasía en el delicioso triunfo de la primera noche del himeneo? Mi asombro aumentó, adivinando una dolorosa preocupación, cuando hube reparado en el rostro herido del visitante, con sus ojos inyectados en bilis roja y sus labios temblando como los de un enfebrecido.

Cuando estuvimos solos me puso una mano en el hombro y habló muy aprisa, balbuceando, con los dientes castañeando:

–¿Crees en lo imposible? ¿Crees en la prodigiosa quimera de los difuntos que viven como nosotros, que aman, odian, sufren y lloran como nosotros? ¿En el milagro de los muertos, – o de las muertas,– que nos acompañan en las calles, nos toman del brazo, se sientan a nuestra mesa, se acuestan en nuestra cama? ¡Si esas cosas no son ciertas que se me encierre porque estoy loco!

Mientras lo observaba con creciente estupor, él se había dejado caer en un sillón, cerca de mi cama.

–Escucha – dijo bajando la voz, con la palabra más sosegada – Tú sabes cuanto amo a Gilberte, ¡mi esposa! ¿Adivinas con que arrebatado deseo, ayer noche, yo esperaba el momento en que estaríamos por fin solos? Ese momento tan esperado llegó. Estaba ante la puerta de la habitación nupcial con el corazón fundido en delicias, mi mano tocó la llave, iba a entrar... Un estremecimiento me recorrió de la cabeza a los pies ¡con el zigzag de un relámpago de hielo sobre toda la piel! ¿Que me ocurría? Al principio no lo comprendí. El efecto había precedido a la causa, había tenido el síntoma del pavor antes del mismo pavor. Pero el miedo me invadió muy rápida, clara e intensamente. Sí, tenía miedo. ¿Por qué? porque muy a mi pesar pensaba sin razón en la Señora de Mortalès, en la pobre muerta, tan cerca de la querida viva, en aquella que me había amado tanto, tan cerca de la que yo amaba tanto. Fue como el rencuentro de una

tumba en el umbral de un paraíso. Con esa mirada del espíritu, que contempla las cosas pasadas, yo veía a Laurencia, pálida e inmóvil en el gran lecho de donde no debía levantarse más, no teniendo ya más vida que en el fondo de sus ojos donde brillaba inextinguiblemente el amor salvaje y celoso; y la escuchaba repetirme, con la rudeza de su acento aragonés, estas palabras que me había dicho tan a menudo antes: «No amarás nunca a otra mujer, ¿verdad? No, nunca. Aunque viva o muera, tú siempre me serás fiel. ¡Ah! si me engañases, Sylvère, ¡ten cuidado! Me vengaría de la traición por medio de la traición. Resueltamente, fríamente, – si prefirieses a otra mujer, – me entregaría a otro hombre. ¡Incluso muerta! pues creo que me despertaría del sueño eterno para ejecutar mi venganza.» Pude escuchar confusamente esas locas y siniestras palabras, ayer noche, con la mano sobre la llave de la habitación nupcial, como si un espectro me hubiese hablado al oído. Pero finalmente, con un esfuerzo de voluntad, aparté las quimeras y me controlé, sonriendo por mi locura, empujando la puerta de las dichas. Gilberte me esperaba, pálida y temblorosa entre los encajes del camisón, y cuando me vio, adivinó completamente sonrojada. Yo me puse de rodillas ante ella, como un peregrino a los pies de una María, y la adoraba, llena de gracia. Hay que decir a aquellos que se vanaglorian de vanos goces en los amores culpables, que la embriaguez perfecta, la suprema delicia, es contemplar el sonrojo de una virgen pronta a consumir sus esponsales, que se asusta y que quiere. Suavemente, lentamente, – ¡del mismo modo que se tocarían las alas de Psique!– yo la había tomado entre mis brazos, y sobre sus labios apenas entreabiertos... ¡Cosa extraordinaria! en nuestro beso, me pareció que otro beso había respondido, también tierno, lejano como un eco fiel. Yo la miraba: ella sonreía, más colorada; no había oído nada. Yo perdía el sentido, ciertamente. La abracé con más fuerza entre las telas arrugadas; a través de los encajes sentía el retroceso tibio y deslizante de su delicado cuerpo... ¡Dios! ¿Quién, dentro de esta habitación, tan lejos y tan cerca al mismo tiempo, había arrugado un camisón, como yo? La miraba más fijamente: siempre sonriente; esta vez tampoco había oído nada; y con el vestido entreabierto dejaba ver la palidez, apenas azulada por una vena, de su adolescente pecho. La locura de ser feliz me transportó, redoblada por una extraña rabia, – la de tomar posesión de mi sentido común y espíritu firme, antes estúpidas imaginaciones. Yo abrazaba, levantaba a Gilberte, sorprendida de mi rudeza, y en la alcoba le decía ardientes palabras, la mordía con desenfundados besos, la envolvía de insaciables caricias. ¡Oh! ¡Horror! ¡Horror! Te digo que esas palabras eran pronunciadas por otra voz, allá, casi las mismas, escuchadas solamente por mí, como otras bocas se daban esos besos, lejos de mí, próximos sin embargo, como otro cuerpo, –¿Dónde? ¿Dónde? – era envuelto por esas caricias. ¡A nuestro alrededor se estaba desarrollando una abominable parodia de nuestro amor! ¿Por algún triste azar has poseído a tu amante una noche en uno de esos hoteles próximos a las estaciones de ferrocarril donde las habitaciones contiguas, que un delgado tabique separan de la tuya, habían albergado a otras parejas? Añade al enojo lleno de vergüenza de una sucia proximidad, esta irresistible convicción de que los ruidos, –¡los ruidos que me molestaban!– no procedían de una cama demasiado poco alejada, pero de no sé qué lecho desconocido, misterioso, espantoso, de un camastro de aquelarre, ¡dónde los condenados fermentan la sangre y la blasfemia! Yo luchaba contra el espanto, esperando siempre vencerlo – ahogar el horror en el amor, transformar triunfalmente el estremecimiento del miedo por el estremecimiento del placer. ¡En vano! ¡en vano! si reía de éxtasis tenía estertores de horror. Durante un instante incluso, mientras esas palabras siempre repetían mis palabras, y esos besos mis besos, y esas caricias mis caricias, durante un instante creí ver cerca de Gilberte tumbada, tan joven y bella, tiernamente resistente, sí, cerca de ella, en una angosta sombra, a otra mujer pálida y fría, – como lo debía estar en ese momento

Laurencia, amortajada en su tumba, – viva sin embargo, resistiendo mal, ¡cómo Gilberte! Y cuando fue vencido el pudor de la joven recién casada, y logré arrancar en un redoblamiento de deseo la confesión suprema del suspiro, una voz diferente, también cariñosa, – ¿de dónde procedía? – ¡en el mismo suspiro, murió! Entonces salté de la cama, ebrio de miedo, sudando copiosamente y tomando mis ropas huí de allí y corrí a través de las calles hasta llegar aquí. – Estoy loco, ¿verdad?»

Pienso que es inútil exponer los razonamientos con los que conseguí calmar la exaltación mórbida. No lo logré sin esfuerzo. Sin embargo, tras una larga conversación, él consintió en reconocer que había estado, sino loco, al menos alucinado, que el recuerdo de la Sra. de Mortalès, tal vez mezclado con algún remordimiento, había basado para dar lugar a tan singular aberración; y salió de mi casa, un poco más tranquilo, casi relajado. Es probable que yo no hubiese vuelto a pensar en esta aventura y que nunca la hubiese contado, sí, pasados dos días, no hubiese leído en un periódico un terrible suceso. Un guardia del cementerio de Père-Lachaise, – un bruto monstruoso, – había sido sorprendido, dos noches antes, en el momento en el que violaba abominablemente una sepultura; y esa tumba, decía el periódico, era la de una joven mujer española recientemente fallecida, la Sra. Laurencia de Moralès. En cuanto al abyecto miserable, fue juzgado por Sala de lo penal del Sena; pero fue absuelto, ya que los informes médicos psiquiátricos establecieron que ese monstruo era un demente. Lo que sobre todo contribuyó a conciliar la misericordia del jurado fue la absurda buena fe, pero evidente, con la que él sostuvo durante el juicio que, si había levantado la losa de mármol era porque había sido invitado un poco antes de medianoche, cuando él hacía su ronda, sobrio, por una voz femenina, muy dulce que lo llamaba, deslizándose entre las piedras de la tumba, a través del verdor de los tejos.



## LA COCINA DE LOS ÁNGELES

Acababa de ascender, la pasada noche, el sendero del acantilado, cuando observé un Ángel que estaba posado sobre el tejado de arcilla de la capilla. En una primera ojeada, se hubiese podido tomar esa vaga forma pálida, por una nube de niebla venida del mar que se hubiese detenido allí como una muselina desgarrada; pero no carece de sentido que las miradas de los poetas estén acostumbradas a descubrir las realidades celestes bajo la vana apariencia de las ilusiones; y vi perfectamente que se trataba de un Ángel. Estaba sentado bajo uno de los brazos de la cruz, inmóvil, con la frente inclinada hacia el valle, con sus alas blancas, recogidas sobre sí, dando la impresión de una joven muchacha medio desnuda que hubiese cruzado su pañoleta.

Como es bastante insólito encontrar en este mundo una criatura paradisiaca, creí que haría bien aprovechando la ocasión para aclarar algunas dudas que siempre me asaltaron respecto de la naturaleza y costumbres angelicales; me acerque al niño de luz, decidido a interrogarle. Pero no me sentía sin cierta inquietud. ¿Con qué título debería saludarlo? ¿Qué grado había conquistado en las divinas milicias? ¿A cuál de las tres Jerarquías pertenecía y a cuál de los nueve Coros? ¿Debería llamarle Arcángel, Serafín, Dominación, Querubín, Principal, Trono, Poder, Inteligencia o Virtud? Además podía ocurrir que al ruido de mis pasos, al sonido de mis palabras, se asustase, desplecase las alas y levantara el vuelo, dejando en el aire la estela de una huida blanca, rápidamente difuminada, y, en mi alma, un sueño. Las cosas fueron mucho mejor de lo que esperaba. Tal vez él sabía que yo viví mucho tiempo familiarizado con sus semejantes en los cielos de Swedenborg<sup>2</sup> y se sentía inclinado, a causa de eso, a alguna condescendencia. Lo que es seguro, es que no pareció en absoluto asustado de mi proximidad; incluso me

---

<sup>2</sup> Emanuel Swedenborg (1688-1772), científico, teólogo y filósofo sueco. En *El Cielo y el Infierno*, una de sus obras más conocidas pone de manifiesto que el cielo y el infierno son Estados en primer lugar de alma para a continuación volver a lugares. Después de la muerte del cuerpo físico el individuo pasa un tiempo intermedio en el mundo de los espíritus de ahí elegirá libremente ir al cielo o al infierno. El cielo no es una recompensa y el infierno no es un castigo. Y hace una descripción de la experiencia de paso, de los ángeles y los demonios. (N. del T.)

dio la impresión que, sin elevar la frente sin embargo, tenía en sus cabellos un ligero torbellino dorado, como para hacer señales. Animado, hice una genuflexión, y, tras algunas breves palabras en las que hice prueba de la más cortés angelolatría, – llamándole al azar, Espíritu celeste, lo que no me comprometía y no podía disgustarle, – me dispuse a interrogarle. ¡Había un punto sobre el que ansiaba ser instruido! ¿Se alimentan los ángeles, y si es así, qué comen? Problema capital, objeto de tantas controversias. Julius Sperberus, un poco irreflexivamente, concluyó afirmativamente y habla de una ambrosía mezclada de maná, que parece ser un plato de su gusto; Jacob Boehme, en su capítulo sobre las siete cualidades astringentes de Dios, se burla muy cortésmente de la cocina de Sperberus, y Jane Pordage, tras haber pesado los pros y los contras, no sabe por qué decidirse. Aunque supusiera una cierta irreverencia importunar con tal pregunta a una criatura sin duda inmaterial, y aun cuando diese un poco la impresión, hablando a uno de los Elohim, de alguien que preguntase a un loro: «¿Has almorzado Jacquot?», el Ángel sentado sobre el tejado de la capilla no se mostró importunado por mi audacia, y se dignó a responderme con una voz tan deliciosamente hecha de melodía y claridad que parecía que en el silencio nocturno cantase un coro celestial.

«Sí, como los pájaros y los bebés, como las mariposas y las mujeres, mis hermanos y yo comemos, en efecto, pero nuestro alimento no es aquél que deleita al grosero apetito de los humanos y los animales; está muy equivocado el pintor que nos representa preparando viandas y limpiando legumbres. No creo tampoco que las estrellas sean frutos milagrosos bajo una corteza de oro, ni que hagamos nuestras comidas del perfume de las flores paradisíacas, ni que bebamos la leche luminosa de la vía láctea. Nuestro sustento –¡Oh, el más dulce de nuestros eternos privilegios!– es el aliento de las vírgenes de la tierra. ¡Cómo! ¿Pensabas que no sirve de nada, después de ser exhalado el aliento de los castos labios que ninguna boca besó; que se dispersa con todos los perfumes en la vana brisa errante? No, él sube intacto, diferente de los demás aromas, exquisito, y cada ángel, que lo acecha al paso, aspira el alma vaporizada de una niña. Esos son nuestros deliciosos festines, nuestros incomparables ágapes. La respiración de las efímeras muchachas hace que vivamos eternamente, y ese precioso vaho alimenta nuestra sutil sustancia. Algunas veces llega como un aliento de virgen, incierto, demasiado débil de lo dulce que ella es y no puede elevarse hasta el paraíso que lo espera: entonces aquél de nosotros al que está destinado, toma vuelo y desciende a vuestro mundo para recogerlo más cerca de los labios de donde éste emana, como una mujer se inclina para oler una flor. »

Tras haber agradecido al Ángel la buena atención que me prodigaba, me atreví a preguntarle todavía:

«¿Ninguna otra respiración que el de las inmaculadas os serviría para alimentaros?

–Ninguna – dijo él.

–¿No podríais satisfaceros con la fragancia, tan deliciosa sin embargo, que exhalan como rosas abiertas, las bocas de nuestras esposas?»

Él adoptó un aire de desdén, casi de desprecio; yo no consideraba insistir más al respecto; me limitaba a insinuar, con un poco de más confianza, que no tenía de hiriente:

«Si he comprendido bien, por lo que os habéis dignado a revelarme, ¿se podría deducir que habéis descendido esta noche, a la hora de la comida, para aspirar el aliento de alguna joven?

–No te equivocas, dijo sonriendo. Mientras me escuchas siento subir hacia mí un frescor inefable que me penetra y me extasía. Ella está dormida más blanca que su pequeña cama blanca, bajo el boj sagrado cuyo tallo trepa por la concha de la pila de

agua bendita, está dormida, y ni siquiera sueña aquella cuyo aliento es mi dulce alimento; ¡respiración que hace menos ruido, errante sobre sus labios, que el vuelo de una lejana abeja! Ella nunca ha levantado los ojos hacia los galanes que pasan, y espero que tarde mucho la hora en que el beso de un esposo deshonre su boca. Es tan casta que jamás ha pensado en preguntarse por qué las demás muchachas consideran con aire de envidia, con sonrojo también, a las casadas que salen de la iglesia del brazo de sus maridos; al acotarse, mete su muñeca entre las sábanas, a su lado, diciéndole en susurros: «Buenas noches, hermanita!» ¡Oh, lecho de virgen! ¿Qué nieve hecha de polvo de lis sería más pura que vuestra fría palidez? Pero, más pura todavía, reposa la niña dormida, y en su aliento me nutro de todas las inocencias y de todos los pudores.»

Hablando de ese modo, el Ángel parecía experimentar un placer infinito; había ciertamente en su actitud, – si se pueden comparar las divinas delicias con las satisfacciones humanas, – un poco del bienestar visible de un gastrónomo que saborea un excelente bocado. Pero, de repente, el celeste goloso hizo una mueca de desagrado que no dejó de sorprenderme. ¿Acaso el adorable manjar había sufrido alguna alteración súbita? Cruel hipótesis: ¿Tal vez un beso imprevisto – todo es posible, incluso en la fría cama de las vírgenes, – había interceptado la cena del Ángel? No tuve ocasión de interrogarlo al respecto, pues abrió sus grandes alas y desapareció en el sombrío azur. Me marché pensando que el régimen alimenticio de los Espíritus celestes no deja de tener algunos inconvenientes; y si no toman la precaución de asegurarse, en caso de accidente, más de un menú, con frecuencia deberán acostarse sin habar acabado sus comidas.

## FATALIDAD

### I

Acodada en la ventana adornada con flores de la casita de campo, Juliette mira discurrir el agua, y la divierte ver su bonita imagen girar y desaparecer en los remolinos de las menudas olas.

Pero ella no está ocupada únicamente del río verde y dorado que fluye bajo los sauces.

Piensa también en Valentín que no tardará en venir a la habitación hasta ahora prohibida, –¡Oh, temores y deseos mezclados de la primera cita! – y se pregunta no sin inquietud:

«¿Lo amaré o no lo amaré? ¿Seré clemente o cruel? ¿Le concederé, con una mirada tierna, permiso para quedarse; o con mirada severa le ordenaré alejarse sin la posibilidad de regresar?»

Está realmente muy confusa, no sabe que partido tomar; es una persona virtuosa que por lo común no se arriesga a aturdir ni su corazón ni lo demás.

Entonces le sobreviene una idea: cogerá en los verdores de sus ventanas esa enredadera de campanillas que zigzaguea y la arrojará al río; si se detiene en una de las grandes piedras esparcidas o en una de las ramas de los árboles que penden, amará a Valentín; por el contrario le dirá: «Caballero, ¿qué viene usted a hacer aquí?» si la enredadera sigue la corriente del agua.

La coge, la arroja y mira; ningún obstáculo interrumpe la lenta huida de la flor sobre la superficie dorada y verde; y Juliette, rompiendo a reír, exclama: «¡Ah! pobre muchacho!».

### II

Sin embargo, piensa que es una lástima realmente. Con sus audaces veinticinco años, con la impertinencia de su bigote y el sueño tierno de su mirada, Valentín no es de esos enamorados que son fáciles de desdeñar; su voz, incluso cuando dice no importa que palabras, contiene unas caricias que turban, y, cuando murmura «Os amo», parece que se le salga el corazón. Juliette ha observado que todas las mujeres, – unas con castos sonrojos, otras coloradas también donde el pudor no existe para nada, – disfrutan

considerando a ese joven apuesto, ofreciéndole voluntariamente la mano, no retirándose la lo suficientemente aprisa; e incluso la más prudente no se preocupa nunca de tomar un aspecto ofendido, si durante el baile él la estrecha un poco más de lo debido o acerca su respiración demasiado a los rizos del cuello. Por lo que a ella respecta, se confiesa con franqueza que no siempre ha sabido permanecer tan indiferente como habría convenido a las tiernas instancias de Valentín, y tal vez hubiese sido sin horror sumisa si la enredadera se hubiese enganchado a un guijarro o a alguna ramita. Pero, gracias a Dios, su virtud está a salvo, según la voluntad del destino, y Juliette ¡dará el bello ejemplo de una decente resistencia! Es realmente afortunado que ni una piedra, ni una rama... De pronto, se pone muy seria. Recuerda que se produjo un golpe de viento en el momento que arrojaba la flor. Ese golpe de viento no formaba parte del juego. Sin él, la enredadera habría caído sobre algún otro punto de la líquida superficie, y ¿quién sabe lo que habría ocurrido en ese caso? Juliette es un alma leal que no concibe hacer trampas con la suerte; obligada a reconocer que la prueba no ha sido decisiva, que no cuenta, que deber recomenzar, ¡recomenzará! Pero no del mismo modo.

Observa, al otro lado del angosto río, un jilguero que bate las alas, con pequeños trinos, encima de una mata de siringas.

Si el pájaro, antes de algunos minutos, se posa sobre una de las flores, ella se resignará a no desesperar a Valentín, pero le negará toda esperanza si el pájaro levanta el vuelo a lo lejos.

Apenas ha propuesto esta alternativa al azar, cuando el jilguero abre sus alas con un estremecimiento y huye desapareciendo.

«Estoy de enhorabuena, dice Juliette. Esta vez no hay duda posible: el destino aprueba los sentimientos de decencia que me son naturales.»

Y si suspira un poco, es de satisfacción, la decente muchachita.

### III

Así pues, está decidido. Él la mirará en vano con esos ojos languidecientes y suplicantes; será en vano que, arrodillado, murmure todas las queridas palabras, haga todos los juramentos; pues ella permanecerá impasible, adoptará un aspecto tan serio, incluso tan indignado, que él se sentirá imposibilitado, y se retirará cabizbajo pidiendo perdón. ¡Ah! sin duda ella no podrá ocultárselo, no le resultará fácil mantener tal austeridad! Valentín tiene modos de ser temerario con dulzura, desconcertando a las más sinceras frialdades. Luego piensa en algo terrible. ¿Si, rechazado por ella, él se dispusiese a amar a otra mujer? Ante esta idea se le encoge el corazón. Una pequeña lágrima le moja los ojos. ¡Valentín enamorado de la Sra. de Courtisols, o de la Sra. de Argelés! Con la pena le invade la cólera. Da una patada y, con gesto repentino, tiende sus manos donde las uñas son garras, como si las dirigiera al rostro de su rival. Pero no tarda en dominarse. Él puede amar si tal es su gusto; ella sabrá contemplar sin lamentos ni debilidad la felicidad que él deba a otra; no hay que reconsiderar lo que está decidido. Incluso para evitar peligrosas tentaciones, para escapar a posibles peligros, ella toma una gran decisión: no esperará a Valentín, saldrá. Cuando él llegue encontrará la casa vacía. Se da prisa, pone su sombrero, arroja una mantilla sobre sus hombros; ya ha empujado la puerta y va a bajar la escalera. Pero entonces se produce un tumulto de gritos y risas bajo la ventana, a orillas del río. Ella regresa a la ventana y mira, inclinada entre las flores que oscilan. Cerca del agua, un grupo de niños jugando, corre, va y viene, se divierte arrojando piedras a los pájaros espantados. «Ciertamente, se dice Juliette, es necesario confesar que no tengo suerte y que todo se confabula para que se mantengan mis incertidumbres; pues, al fin y al cabo es seguro que si el jilguero ha

levantado el vuelo ha sido por culpa de esos niños que, ocultos tras algún zarzal, ¡le han lanzado piedras!»

Esta vez, intentará una prueba que no podrá presentar nada de dudoso. Ha cerrado la ventana por temor a un golpe de viento o a las piedras lanzadas que manipulan el azar; y de entre los encajes y los pequeños objetos de un cajón, extrae una borla de polvos de arroz, un poco de plumón de cisne, toma una cinta rosa que le sirve para atarse los cabellos, pesa en una mano el ligero plumón de cisne, pesa en la otra la cinta ligera, y las arroja al aire a la vez con todas sus fuerzas, jurando acoger a Valentín con misericordia si la cinta cae la primera sobre la alfombra, pero expulsarlo sin piedad si es el plumón el que cae primero. No creáis por un solo instante que ella ha fundado alguna culpable esperanza sobre el mayor peso de la cinta. Ha pesado sin malicia, ha considerado los pesos iguales. Y ahora los dos frívolos árbitros de su destino, – el ala blanca y el ala rosa, – comienzan a descender con una temblorosa lentitud. La cinta toma la delantera. Juliette tiene un gran miedo. ¡Cómo! ¿El destino exigiría que no se resistiese a inmodestas acometidas? ¿Tendría que sentir, muy cerca de sus labios, la bonita impertinencia de los bigotes de Valentín? Extremo temible. Pero no, la cinta, que se ha desplegado, cae mucho menos rápido ahora, y el plumón de cisne ya no planea, parece pesado, se apresura. Ansiosa, Juliette se ha arrodillado para seguir más de cerca las peripecias supremas de la lucha. El plumón descende siempre. Mejor. Ella se inclina aún, jadeante. ¡Victoria! la cinta se queda atrás, el plumón va a tocar la alfombra. Por desgracia, Juliette, en su triunfo no ha pensado en aguantar su respiración, y, para gran pesar suyo, – ¡oh, su muy grande pesar!,– el plumón vuelve a retomar el vuelo mientras la cinta se posa, como una mariposa rosa, sobre una flor del estampado de la moqueta. «Tendré entonces, dice la honesta muchachita, que resignarme a los más penosos sacrificios. Pero al menos tendré el consuelo que no hubiese tenido en mi falta.»

## EL HUÉSPED

### I

Fue un magnífico discurso. Nunca el Sr. Morgan-Leven, entonces ministro de comercio, había expuesto tan elevados puntos de vista. Desprendida de los áridos detalles técnicos, desarrollada en un muy noble lenguaje, al que la belleza del orador, – de un porte de antepasado, amplia frente alta y barba blanca,– añadía solemnidad, la cuestión se había presentado como lo que era en efecto, amplia, general, fraternal, interesante a toda la familia humana. Desde diversos lados de la Cámara, a cada instante, los aplausos ascendían acompañados de murmullos de admiración, y todos reconocían que ¡jamás más hermoso triunfo se había producido en la tribuna francesa! Pero el fin del discurso estuvo marcado por un incidente singular que ha quedado, creo, en muchas memorias.

«Sí, caballeros, en Francia como en América, en el antiguo continente como en el Nuevo Mundo...»

El Sr. Morgan-Level se interrumpió con aspecto de haber experimentado una contrariedad, ligera sin duda, pero suficiente sin embargo para turbarlo.

Hizo una señal a un ujier que rápidamente subió las escaleras de la tribuna, y, en el gran silencio, se lo escuchó pronunciar estas palabras, de un modo muy natural:

– ¿Ve usted bien ese esqueleto que está sentado en la tercera fila, entre el Sr. Lockroy y el Sr. Madler de Montjau? Vaya a decirle que se retire. Coménteles que lo recibiré en mi domicilio con mucho gusto y que no quiero ofenderlo. Pero debe comprender que su presencia, en este recinto resulta algo fuera de lugar. Vaya, amigo mío.

El ujier retrocedió, estupefacto.

– No, no se moleste, – dijo el ministro.– Ya se levanta y se retira. Está bien, se lo agradezco.

Luego, volviéndose hacia la asamblea:

–Sí, caballeros, en Francia como en Inglaterra, en el viejo continente como en el Nuevo Mundo...

### II

Esa noche, el doctor Delton entró sin hacerse anunciar en el apartamento particular del ministro de comercio, – una antigua familiaridad lo autorizaba a proceder de ese modo,– y tendió la mano al anciano que trabajaba apaciblemente, con la barba más blanca bajo la tulipa de la lámpara, en un gran salón sombrío, repleto de antiguas tapicerías, casi sin muebles, austero.

– ¡De entrada mis más sinceras felicitaciones! Se comenta que ha estado usted soberbio. Se habla de usted muy seriamente para que asuma la presidencia de la República. Pero, caramba, ¿qué fantasía lo ha tomado? Yo no estaba allí, pero me han contado el asunto. ¿Qué es esa historia del esqueleto? ¡Un esqueleto en la Cámara! Ha hecho usted una broma que no forma parte de su carácter, y yo no comprendo nada.

–¿Una broma? – repitió lentamente el ministro con la melancólica sonrisa de los viejos que saben muchas cosas.– No. Eso no era una broma. He visto perfectamente el esqueleto, entre el Sr. Madier de Montjau y el Sr. Lockroy. Llevaba puesto un traje negro, y, en su mano descarnada apoyaba su sombrero golpeándolo contra su fémur izquierdo. ¿Qué hora es, mi querido Delton?

– Aproximadamente las nueve.

– Si no tiene usted nada mejor que hacer, quédese conmigo. Tomaremos el té, y le presentaré a mi esqueleto que no tardará en llegar. Generalmente, para distraernos, – pues no habla – jugamos al ajedrez o a las cartas. Esta noche, podremos hacer un «muerto», puesto que seremos tres, añadió el Sr. Morgan-Level con una risilla.

El doctor, caído en un sofá, escuchaba con los brazos colgando. El anciano continuó con voz lenta y seria:

«¿Cree que estoy loco? No lo estoy. Estoy en plena posesión de mi razón. A pesar de mi avanzada edad, mis facultades están intactas, gracias a esta higiene del trabajo medurado, cotidiano, demasiado olvidado por los hombres de hoy en día. Además, ocupado de cifras y especulaciones precisas, jamás me he visto inclinado a las ensoñaciones quiméricas. Soy lo opuesto a un alucinado. No tengo ninguna superstición. Incluso soy ateo. Sin embargo, es cierto, tengo como compañero, como huésped, como amigo a diario, a un esqueleto. Un esqueleto que camina, se sienta, me tiende la mano, se informa por gestos de mi salud, me da los buenos días inclinando la cabeza. ¡No me pregunte si me explico esta extraordinaria presencia! Simplemente la constato, eso es todo. Estoy ante un hecho imposible al que me he habituado a lo largo de los años. ¡Al principio me enfrenté! ¡Negué mi vista y mi tacto! Estaba equivocado. El ser existe, visible y tangible. ¿Qué quiere usted que haga? La cosa es así. Nada de fantasía. Una realidad que no cuestiono. Para mí lo que sería asombroso ahora sería no volver a ver el esqueleto. Tal vez tuviese miedo si él no apareciese. Forma ya parte de mi existencia. Es como un pariente que se tiene la costumbre de acoger sin prestarle gran atención, como un mueble del que uno se sirve sin reparar en la forma, a consecuencia del uso continuo. Hasta ahora no había hablado de él a nadie, – pues mi huésped respetaba una cierta discreción en su insistencia a avergonzarme, visitándome en las horas solitarias, dudando en precipitar las cosas, igual que una modesta amante que no busca el escándalo. Pero dado que hoy se ha manifestado ante todos, me parece que estoy liberado yo también de mi reserva. Puesto que él se muestra, yo lo confieso; y no veo ningún inconveniente en contarle a usted en algunas palabras la historia de este extraño acoso. Yo tenía dieciséis años cuando se reveló por primera vez. Ingenuo, yo estaba enamorado, y en una fresca mañana primaveral me paseaba con la niña de mis primeros amores por un bosque florido. «¡Quiero esta rosa!», dijo ella. Antes de que hubiese acercado mi mano a la rama, una mano había cogido la flor y me la presentaba, – una mano de huesos, amarillenta y seca, – y el esqueleto me sonreía, amistoso, con



una sonrisa sin dientes. Huí de allí, enloquecido de espanto, y, durante dos meses, entre la vida y la muerte, vi el esqueleto siempre, detrás de mi madre, detrás de mi padre, detrás del médico que negaba preocupado con la cabeza. Una vez curado, lo volví a ver, saliendo conmigo, regresando conmigo, viviendo conmigo. Tras haber conocido intolerables terrores, logré no sentir nada cuando me rozaba, cuando me hablaba, sí, sin voz, cuando me miraba, sí, sin ojos. A partir de ese momento, a través de los azares y los trabajos, a través de toda la vida, no dejó de seguirme. Siendo soldado lo tuve por compañero de armas, estudiante por compañero de estudios. No me he casado por miedo a que se acostase cerca de mí en el lecho nupcial. Y, ya se lo he dicho, no me asusta ya. Está ahí, lo admito, consiento en ello, incluso lo quiero; tengo ese esqueleto en mi vida como otro hombre tendría un perro de compañía.

En ese momento se abrió la puerta.

–Señor ministro, dijo Bautista, el esqueleto del Sr. ministro está aquí.

–Hágale entrar, dijo el Sr. Morgan-Level suavemente.

Por la puerta entreabierta lo que entró fue la sombra de la antecámara y nada más.

Pero el anciano se había levantado, y, con una mano, indicaba un asiento al invisible visitante.

El doctor se retiró, y en la antecámara le dijo al mayordomo:

–Está usted cometiendo un error. ¿Por qué se presta a la manía de su señor, que está enfermo? Tal vez contradecirle le curase.

–Pero, señor, exclamó el criado, ¿no ha visto usted el esqueleto? Le aseguro que ha entrado en el salón desde el instante en que se abrió la puerta. Si lo sabré yo que lo introduzco todas las noches.

### III

– Al día siguiente, – me dijo el doctor Delton, quién me ha contado esta historia,– quise volver a ver al Sr. Morgan-Level. La especie de enfermedad de la que estaba afectado podía tener curación. Yo deseaba hablar con él, convencerle de su fantasía. ¡Me encontré con las puertas cerradas! Cada vez que me presentaba en el palacete o en el ministerio era tratado como un solicitante más. ¿Tal vez el enfermo, después de librarse a las confidencias, las lamentaba? Sin duda no quería sonrojarse por su debilidad ante aquél al que había hecho la confesión. Yo desaparecí una temporada ante esta nueva singularidad. Pero admiraba a aquél que me resultaba imposible encontrar. Su firme actitud en medio de las incesantes variaciones de la política, sus discursos de incomparable valor, y también libros frecuentemente publicados, dónde se ponía de manifiesto un espíritu superior y claro, eran dignos de mi fiel admiración. Acabé por creer, – de tal modo la serenidad de su porte político y de sus concepciones alejaba toda sospecha de desequilibrio intelectual,– que se había vuelto, tras una pasajera crisis, dueño de sí, que se había sustraído a las fúnebres obsesiones de las alucinaciones. Transcurridos tres años, un telegrama, firmado por Bautista, requería mi presencia en el domicilio del Sr. Morgan-Level que estaba a punto de morir. Cuando entré en la habitación del moribundo, el sacerdote se echó a un lado para dejarme pasar. Era un hecho: dentro de algunas horas mi amigo dejaría de existir. Me acerqué a la cama donde el anciano ministro, con los ojos enrojecidos y los labios pálidos, se convulsionaba en los estertores de la agonía. Gritaba: «¡Está allí! ¡Siempre allí! ¡Siempre! ¡Me he equivocado al recibirlo! ¡al acogerlo! Pues ha avisado a los otros, y han llegado todos, innumerables. Esqueletos de niños, esqueletos de mujeres. Todos los exiliados de todos los cementerios. (Tenía estertores al hablar.) ¿Los ve usted, como sonrían cínicamente, sentados en las sillas, entre las cortinas de las ventanas, entre las cortinas del lecho?

¡Socorro! ¡Socorro! me agarran las manos, me toman el pulso. Hay uno que me ofrece una taza de manzanilla, otro que parodia mis gestos de orador en la tribuna. ¡Oh! ¡Sucumbo! hay demasiados. ¡A uno lo quería bien, pero todos me matan!» Y convulsionaba espantosamente, con los ojos desorbitados, mordiendo sus sábanas, envolviéndose en ellas como en un sudario, entre sobresaltos.

–¿Un loco?–pregunté yo.

–¿Un loco? No lo sé.– dijo el doctor Delton que se había vuelto pálido – pues mientras hablaba, mientras convulsionaba, yo no veía, no, no veía la horrible asamblea de esqueletos: pero oía por toda la habitación, entre las cortinas, bajo los muebles, ¡los espantosos chirridos de un montón de huesos invisibles que entrechocaban!

## **LAS ALAS FRUSTRADAS**

### **I**

Sucedió una mañana que una abeja entró por una ventana abierta en la habitación de una joven muchacha que bordaba.

Zumbó de aquí para allá, radiante.

Había besado muchas flores en la orilla de los arroyos, donde palpitan por grupos las mariposas que buscan el sol, en las praderas primaverales atravesadas por el vuelo negro y blanco de la urraca, en el sendero del bosque, donde se aferran a los hilos de la Virgen las ligeras trepadoras como las clematitas y las enredaderas.

Nunca había visto tantas flores como en esta habitación infantil.

Sobre el papel de las paredes, sobre la madera de los muebles, en las cortinas de la pequeña cama blanca, se desplegaban por millares, claveles y balsaminas, jacintos y ranúnculos; en los dos espejos enfrentados, se reflejaba todo el mes de junio de un jardín infinito; había unos ramos de eglantinas entre las arrugas de un vestido colgado en la pared florida, había ramas de lilas entre las cintas de un sombrero caído en la mullida alfombra, y era una rosa blanca lo que eclosionaba en la gasa bajo los dedos de la bordadora.

La abeja sin duda estaba un poco desconcertada debido a tantas corolas y tantos perfumes; se puso a picotear por todas partes, deteniéndose en el sombrero, insinuándose en el vestido, golpeándose contra los espejos, yendo de los claveles a las balsaminas, no sabiendo si preferir un ranúnculo o un jacinto, volando alrededor de las manos de la niña para besar la rosa inacabada; y pensaba, en su espíritu de abeja, en la dulce miel que tendría en el alveolo de su colmena.

Pero pronto se sorprendió.

Le parecía que esas flores, más bellas que las flores, no tenían aroma, no vivían bajo la picadura del aguijón; en vano resultaba que las libase de pétalo en pétalo, pues se sentía más hambrienta que antes; y entonces, añoró el sendero del bosque y la orilla de los arroyos y las praderas primaverales.

Quiso regresar allí, reanudando su vuelo, siempre recto.

Pero ahora la ventana estaba cerrada.

La abeja, tristemente acurrucada en una de las falsas eglantinas del vestido, murió sin haber hecho miel entre tantas bonitas flores.

## II

Cierto día un ruiseñor entró por la ventana abierta en la habitación de una chiquilla que cantaba.

Volaba de aquí para allá, encantado.

Había oído a muchos pájaros en el bosque o en los árboles del parque: los jilgueros que brincan de una rama a otra agitándolas con pequeños tintineos, las curruacas charlatanas que no saben lo que gorjean, el pardillo que ríe, el cuco que se lamenta; había oído su propio trino, lento, límpido, profundo, entre el claro de luna de las noches misteriosas.

Pero jamás había oído canciones tan bonitas como en esta habitación de niña.

Con las manos errantes de un extremo a otro del clavicordio, la intérprete, con ritmos intensos y locos, cantaba aires ágiles, parecidos a carcajadas, cuyas notas se expandían en cascadas ; su voz era alegre como las que se canturrean, los lunes de verano, bajo los cenadores de las verbenas, y, recordando los violines del baile en las ferias y los flautines, ella sabía todas las músicas que hacen bailar.

El ruiseñor, un poco sorprendido, se divertía mucho debido a tantas cancioncillas y a tantas cuadrillas. Se había ocultado bajo el techo de la habitación, en una especie de gran nido que había encontrado allí; escuchaba, siguiendo el ritmo con pequeños movimientos de cuello. ¡No se limitó a escuchar! Dócil a las lecciones, cantó él también como la loca interprete; ejecutando motivos de polcas, ejecutando coplas de operetas; y pensaba, en su espíritu de pájaro, en las hermosas canciones con las que se divertiría sobre su rama las noches de verano.

Pero enseguida le invadió la tristeza.

Le daba la impresión de que esos aires alegres no valían lo que su melancólica melodía. Trató de modular el trino de antes, lento, límpido, profundo: lo había olvidado; y, entonces, añoró el bosque y los árboles del parque donde suspiran las filomelas.

Quiso regresar allí, abrió sus alas y levantó el vuelo.

Pero estaba en una jaula en la que se había cerrado la puerta.

El ruiseñor, tristemente oculto bajo el techo de la habitación, detrás de los barrotes, murió, no cantando ya entre tantas alegres canciones.

## III

Un día aconteció que un poeta entró – en este caso no fue por la ventana, – en la habitación de una parisina que reía.

Él la miró maravillado.

Había admirado a muchas jóvenes en el barrio de su pequeña ciudad, donde se jugaba a juegos inocentes bajo las matas de madre selva, en la iglesia, en la misa del domingo, bajo el reflejo de los vitrales que ponía aureolas en la frente de las arrodilladas, en los serios salones donde los parientes juegan al whist, mientras los jóvenes muchachos y las chiquillas charlan por parejas tras las cortinas de las ventanas.

Jamás había visto tanta gracia turbadora como en esa habitación de la parisina.

Todas las promesas del goce sonreían en los ojos de la encantadora, y el perfume perverso que emanaba de sus cabellos hacía que se tuviese la cabeza pesada como en una rara embriaguez. Las puntas de sus agudos dientes, en su boca entreabierta,

inspiraban el deseo de ser mordido en el corazón hasta no tener más sangre; e, incluso un poco lejos de ella, se sentía la envoltura de su vestido, de su cabello, de sus brazos, como un abrazo que jamás cesaría.

El poeta estaba colmado de delicia debido a tantos encantamientos y tentadoras gracias. Se arrodilló, balbuceando declaraciones, besando los queridos ojos traidores que ella no volvía hacia él, aspirando los seductores rizos del cuello y la nuca, ofreciendo su corazón a las mordeduras de los dientecillos agudos, sumergido en la envoltura del vestido, de los cabellos, de los brazos; y pensaba, en su espíritu de poeta, en los hermosos versos que haría para ensalzar a su bella amiga.

Pero pronto se sintió invadido por la melancolía.

Le parecía que esa mujer, más encantadora que las mujeres, no devolvía amor a cambio de amor, no se estremecía bajo el beso sincero; y por mucho que la abrazase, devorado de deseo, se sentía más insatisfecho que antes; y entonces la detestó, añorando el barrio de su pequeña ciudad, la misa del domingo bajo el reflejo de los vitrales, y la conversación con las ruborizadas primas bajo el quicio de las ventanas.

Quiso volver al inocente pasado.

Pero los brazos de la parisina no eran de los que permiten huir.

El poeta, dolorosamente desfallecido en los pliegues del perverso vestido, murió sin amor entre tantas caricias, como habían muerto la abeja de pena por no hacer miel y el ruiseñor de tristeza por su canto perdido.

### LA TRISTEZA DE LAS SIRENAS

Un día que pasaba a orillas del mar, oí el lamento de unas Sirenas bajo la soledad azul y completamente melancólica de la luna.

«¡Oh, qué desgracia! ¡Qué desgracia! Se acabaron los tiempos en los que los bellos muchachos de la tierra, hechizados por nuestras llamadas, prendados de nuestras blancuras entrevistas bajo el misterio diáfano del agua, nos seguían a las profundidades y morían por nuestros besos sobre un lecho flotante de algas. Vanas resultan ya nuestras audacias cerca de las orillas, nuestros cantos en el crepúsculo, nuestros brazos levantados; nadie nos escucha o no se detiene; ¡y nuestros suspiros se confunden hasta el amanecer con el lamento vago de las olas!»

Como yo escuchaba atentamente, pude distinguir entre las voces una más triste que decía:

«Todas las noches, allá, entre dos rocas, se ilumina una ventana, y veo, a través de la sombra y las cortinas, una forma acodada, con la cabeza hacia unos libros. Renace en mí la esperanza, me deslizo entre las olas, me aproximo a la claridad ascendiendo por la arena, desgarrando con los guijarros mis costados y mis senos. ¡Escúchame, trabajador solitario, que consumes en estériles esfuerzos la hora nocturna de los besos! No hay realidad humana que valga la quimera de mi amor. ¡Abandona los decepcionantes libros! ¡Desprecia la vana ciencia! Es en mis ojos glaucos dónde podrás leer el más dulce de los secretos; mi boca te revelará el misterio de la alegría. ¡Oh, ven! te enseñaré las languideces en la que duerme el pensamiento amargo. Pero aquél al que llamo permanece inmóvil, acodado en su mesa, y desdeñoso, no toma en consideración mi suplicante ternura, como si se tratase de los gemidos de las rachas de viento, o como los golpes de alas contra el cristal de una gaviota deslumbrada.»

La voz se calló. Otra se elevó, más triste todavía, diciendo:

«En una noche de verano, vi en la proa de un navío a un hombre que se inclinaba, mirando temblar el cielo en el mar. Como era muy joven y tenía mucha dulzura en los ojos, creí que su corazón no sería cruel, y, dándome la vuelta, cruzando detrás de mi cuello mis brazos, le mostré mi encantador vientre luminoso, mientras le hablaba entre los ruidos susurrantes de la espuma y el agua. ¡Contéplame, tú que sueñas! ¿No soy más hermosa que tus pensamientos? ¿Acaso prefieres un astro del cielo a la doble estrella rosada que se ilumina en la blancura de mi pecho?, ¿y qué cielo reflejado en el

mar vale el infinito de mis verdes pupilas?» En los países lejanos a dónde te lleva tu navío no hay frutas tan sabrosas como mis labios al ser besados; ninguna siesta es tan dulce, ni en los bosques soleados, ni entre los calurosos perfumes y trinos de los nidos, que el sueño bajo mis cabellos, que el rumor de mis risillas y mis susurros. ¡Oh! ¡ven, tú que te exilias en un exilio más encantador que todas las patrias, en el mundo ignoto de inefables delicias! Pero aquél al que yo llamaba no interrumpió su sueño; seguía inclinado en la proa del navío, teniendo ante él la inmensidad y detrás los fardos de mercancías dispuestos sobre el puente. Y entonces me percaté de que no miraba temblar el cielo en el mar, sino que contaba, a la luz de las estrellas, monedas de oro en una bolsa abierta.»

Otra voz se hizo escuchar entre los desolados silencios de la luna.

«Lleno de un ruido de multitudes y tintineo de armas entrechocar, una nave más grande que todas las naves atravesaba el tumultuoso mar; la claridad del amanecer, entre los sonidos del cobre se desplegaba sobre los cascos y los sables en mil destellos de acero; y nosotras, semejantes a un vuelo de gaviotas, haciendo emerger nuestros brazos donde la espuma parecía convertirlos en alas, envolvimos la nave en marcha con nuestros juegos y nuestras risas que sonaban alegremente en el estrépito de las olas. ¡Ah! ¡Qué locos! ¿A dónde iban? ¿Hacia la batalla? ¿Hacia el odioso tránsito? ¡Cómo! ¿Por esas vanas quimeras que los hombres llaman honor, gloria, patria, cuantos jóvenes corazones dejarían de luchar, y cuántas bocas no conocerían otro beso que el de la pálida muerte? ¿Es que no hay lechos más agradables que los campos de masacres, empapados de fango y sangre? ¡Pero nos creeréis, jóvenes hombres! Lejos de las guerras, las fatigas y los estériles triunfos, vendréis con nosotras, con nosotras tan rubias y cariñosas; preferiréis al rudo cuerpo a cuerpo las caricias de nuestra desnudez desarmada. ¡Oh, venid! ¡Somos la belleza, el amor, el goce. ¡Oh, matarifes, nosotras somos la vida! ¿Acaso la sangre de nuestros labios no es más bella que la sangre de las heridas? Si anheláis combates, aceptar este dónde la victoria es segura, – segura y tan deliciosa. ¡Triunfad sobre nosotras, guerreros! No hay botín más valioso que nuestros senos desnudos, nuestros brazos abiertos, y después de nuestras felices derrotas, besos con los que, prisioneras, pagaremos nuestro rescate! Pero los hombres armados nos desdeñaban, nos rechazaban con un gesto de desprecio. Como yo me había aferrado al borde del navío, sentí en mi brazo levantado por un agarrón, la fría mordedura de una lama de acero, y volví a caer en las olas donde la espuma se volvió roja. »

Habiendo escuchado todo esto, dije a las tristes Sirenas:

«¡No esperéis que os compadezca, peligrosas tentadoras! Los hombres se han vuelto serios y están asiduamente ocupados con sus deberes o sus negocios, por lo que se aparten de vosotras con razón; no desconocen que tenéis con que turbar las almas más decididas, con que romper los más útiles propósitos; ni el sabio, ni el comerciante, ni el soldado, nadie, si os escuchase, seguiría su camino. Nosotros también sabemos, sabemos sobre todo que breve es la embriaguez que vosotras nos prometéis. ¡Oh mentirosas crueles! la muerte es la consecuencia de vuestros besos.»

Las Sirenas respondieron:

«¡Es cierto que somos temibles! Nuestro juego más querido consiste en debilitar con nuestras caricias el orgullo viril de las energías. Es cierto que somos pérfidas! nuestros amantes mueren en nuestro primer abrazo. ¿Pero que raza loca y despreciable sois vosotros, hombres de hoy en día, que preferís al goce la imbécil vanidad de las tareas humanas, y juzgáis que no vale la pena morir por un beso?»

## EL POSESO

Joven aún, casi rico, marido de una cariñosa mujer que siempre tiene una sonrisa alegre en los labios, padre de un muchacho de nueve años y de una niña de seis que llenan la casa con un agradable tumulto de risas, – teniendo, como se suele decir, todo lo que hay que tener para ser feliz, – Pierre Féraud parece el más miserable de los hombres; ya su frente, bajo unos cabellos ya extrañamente grises, se inclina con profundas arrugas, ya sus ojos fijos, grandes, abiertos, que parecen desorbitados por el ya su boca se crispa con una maliciosa risa o se abandona con el aire de una renuncia definitiva. ¿Qué es lo que lo atormenta? ¿Qué doloroso recuerdo? Su vida, sencilla y conocida por todos los que lo frecuentan, no ha tenido ninguna de esas rudas sacudidas que quebrantan las almas. ¿Algún remordimiento quizás? Un remordimiento explicaría esa sombría actitud, esa apariencia de angustia continua; ¿pero cómo creer que haya cometido un crimen o una acción cobarde? Leal y bueno, amante, devoto con todos, dispuesto al sacrificio, irreprochable en una palabra, merece sin ningún género de duda la estima que lo rodea. Y resulta ciertamente un extraño espectáculo esa infinita desolación en el rostro de ese hombre afortunado y honesto.

No habría interrogado a Pierre Féraud si la curiosidad no me hubiese impulsado a salir de dudas; pero una vieja amistad me autorizaba a pedirle una explicación acerca de su misterioso pesar; tal vez mis consuelos suavizarían su amargura.

A mis primeras palabras, mi amigo se puso muy pálido, – más pálido aún de lo que estaba de ordinario, – hizo un movimiento retrocediendo hacia la puerta como si tuviese intención de huir. Pero se detuvo con un estremecimiento en todo su ser. «¡No! ¡no! ¡no me preguntes! ¡déjame!» Luego, bruscamente, como si una mano invisible sobre su hombro lo hubiese obligado a doblarse, se dejó caer en un sofá y se puso a llorar con la cabeza entre sus manos y el pecho sacudido por sollozos.

«¿Crees en las viejas historias de posesión? ¿Crees que el hombre y la mujer pueden estar acosados por espíritus tentadores, tener por compañero a todas horas a un demonio que les da malos consejos y que les habla al oído turbando sus conciencias? No, ¿verdad? ¿Cuentos de niñera, malas leyendas, absurda quimera? De acuerdo, así lo creo. Pero, entonces ¿quién me explicará lo que me pasa, lo que, desde hace tantos años, pasa en mí constantemente? Si Satán no existe, ¿cómo es posible que esté condenado?

«Me miras con estupefacción, no me comprendes, crees que estoy loco. Escucha.



«Una vez, – en esa época tenía doce años y era al comienzo de las vacaciones, – algunos compañeros y yo disparábamos al blanco en el jardín de mi padre con una pistola de salón. ¡Estábamos alegres y radiantes bajo el cielo en la libertad de nuestro placer! y yo estaba más alegre que los demás, sintiendo subir del corazón a la garganta esas bocanadas de gozo, de las que más adelante ya no volvería a disfrutar. Cuando fue mi turno de disparar, tomé el arma muy aprisa, introduje el pequeño cartucho. Sólo pensaba en mostrarme muy hábil; «¡vas a ver!» le dije a René, mi más querido amigo, casi mi hermano; pero cuando en la esperanza alegre del triunfo, me disponía a apretar el gatillo, – ¡horror! ¡Oh, horror nuevo entonces, y tan familiar después! – me invadió el abominable y delicioso deseo de disparar, sin motivo alguno, no al blanco sino a mi amigo. Sí, quería matarlo. No deseaba otra cosa. Y al mismo tiempo que esta idea, pasó ante mí, con la fugacidad de un rayo, toda la visión de lo que ocurriría cuando lo hubiese matado: el espanto de los demás niños en torno al cadáver, mi familia acudiendo a gritos, y yo, sin palabras, sin trastornos aparentes, ¡extasiándome en mi crimen! Emití un grito y arrojé la pistola entre las ramas y caí llorando en los brazos de René que estaba estupefacto. «¡Perdón! ¡perdón!» dije en un momento de locura tal vez debida a una insolación del mediodía; pero estaba acabado: me había apoderado para siempre del Mal Pensamiento.

«¡Acabado!, sí, como cuando se alcanza el eterno suplico de un condenado a la primera mordedura del hierro o a la primera quemadura del azufre.

«La imperiosa necesidad del mal no ha dejado de acosarme desde el funesto día, bajo todas las formas, en toda ocasión, casi a todas horas. ¿Qué hay en mí, o tan cerca de mí? ¿Quién me habla? ¿Quién me tienta? No lo sé, y creo que me será imposible saberlo nunca. Pero lo que no puedo ignorar, por desgracia, es que cuando el siniestro consejo entra en mi mente, trato en vano de desprenderme de él. ¡Y eso supone una monstruosa tortura! Ser bueno y querer perjudicar; sentirse dispuesto a llorar de piedad por un niño golpeado, por un animal maltratado, y querer pegar a ese niño, yo mismo, querer maltratar a ese animal, yo mismo; no dar una caricia sin desear que sea un estrangulamiento; pensar en el robo mientras doy limosna; aprovechar diversas circunstancias de la vida para soñar, siendo leal, en la traición, siendo casto, en el desenfreno; estando lleno de ternura, en las delicias del crimen; ser un hombre valiente que es al mismo tiempo un Judas, el marqués de Sade, Lacenaire; y siempre temiendo, en medio de las angustias de una lucha renovada sin fin, que la conciencia finalmente no me obedezca y ceda al execrable impulso, he aquí, he aquí el prodigioso tormento que ha encanecido mi cabello y me ha curvado la espalda, que ha hecho de mí, para quién la vida es tan bella, de mí, amante, amado, feliz, ¡el más deplorable de los vivos!

«¡Escucha, escucha!

«¿Recuerdas la enfermedad de mi padre el año pasado? ¿Sabes que durante más de dos meses no abandoné la cabecera del viejo, sin dormir, sin reposo, casi sin alimentarme? ¿Tú no has olvidado mi grito de alegría cuando, tras tantas mortales preocupaciones, el médico declaró que el mal estaba vencido? Pues bien, – esto es horroroso decirlo, – mientras él sufría, el querido hombre, mientras que cada una de sus quejidos me desgarraba el corazón, yo pensaba, no podía impedir pensarlo, que si moría yo sería más rico, que heredaría su casa de París, su granja de Normandía; pensaba en eso, muy a mi pesar, siempre, yo, yo, quién, para evitarle un sufrimiento habría dado hasta mi último centavo, toda mi fortuna, yo, que habría sacrificado mi vida por él con alegría; y me resultaba imposible no mirar la peligrosa poción con la que con algunas gotas de más vertidas en su manzanilla habrían dormido para siempre a mi padre. ¡Escucha todavía! Mi amor por mi esposa es devoto como una adoración; sé que la Providencia me ha dado en ella al más casto de los ángeles humanos; y desconozco en

verdad lo que supera mi respeto o mi cariño hacia ella. ¡Soy un miserable! A esa dulce criatura, augusta a fuerza de pureza, que posee todas las santas ignorancias, no puedo acercarme a la hora en la que su frente se apoya sobre la almohada conyugal sin que la inmunda furia de un celo libertino no haga golpear, hasta romperlas, mis sienes, no me exaspere, no me enloquezca, y, tal vez, una noche, faltándome fuerzas para resistirme al Mal Pensamiento, haga de mi lecho conyugal algo parecido a una alcoba de prostituta.

¡Oh! ¡cómo me avergüenzo! Como alimento incesantemente el remordimiento de espantosos deseos que no se realizan, pero que me fustigan sin descanso. Tal es el horror de mi mismo que no me atrevería a pasearme solo a orillas de un río o sobre un puente, – ¡no, no me atrevería! – con mi hijo y con mi hija, pues, – abominación suprema, – vendría a mí el pensamiento, – ¡qué digo! me viene, lo siento, me posee! – de agarrarlos, apretarles la garganta, ver sus cuerpos llenos de vida, sus cuerpos adorados, mientras prorrumbo en carcajadas, caer sobre las gravas de los arcos en un estrépito de agua. Y nunca me abandonará, – tan puro, tan honesto, tan cariñoso como yo sea, – este inexorable deseo del mal. ¿Sabes que he conservado intacta la fe piadosa de la primera infancia; que creo firmemente en ese dios que me pone a prueba? Pues bien, – estoy seguro de ello – el día en que la muerte venga, a la hora suprema en la que el sacerdote, horrorizado por mi confesión ponga sobre mi labio el perdón y la salvación, entonces, – en mi religioso éxtasis, – ¡la infernal necesidad me torturará para que insulte a mi Dios y condenarme con una blasfemia!»

## UNA BUENA JORNADA

Es ese frágil rayo de sol en el cristal lo que me produce la añoranza del exilio lejos de las ciudades y las brumas. ¡Es hora de renovarse! Que las Providencias me den el corazón de un niño y el alma de un poeta, con las infatigables piernas de un cazador vasco de gamuzas; que añadan a esos preciosos dones, si su generosidad es inagotable, los cinco centavos siempre renovados del perpetuo Ahasverus, el cual, suponiendo que meta la mano en el bolsillo una vez por hora solamente, no ha gastado, desde que comenzó su camino, menos de ¡cuatro millones cincuenta y nueve mil ciento noventa y cinco francos! No me detendré un solo instante en corregir las pruebas de mi próximo libro, ni incluso en acechar a mi vecina de enfrente, que va y viene en su cuarto de baño detrás de las dos muselinas igualmente transparentes de su cortina y su camisa: pero, con el bastón en la mano, me iré con la mochila al hombro, – para no regresar, – más allá de las afueras, a través de los campos llenos de sol dónde, a lo largo de las frescos surcos dan saltitos los aguzanieves, a través de los bosques misterioso y claros, donde la siesta se duerme tan rápido, con los riñones sobre el musgo y la nuca sobre una raíz de árbol, en la brasa vaporizada del aire, entre el vuelo de las moscas verdes y doradas.

### I

De todo lo necesario para ser un feliz vagabundo, no le faltaba nada a Philippe, – lo de los cinco centavos vamos a pasarlo por alto. – y abandonó París una mañana azulada entre las chimeneas y gorriones en los tejados.

Cuando estuvo en el campo se detuvo un instante, levantó un dedo mojado para saber hacia donde soplabla el viento y comenzó a andar en esa dirección. Pues la brisa es buena consejera de los itinerarios bohemios, y es a ella a quién se le debe solicitar el camino; a menos que uno prefiera informarse con la primera golondrina que pasa. El cielo estaba tan despejado de nubes, y era de un azul tan diáfano, que Philippe esperaba ver a lo lejos, transparentarse ligeros vuelos de ángeles; y, a fuerza de aspirar a pleno pulmón el frescor luminoso del aire, le pareció por fin que poseía, en su corazón dilatado por el goce, ¡ese cielo con su inmensidad y con sus ángeles! Cuando caminaba por el lindero de un bosquecillo, vio entre las más altas ramas de un árbol, a un hombre muy joven, pálido, flaco, de cabellos largos, quién, con la cabeza inclinada, parecía

hablar en voz baja entre las hojas a alguien oculto o invisible. «¿Qué hace usted ahí, señor? preguntó Philippe. – Señor, respondió el que estaba en el árbol, Plinio el naturalista, para establecer que los ruiseñores son aptos para imitar la voz humana y además están dotados de una memoria muy notable, cuenta que, en un albergue de los alrededores de Roma, varios de esos pájaros tenían la costumbre de contarse los unos a los otros, en sus jaulas por las noches, las disputas políticas mantenidas durante el día por los cocheros sentados a la mesa. Ahora bien, he descubierto en ese roble un nido de ruiseñores, y recito muy bajo rondeles y baladas a las crías todavía sin plumas, para que los canten más tarde en el eco de las noches en el verano. – ¿Compone usted versos, señor? – ¡Cómo! ¿no los escribe? Acabo precisamente de acabar una pequeña elegía primaveral que os recitaría con mucho gusto.» Y el poeta, sin bajar del árbol, declamó lánguidamente estas estrofas frívolas y melancólicas:

De eclosionar la flor ya es hora  
El cielo no es azul sin razón,  
Pues es abril y es la aurora;  
La hora complica la estación.

Todos los labios cerrados largas eras  
Tienen deliciosos soplidos;  
El perfume de las rosas nuevas  
Sube en el aire de los cielos rejuvenecidos.

El azur claro azula el tierno verde  
De los arbustos adolescentes  
Donde el viento escuchando se pierde  
Entre las disputas en los nidos nacientes.

Unidos al vivo despertar de las alas  
Su furtivo y palpitante batir,  
Los céfiros son unas gacelas  
Que no se ven pero se pueden oír.

Entre la hierba y las finas matas  
De los iris verdes, bajo un abedul,  
Algunas peonías escarlatas  
Se miran en el agua azul.

El estallido de su belleza sangrante,  
Reflejada por la onda, allí palidece,  
Como un amor muy lacerante  
Cuyo recuerdo se desvanece;

Y hacia el fondo claro de una avenida,  
Donde se ilumina una niebla temblorosa,  
Pasa, figura larga y escondida,  
Una Esperanza vestida de rosa.

Philippe se alejó sonriendo sin decir una palabra, por temor a que la prosa desvaneciese el ritmo ligero de las estrofas, todavía esparcidas en el aire. Pero cuando estuvo más lejos se volvió hacia el lindero del bosque: el poeta en el árbol agitaba suavemente, hacia el vagabundo, como se hace con un pañuelo diciendo adiós y deseando buen viaje, la endeble rama donde estaba el nido de ruiseñores.

## II

Cuando dieron las doce bajo las pizarras de un fino campanario deslumbrante por el sol, hacía tres horas que Philippe tenía hambre. Si no había entrado en aquel albergue no era porque hubiese falta de albergues, – el último que había encontrado le enviaba por la ventana un agradable olor a tocino y coles, pudiendo oírse los chisporroteos de la fritura en la sartén – pero acontecía que no tenía con que pagar el modesto ágape. Tenía el bolsillo tan vacío como el vientre. Y el hambre, siempre aumentando, se hacía imperiosa. Ahora bien, una cabra pacía en el césped de una cuneta, blanca, pequeña, frágil, con saltitos que espantaban a las libélulas y a las moscas. Una feroz idea atravesó el ánimo de Philippe: apoderarse de la cabra, llevársela al bosque profundo, degollarla, asarla, carne, piel y vellón, sobre una pira de ramas ardientes, o devorarla cruda. Pero el bonito animal se acercó en tres brincos y se sentó sobre sus cuartos traseros; luego, levantando sus cuernos que eran dorados, se puso a mover muy rápido las patas delanteras, como un conejo tocando el tambor. Philippe encantado, besó entre los ojos a la pequeña cabra blanca sin morderla, demasiado graciosa para ser devorada, y le hizo una señal para que se acercase más a él. La cabra así lo hizo y caminaron juntos, ella con saltitos, él, un poco lento, alicaído, ella, masticando aquí y allá en las zarzas, él ¡envidiándola con rabia! Pues su hambre en ese momento era superior a sus fuerzas, no atendía a razones, se burlaba de las bellas llanuras y el luminoso horizonte, – ¡el horizonte no se come!– habría tragado espinas y flores, las rosas silvestres del camino, no sabía que le retenía el masticar incluso la corteza de viejos olmos. Pero, de pronto oyó unos gritos de alegría y observó gestos de todos los colores. «¡Aquí está! ¡mirad! ¿Es ella? Un señor nos la trae. ¡Ah! ¡pequeña bribona! Aquí está. ¡Gracias, señor!» Y los saltimbanquis cuyo almuerzo interrumpido mostraba, al lado del carromato, sobre el mantel verde de la hierba, la carne roja, tomates crudos y botellas medio llenas de vino tinto, exigieron que el viajero participase de su comida. Entonces Philippe comió con la glotonería formidable de una boa que engulle un búfalo; luego, entre un payaso rosa y negro, embadurnado de harina, y el tonto que se deja burlar, con un gorro de Tabarin, ¡vació doce veces seguidas su vaso a la salud de Thespis hospitalario!

### III

El parque que Philippe miraba a través de la reja a la hora en la que la noche entra, era amplio, apacible, discreto, con sus cuatro macizos en el césped y, a la derecha y a la izquierda, al fondo de una avenida principal cuyas ramas se juntaban en bóveda, se veía brillar como al extremo de un túnel, una clara redondez de pradera todavía soleada. Ante la alta escalera del castillo, donde, en los grandes tiestos de loza azul brillante, crecen enormes plantas, una joven mujer en bata clara, bajo la paja dorada de uno de esos sombreros que, atravesados de luz, proyectan sombra y día en el rostro, tenía un bordado entre sus manos pálidas, y no bordaba, soñadora; mientras un hombre gordo a su lado, – su marido sin duda,– pesadamente sentado en un balancín de cañas, leía un gran periódico completamente abierto. Y esa mujer, esbelta, un poco frágil, que pensaba, ¡era exquisita! Philippe, el viajero sin hogar y sin amor, envidió al dueño del bello castillo y de la bella esposa. Pero ella levantó la cabeza y miró al vagabundo. Lo miró durante mucho tiempo, con una dulzura que casi sonreía; y cuando sus ojos se desviaron un instante hacia el hombre gordo leyendo siempre su periódico, se entristeció de tal modo, bajó la frente, con un suspiro, más soñadora, a causa tal vez del joven paseante que estalla allí, al otro lado de la verja, tan cerca, tan lejos...

## IV

Había caminado todo el día, solo, libre, feliz, bajo el sol, al viento, a lo largo de los grandes caminos y por estrechos senderos, sobre los guijarros y las hierbas, atravesando pueblos sin detenerse, no demorándose más que en los bosques para beber en alguna fuente o para oírla cantar, y, cuando llegó la noche, todavía no estaba cansado, de tal modo el aire libre le había reavivado los músculos y vivificado la sangre. Incluso hubiese bailado con gusto con las personas de una aldea que se movían alegremente bajo una cuadra abierta, al son de un violín y de un clarinete. Celebraban una noche de bodas con los gritos y las carcajadas del buen humor aldeano. Boda de un granjero con una granjera. La casada, bella muchacha, era gorda, de rojas mejillas, el marido era fuerte. Siendo besada y abrazada hacían, en la pesada danza, el aprendizaje del apareamiento. ¡A Philippe le faltó moderación! Tomó por la cintura a una de las damas de honor y la besó en el cuello, con la idea de casarse esa noche, él también. Pero su atrevimiento tuvo funestas consecuencias. Todos se abalanzaron sobre él en tumulto, con insultos, levantando bancos, enarbolando horquillas, y huyó a través de la llanura, como el ciervo ante la jauría. Jauría temible, que le ganaba en rapidez, que pronto lo alcanzaría. ¡Se protegió de los bancos en la cabeza y las horquillas en los riñones!, se alejó en la noche con furioso ímpetu. Había que escapar a toda costa. Escalaba laderas, saltó fosas, se lió en las zarzas, librándose de ellas corrió más rápido aún y no se detuvo hasta que, dejando de oír la amenazante persecución de los aldeanos, cayó extenuado sobre el heno de un granero abierto por todos lados. ¡Fuera de peligro por fin! «¿Pero, dónde diantres estoy?— En mi casa», dijo una voz de mujer que no era dulce. «¿Quién es usted? — La mendiga.» Él la arrastró dentro para verla mejor, bajo la claridad de los astros. Ruda y joven, vestida con harapos y mostrando la carne por los agujeros, ella reía con dientes de loba, con los dedos apoyados sobre las caderas. Él la estrechó contra él, con un fuerte abrazo, y aunque ella no le pidiera limosna, ¡él se la dio!

Y durante la hermosa noche cálida, Philippe, lleno de compasión por las personas decentes que trabajan en las ciudades y duermen bajo techo, glorificó el buen azar de las rutas bohemias que le habían dado, en una sola jornada, el saludo de un poeta preceptor de ruseñores y recitador de versos en los árboles, un lugar donde compartir la comida de los errantes titiriteros, una parte en la ensoñación enternecida de una patricia, y el amor de una pobre, en el heno bajo las estrellas.

## LA VELA INÚTIL

Los pescadores, empujando la triple palanca del cabestrante que chirría, han arrastrado sobre los guijarros la barca blanca y azul, y, ahora, seguros de que las olas no podrán alcanzarla, se han ido a jugar al dominó y a beber sidra en alguna taberna del pueblo. Pero no han juzgado conveniente cargar con la única vela de la barca. ¿Para qué molestarse? Tan fuerte como sea la brisa, no arrastrará el barco solidamente anclado en las piedras por su propio peso. Y es inútil que la vela se infle.

Pasando por allí un poeta, se tumbó en la playa, a la sombra de la barca inclinada.

El mar de un verde diáfano, donde las corrientes que se cruzan dejan ver amplias estrías luminosas de acero, se extendía ante él, perezosa y vibrante; una única roca, negra, con espuma en su base, se elevaba fuera del agua, mientras la lenta ascensión de una niebla discurría por la ladera calcárea del acantilado, desgarrándose en el campanario de la iglesia como una muselina en una aguja, y dispersándose entre la nubes. No lejos de allí, unas bañistas con las piernas al aire, bajo camisones de franela adornados con cintas de encajes, ponían vacilantes sus pies calzados con alpargatas sobre las estrechas planchas que descienden hacia el mar, y, cuando levantaban sus brazos sin mangas, se veía brillar en sus dedos nada más que la piel adornada con los diamantes y el oro de sus anillos; al abrigo de una tienda cerrada y cuya tela proyectaba sombras sobre los cantos soleados, unos vestidos estampados de flores se posaban sobre unos asientos enanos realizados de trenzados en forma de X, que dejaban percibir la redondez de las medias de redecilla; aquí y allá, entre el va y viene de los nadadores en camisetas rayadas que salían del agua o se sumergían en ella, haciendo del Océano una Grenouillère<sup>3</sup>, entre los correteos de los niños y los saltos de perrillos falderos que huían de la olas llevando en los bordes de sus orejas su espuma, entre los grupos sombríos de algunos hombres que permanecían de pie, observando, destacaban sombrillas rojas parecidas a grandes ramos de amapolas que se habrían arrojado allí.

---

<sup>3</sup> La Grenouillère era un restaurante-baile al aire libre ubicado en las orillas de Sena. Era muy frecuentado por los artistas bohemios del París de finales del siglo XIX. Es famosa la descripción que de este sitio hace Guy de Maupassant en su relato "La femme de Paul". Fue pintado por varios pintores impresionistas entre ellos Claude Monet y Renoir. (N. del T.)

Pero el poeta no se fijó en las piernas desnudas de las bañistas, ni en el bermellón de las sombrillas exasperadas de sol; continuó escuchando, muy cerca de él, los lamentos de las planchas de la barca bajo la vela inflada por la brisa.

La barca triste dijo:

«¿Por qué me dejan aquí, inmóvil, como algo muerto, mientras podría ser mecida, allá, viva, en el suave balanceo de las olas? Levantando mi proa quiero subir la pendiente lisa de las olas, y descenderla con la popa alta; quiero que a mis costados suene el chapoteo deslizante del agua. ¡Adelante! ¡Adelante! puesto que el mar tan bello invita a los dulces viajes, puesto que mi vela sería de oro al sol y yo dejaría estremecer y cantar tras de mí una larga estela de plata.»

En ese momento, una bañista mojada subió hacia su caseta, con un pie descalzo, el talón rosado y con una salpicadura en la uña del dedo gordo del pie; bajo su vestido de gasa ceñido, se veían transparentar sus oscilantes senos. Pero el poeta no volvió la cabeza, atento a los lamentos de la barca.

Ella dijo bajo una ráfaga de viento:

«¡También amo la tempestad! Tras las tranquilas bonanzas, aspiro a las tormentas que hacen vibrar las planchas de los navíos y crujir los grandes mástiles. En las borrascas, bajo los diluvios, entre las olas semejantes a montañas que se desmoronan en torrentes, cómo me transporta el viento, cómo me desplaza, cómo me disloca, rodeada de relámpagos. Me gusta luchar, tan endeble, contra todo el mar y todo el cielo desencadenados, aunque tuviese que zozobrar bajo la ola que me embate o me deshace en las rompientes, y que mi carcasa hecha migajas no fuese más que informes restos recogidos sobre la arena por las esposas de los pescadores. »

La bañista, durante ese tiempo, buscaba su caseta y no la encontraba; se impacientó y llamó, hizo señales con sus brazos desnudos que, levantados, dejaban ver el oro rizado de sus axilas; pero el poeta, tras una mirada rápida, se volvió hacia la barca cautiva en las piedras; y no dejó de escucharla, soñadora, bajo la vela en vano abierta.

Ella dijo en la brisa refrescante:

«¿Quién sabe además si la tempestad no me llevaría hacia magníficos países dónde abordan a los grandes navíos? Por frágil que parezca, conozco la fuerza para resistir a los más rudos huracanes, y atracaré tal vez, después de tantos peligros, en los puertos decorados por los pabellones de lejanas patrias. ¡Oh triunfos! ¡Oh alegrías! ¡Arrojar mi ancla, más gruesa apenas que una aguja de ganchillo, en el fondo donde han mordido las anclas de enormes navíos! ¿Quién sabe incluso, si obedeciendo a corrientes favorables, empujada por vientos propicios, no ganaría golfos desconocidos, que florecen, semejantes a cestas, islas misteriosas desconocidas a la mirada humana? Es a mí a quien está reservado deslizarse sobre la arena de un Tierra hermana del Edén, donde crecen rosas jamás respiradas, donde maduran frutas jamás mordidas, dónde, bajo un cielo que no conoce las nubes, ¡el día no tiene noche y el océano carece de amargura!»

La bañista por fin se ha vestido; regresa a la playa, para mirar después de haberse mostrado; desvestida era bonita; vestida es exquisita; el deseo se exaspera, reducido a recordar todo lo que ya no deja ver; y el encanto de su pequeños botines bien calzados



se complica adorablemente con el recuerdo de su pie descalzo. Pero el poeta no se preocupa demasiado de la bañista vestida, ocupado solamente de la barca, bajo la vela.

«¿Por qué gimes y por qué sueñas así? Construida de planchas, y pesada, ¿no deberías considerarte satisfecha de estar ahí, apacible, sobre la inmóvil tierra?»

Ella respondió:

«Tienes razón. Pero, puesto que soy pesada, y hecha con la madera de un roble que se mantenía fuertemente plantado en el suelo, ¿por qué me han dejado esta vela que vibra y se infla siempre hacia el vago horizonte?»

Entonces el poeta, cabizbajo, pensó que parecido es, cautivo aquí abajo, a esa barca encallada; poseyendo, al igual que ella su vela, un alma que recuerda y desea y sin cesar palpita hacia lejanas quimeras, vela inútil por desgracia, hasta la hora en la que la Muerte, como un marino pone una barca a flote, venga a abrirnos el paraíso de los sueños.

### EL VESTIDO DE NOVIA

Era la noche de carnaval del año pasado. Un semicírculo de globos lechosos, parecidos a enormes perlas sucias, indicaban la entrada de un baile, y, bajo la lluvia, en el fango, algunas personas disfrazadas atravesaban el bulevar exterior, evitando, con saltitos sobre la punta del pie, los negros charcos donde vibraba el reflejo de la luz de las farolas; bajo el arremangamiento de los impermeables podían percibirse unos ceñidos maillots de algodón de color carne, – color de una carne roja, – y flecos de faldas. Separada de la fachada del baile por un café blanco y oro, que resplandecía, una tienda de trajes de alquiler permanecía abierta; tras el polvoriento escaparate, amarillento de gas, había vestidos de lecheras, de pastoras de los Alpes, de suizas, de españolas, andrajos de tela zurcida, con ramilletes de cintas nuevas, harapos pisoteados de satén, bordados con galones descoloridos o fulares manchados, colgando lamentablemente.

Una mujer, tras haberse detenido algunos instantes a mirar el escaparate, entró en la tienda; llevaba un voluminoso paquete, con el brazo izquierdo pasado por debajo de los nudos en cruz de una tela blanquecina que se podía tomar por un mantel o por una gran servilleta.

Aunque joven todavía, debía haber sido bonita pero ya no lo era. Una cara fatigada, con labios mortecinos y ojos apagados; bajo los párpados un color rojizo como el que aparece después de haber enjuagado muchas lágrimas. No menos que en los rasgos del rostro, había en las formas del cuerpo que se abandona, una profunda lasitud, un aire de haber tenido suficiente. Sin sombrero ni gorro, su moño a medias despeinado colgándole más bajo que la nuca, miserablemente vestida con un vestido de lana marrón, que, viejo, sucio, carecía de botones, debía ser una de esas esposas de obreros cuyos maridos una noche no regresan, y que, solas, sin ánimo para trabajar, viven como pueden, de unos céntimos mendigados entre las vecinas o ganados en los azares de los vagabundeos nocturnos; no cuentan para nada ni para nadie, esperan el fin sin tener la voluntad de apresurarlo. Se ven muchas de ellas en los despachos del Monte de Piedad, un poco antes de la hora de la cena, sentadas, con los brazos colgando, las manos abiertas, o de pie apoyadas en la pared, esperando su turno, con la mirada vacía.

II

Una vez que entró la mujer, miró aun el batiburrillo carnavalesco y no lo pensó mucho tiempo, eligió un traje de lechera muy escotado

–Me irá bien – dijo – porque tengo mucho pecho. ¿Cuánto cuesta su alquiler?

–Doce francos – respondió el dependiente.

–No es caro – dijo ella.

A continuación preguntó si podía probarlo en la trastienda; dejaría el vestido que tenía puesto y vendría a recogerlo después del baile, pagando al mismo tiempo el precio del alquiler.

–Como quiera usted. – dijo el comerciante – Únicamente he de decirle que sus ropas no valen gran cosa, por lo que deberá dejar un depósito.

–¿Un depósito?

–Sí. ¿No tiene dinero?

Ella hizo una señal indicando que no.

–Entonces, vaya a acostarse en lugar de ir al baile. Cuando no se tiene un céntimo, uno no piensa en divertirse.

Ella respondió:

–No es su negocio dar consejos. Yo hago lo que quiero; esto no es de su incumbencia.

–No – dijo él – pero si lo es el no ser robado.

Ella se encogió de hombros.

– Mire – continuó ella deshaciendo el paquete que llevaba – creo que no tendrá nada que temer si le dejo una prenda como ésta.

–¡Vaya! ¡un vestido de novia!

Era un vestido de novia de seda blanca, sin usar, pero antiguo y sin lustre, bonito todavía con cierta melancolía de reliquia; unas flores de azahar adornaban el corpiño, descendiendo hacia los pliegues de la falda.

–Hubiese preferido el dinero – dijo el dependiente de la tienda. Pero voy a complacerla por que parece una buena chica.

–¿Al menos, – dijo ella – no me lo estropeará?

–No hay peligro.

–¿Dónde lo pondrá? Quiero ver dónde lo pondrá.

–Allí, bajo el mostrador.

Y tendió las manos para tomar el vestido de novia.

–¡No!– dijo ella estrechándolo contra su pecho como si hubiese abrazado a alguien. Lo colocaré yo misma. Usted lo mancharía con sus manos.

Dobló la tela blanca muy delicadamente, se bajó, la depositó sobre un estante bajo el mostrador.

–¿Me promete que nadie lo tocará?

–No, no, nadie.

–¿Está de acuerdo en que lo venga a recoger mañana temprano?

–¿Traerá el dinero?

–¿Cree usted que voy al baile a divertirme? Ahora tengo que vestirme. Déme el vestido. Bien. ¿Es allí el probador? Puede mirar por el agujero de la cerradura si le place; a mi no me importa.

III

En la mañana gris, sucia, que rayaba las gotas de lluvia, el viento pasaba muy rápido, doblegando las ramas de los frágiles árboles a lo largo del solitario bulevar; todas las ventanas estaban apagadas, cegadas con las contraventanas o las cortinas; más allá, la escoba de los barrenderos rechazaba los fangos líquidos en un borboteo blando.

De la puerta entreabierta de un despacho de bebidas, – emanaba de allí una luz de gas mezclada con la triste claridad matinal. – salió una mujer bruscamente, como empujada por los hombros, cayó sobre las rodillas, sobre la cara, sobre los excrementos de la acera, se levantó embadurnada de fango, observó tristemente su vestido de lechera, sus manos lastimadas y sucias.

Quiso volver a entrar en la licorería.

–¿Quieres dejarnos en paz? – aulló una voz ronca.

Y la puerta se cerró con un ruido que sacudió todo el escaparate.

Entonces la mujer miró a su alrededor. En una esquina de la calle percibió a un hombre enfundado en su gabán, con el cuello hasta las orejas, dispuesto a cruzar el bulevar: tal vez alguien que había pasado la noche en una fiesta, y se apresuraba a regresar; tal vez un empleado, yendo a su oficina.

Se acercó al transeúnte, lo agarró por el brazo, poniéndole bajo los labios todo su pecho que salía del corsé. Pero él la rechazó con un codazo, con palabras soeces y siguió su camino.

Ella estaba sola en la esquina de la calle bajo el viento frío.

–Vamos –dijo – esto es como en el baile. Hay que confesar que no tengo suerte. Sin embargo no soy más fea que las demás!

Añadió:

–Desfallecer de hambre no es gran cosa. Estoy acostumbrada. Pero si no me devolviesen el traje...

Se puso a caminar a lo largo de las casas, muy aprisa, pasó ante la entrada del baile, ahora cerrado con las farolas apagadas, se detuvo ante la tienda de alquiler de trajes.

La tienda estaba cerrada, aunque no completamente; la mujer empujó la puerta, vio al dependiente dormido sobre una silla; esperaba que le llevasen los trajes alquilados por la noche.

–Soy yo – dijo ella – Debo explicarle una cosa. No había mucha gente en el baile. ¡Ni un hombre elegante! He marchado de allí con no importa quién. Hemos ido a una taberna. Me han golpeado y dado con la puerta en las narices. En fin, no tengo dinero. No fue culpa mía. ¿Sería usted tan amable de devolverme igualmente el vestido, verdad? Le prometo que le traeré el dinero esta noche.

Él respondió:

–¿Cree usted que es divertido ser despertado para esto, para nada? Váyase de aquí. ¿Oye usted? váyase. Sin dinero no hay vestido.

–¡Oh! ¡Dios mío! – exclamó ella.

Con la cabeza entre las manos se echó a llorar.

–Todo lo que puedo hacer – dijo el hombre – es comprarle su vestido de novia. Tal vez consiga alquilarlo el día de Cuaresma. ¿De acuerdo? Se lo compro por veinte francos. Con el alquiler del disfraz de lechera pagado todavía le quedarán ocho francos en el bolsillo.

Bruscamente furiosa, semejante a una perra que va a morder, se arrojó sobre él:

–¡No quiero venderlo! ¡Quiero mi vestido! ¡Canalla, devuélvame mi vestido!

Pero él la agarró por el brazo y arrojándola a la acera cerró la puerta sólidamente.

Esta vez no pensó en levantarse. Quedó sentada en el lodo, con los brazos desnudos, el pecho desnudo en el viento helado y la lluvia discurriéndole por la espalda;

y sollozante, tartamudeaba: «¡Mi vestido! ¡Quiero mi vestido! ¿Es que no me lo van a devolver? ¿Es que no hay nadie que me devuelva mi bonito vestido de novia?»

## EL INCENDIARIO

Ese miserable, salvado de las llamas, me ha contado su historia, mientras se desmoronaban los últimos paños de la pared de su casa incendiada cómo enormes bloques de brasas.

«Sí, fui yo quién provocó el fuego. Escuche.

Apenas tuve use de razón –¿por qué no habré muerto antes de esa hora aciaga? – ya me mostraba singularmente taciturno: hablando poco, fingiendo leer en los rincones, ganando la puerta siempre que alguien entraba, alejándome, evadiéndome más bien, con un deslizamiento furtivo a lo largo de los pasillos; en el Instituto o con mi familia, tanto en la ciudad como en los campos, experimentaba esa necesidad de soledad, de recogimiento, de huida; no conocí las expansiones de las primeras amistades, y cuando, acercándome a mi padre a o a mi madre, tendía la frente al beso nocturno, era con el deseo de recibirlo muy rápido y que se fueran enseguida de allí. En torno a mí, todos parecían creer que yo era un niño tímido, que me pasaría con la edad. No era tímido, al menos del modo en que todo el mundo entiende por timidez; no tenía miedo de los demás, ¡tenía miedo de mi mismo! Si en medio de mis grandes sufrimientos, en vano sacudidos, no hubiese perdido el hábito de enfrentarme a ellos, no dejaría de levantarme en furiosas recriminaciones contra la desconocida voluntad que me había hecho tal como era, es decir un ser espantoso. Pero después de tanto tiempo ya no me afectó, y no volvió a invadirme la ira que, antes, en circunstancias semejantes se hubiese manifestado. Me limitaba a asombrarme con resignación. ¿Era el heredero de alguna maldición de antaño? ¿Circulaba por mis venas –pobre ser inocente, apenas recién nacido, frágil y dulce como los pájaros y las flores – un poco de sangre de un monstruoso ancestro, autor de crímenes imperdonables? Con frecuencia interrogaba a mi padre sobre el pasado de nuestra familia: una larga serie de honrados burgueses, pacíficos, ordenados, hogareños, un poco devotos. ¿Acaso me había maleado desde el primer despertar de la inteligencia, mediante los ejemplos y consejos de algún mal compañero o mediante libros culpables sustraídos y meditados a escondidas? No lo recuerdo, pero no lo creo. Lo que es cierto es que llevaba en mí unos instintos, unas necesidades casi irresistibles de traición, de latrocinio, de sangre en el filo de un cuchillo, de derrota también, tal como la podía concebir mi impura precocidad; y, cuando me miraba en los espejos, me veía muy pálido. Jamás olvidaré con qué

execrable identificación me sentí exaltado cuando leí en los libros de Historia Sagrada el relato del hombre delator de Dios; «¡yo también soy Judas!» Me era imposible ver brillar el oro en el brazo o en el cuello de una mujer sin que la crispación de tomar, de arrancar, de llevar, me convulsionase los dedos; no se trataba de codicia ni atracción por el destello del metal, como ocurre a algunas aves ladronas: lo que me incitaba al robo era únicamente el placer de robar; durante muchos días me vi acosado por el pensamiento de hurtar las monedas de las escudillas de los mendigos ciegos. Mi hermana tenía mucho cariño a dos tórtolas familiares, que durante todo el día se arrullaban de gozo sobre un travesaño frotándose las plumas; dos delicados pájaros, bonitos y frágiles; ¡yo los acechaba! ¡los vigilaba con la idea fija de un gato que despliega sus garras! Aún contra mi voluntad, no podía desviar la mirada; y – manipulando un compás que me servía para trazar círculos sobre mi cuaderno de geometría, – de la nuca a los riñones me discurría un escalofrío con la idea de que la vida podría salirles por el pecho en borbotones rojos. En lo que respecta a mi perversidad libertina, – infantil y diabólica, – más vale no insistir más; usted me obligaría a callarme, incrédulo o ahído de pavor, y este relato no tendría fin. Por lo demás, ¿algunos recuerdos de infames fantasías, elegidas entre mil, podrían darle alguna idea del encarnizado y perpetuo anhelo de hacer el mal del que estaba poseído? Por fortuna – o por desgracia, pues la realización de los peores crímenes tal vez es la única felicidad posible de las almas elegidas por el infierno, y ¿quién sabe si yo no habría encontrado una profunda paz en la realización de mis quimeras? – por fortuna, digo, una conciencia infinitamente sensible, muy firme también, que no se prestaba a lo acomodaticio, me defendía de todas esas tentaciones: era criminal e inocente, muy abyecto y muy puro; afirmo que jamás he cometido una acción realmente reprochable, a mí, que me atormentaban despiadadamente todas las apetencias criminales. ¡Pero a qué precio obtenía esa victoria! ¡pues cómo me despreciaba a mí mismo cuando volvían a surgir, durante un instante pisoteados bajo el talón del arcángel, los demonios de los que yo estaba colmado! ¡qué temor a ser derrotado algún día! Yo tenía en la lejanía del futuro, visiones de presidio o de cadalso merecidos. Huía en la soledad de la posibilidad de la caída.

Joven aún, tuve algún respiro. La vida, con la actividad de sus primeras exhuberancias, con los azares de los fáciles amores y la cordialidad de las cortas camaraderías, me interesó y me divertió. Pude creer que era semejante a los demás, que nada del miserable predestinado de antes persistía en mí, excepto un poco de tristeza y timidez, que era el hermano ya mayor y con buena salud de un niño loco, muerto, enterrado y olvidado.

Una noche, cuando dormía al lado de una hermosa muchacha, me desperté sobresaltado, como sacudido por el hombro. Mi amante, con la cabeza entre sus cabellos despeinados, el pecho fuera de las sábanas, desplegada en el sueño la sonrisa de unos dientes felices; emanaba de ella un cálido vaho ligero de carne blanca. ¡Jadeó!, debatiéndose bajo el estrangulamiento de mis dos manos, pudo librarse, se refugió, azorada, en un rincón de la habitación, mientras yo huía a través de la casa, y, cuando desfallecí contra una pared, en el corredor, bajo la claridad de un aplique de gas, vi que tenía sangre en las uñas.

De ese modo el mal del que me creía curado me volvía a tomar, más terrible todavía. Ahora no se limitaba a incitarme con terribles tentaciones, sino que triunfaba contra mis resistencias, exigía la acción y me obligaba a llevarla a cabo. Estaba destinado a conocer, no únicamente el remordimiento del crimen concebido, sino el remordimiento del crimen perpetrado. Sería un asesino, un traidor, un ladrón; y el libertino siniestro a quién no bastan los besos permitidos, sería yo. El demonio que me

poseía, – ¡sí, realmente creía en tí, Satán!– no me soltaría. No me quedaba alternativa posible. Viviendo entre mis semejantes sería un peligro para ellos y para mí; debía apartarme de los hombres y las mujeres, sin posibilidad de regresar. Se aísla a un perro rabioso si se vacila en matarlo. No me sentía todavía con el valor suficiente de hacerme saltar la tapa de los sesos, o de arrojarme a un río desde un puente; así pues, me exilié de la humanidad.

Un barco que navega hacia las regiones polares y cuyo capitán ha previsto largas invernadas, no es mejor que una casa aprovisionada con todo tipo de alimentos, sin vecinos ni sirvientes, ubicada más allá de las afueras, una casa amplia y desnuda, cuyas puertas y ventanas cerré una noche de otoño para no volver a abrirlas más. A partir de ese momento estaba separado de las alegrías y los dolores humanos; nada relativo a la vida me alcanzaría, ni siquiera los ruidos, pues las paredes eran gruesas y yo había tenido la precaución de reforzar las contraventanas. ¡Tumba de un vivo! sólo le faltaba el epitafio en la puerta cerrada. No le hablaré a usted de las melancolías de largas jornadas, el tedio de las solitarias comidas bajo la lámpara siempre encendida, las caminatas a lentos pasos de una pared a otra de las salas, la lectura cien veces recomenzada que nunca acababa, los despertares con los ojos abiertos de par en par durante la noche en el eterno silencio, y la cabeza volviendo a caer, bostezando, sobre la almohada. Pese a lo lamentable de mi nueva existencia yo me regocijaba a veces en mi desolación. Pues aquí al menos no podía ceder a la atracción del mal; había levantado un muro entre el crimen y yo. Conocí una especie de taciturna felicidad provocada por la ausencia del peligro. Los temibles deseos ya no me espantaban; incluso consentí, sin lucha y sin horror; sí, permitía a mi sueño ser, en las guerras civiles, el cobarde que revela el refugio de los proscritos; le permitía ser el ladrón que entra en los domicilios con una linterna en la mano, detrás de las puertas forzadas, el asesino que limpia en su manga el filo del cuchillo, el odioso violador y corruptor de vírgenes adolescentes. ¿Por qué no? ¿Por qué habría de perpetuar los tormentos de una espantosa lucha? ¿Acaso mi inocencia no estaba garantizada por mi aislamiento? ¿La impotencia en la que me había sumido para cometer el mal no me autorizaba a disfrutar de él imaginándomelo? ¿No tenía la certeza de que mis crímenes jamás serían reales?

Ahora bien, una mañana, o una noche, – hacía ya tiempo que ya no distinguía las horas. –pensaba sentado en mi sofá, con la mirada levantada hacia la desnuda pared. ¡Me incorporé gritando! Allí, sobre el panel blanco, – como si alguna mano invisible lo hubiese ennegrecido con un burdo boceto, – veía, estaba obligado a reconocer que veía un hombre, con mi rostro y mis ropas, recogiendo escudos en el charco de la sangre de una anciana asesinada. ¡Oh, misericordia! ¿Qué significaba aquello? ¿Quién había dibujado el abominable sueño con el que precisamente yo me complacía un instante antes? ¿Que espantoso artista había retratado mi alma? La visión – si es que era eso – desapareció como agua en una esponja. Pero a partir de ese día, –¡oh! fue horroroso,– cada vez que me abandonaba a uno de mis familiares despliegues imaginativos, veía su representación exacta, implacablemente exacta, sobre la pared, sobre alguna puerta o en el techo. ¡Víctimas arrodilladas que me tendían sus manos suplicantes! ¡La sangre fluyendo por las venas abiertas de sus gargantas blancas que yo había besado antes de matarlas! ¡Había allí festines donde vírgenes desnudas, servidas en platos de oro, tenían clavado en el corazón un cuchillo cuyo mango oscilaba! Y para colmo de horrores, esas imágenes no desaparecían nunca. ¡Nada podía borrarlas! Yo huía de habitación en habitación; pero en vano; por todas partes se hacían visibles, diversas, innumerables, idénticas a mis pensamientos; si apagaba la lámpara, se convertían en pinturas color de sangre y fuego, victoriosas sobre las tinieblas; ¡y yo vivía en el espantoso museo de mis crímenes! ¿Comprende usted por qué prendí fuego a mi domicilio? ¿Por qué me he



arrojado a las llamas, bajo la mirada de la muchedumbre que había acudido en tumulto? ¡Ah! ¡malditos sean aquellos que me han salvado del fuego! Heme aquí de nuevo entre los hombres; se ha soltado a la bestia rabiosa. ¡Malditos, malditos los imprudentes rescatadores que no han dejado consumirse mi ser y desvanecerse sobre la pira los malos pensamientos!»

## LA MOMIA

Voy a contar una aventura que me ocurrió hace dos años. En primer lugar he de decir que las personas nerviosas que se regocijan siendo impresionadas por la rapidez de los acontecimientos y lo imprevisto de las situaciones, no encontrarán placer en ella. Expondré con sencillez, como han sido hechas y dichas, las cosas que he visto y oído; el lector sagaz me excusará si las exigencias de mi relato me obligan a hablar en todo momento de mí mismo.

El día en que mi padre consideró que yo estaba provisto de un número suficiente de diplomas, me hizo llamar a su estudio (mi padre es notario en Dijon) y me dijo con una sonrisa:

«Hijo mío, tienes veintiún años y nunca he tenido una queja de ti: eres un buen muchacho. Tu inteligencia no es superior a la mía, tal vez incluso esté algo por debajo; pero tus profesores siempre me han dado buenas referencias de tu asiduidad y costumbres. Aquí tienes quinientos francos. Abandonarás Dijon mañana mismo, para ir a donde te parezca; yo no soy de esos padres que contrarían la vocación de sus hijos.»

Dicho esto, mi padre me mostró la puerta. No me asombró su conducta. A pesar de la notable falta de perspicacia que todo el mundo reconocía en mí, yo no ignoraba que, viudo desde hacía algunos años, vivía en concubinato con una criada que le había dado varios hijos. Era natural que pensase en alejarme de su casa; mi presencia le impedía llevar a cabo el proyecto largo tiempo acariciado de un matrimonio con esa mujer. Me daba quinientos francos, era poco, pues era rico; era mucho, pues era avaro.

Al día siguiente partí para París, y desde entonces no he vuelto a ver a mi padre. En los primeros tiempos sufrí un poco nuestra separación; pronto dejé de pensar más en ello. Pero no olvidaba tan fácilmente a mi tío y a la pequeña prima que dejaba en Dijon. ¡Era tan bonita Dorotea! – Se llama Dorotea. – Muchas veces, durante la noche, en ese estado de conciencia no dormido aún, que precede al sueño, creía verlos a ambos, tío y prima, pasando por las murallas donde los ciudadanos tiene por costumbre pasear cuando llega el crepúsculo; ella, risueña, loca y provocadora, no evitando atraer la atención de los oficiales de caballería que hacen tintinear sus sables; él, serio y con grave porte. Dorotea llevaba un vestido de algodón estampado de flores que había estrenado el día de Pentecostés; mi tío tenía su gran chaleco marrón y su pesada cadena

de oro. ¡Oh, la cadena de oro de mi tío! ¡Cuántas veces había soñado con hacer de ella un collar para mi prima Dorotea!

Sin embargo yo no estaba ocupado solamente con esos recuerdos; aunque una pequeña plaza en una compañía de seguros, y algunos trabajos de copista me hubiesen permitido no mermar la suma que yo debía a la munificencia paterna, me inquietaba mi futuro; y frecuentemente había pensado en acometer alguna empresa industrial con los fondos de los que disponía. Ahora bien, una mañana, sumido en esas reflexiones, almorzando en una pastelería, mi mirada cayó sobre la sección de anuncios de un periódico. Uno de ellos llamó mi atención. Un sabio había hecho un descubrimiento de una importancia capital y ofrecía compartir los beneficios con la persona que le confiase una cantidad mínima, pero indispensable para las últimas experiencias. Yo sabía que muchas personas desconfían de las ofertas de fortuna insertadas en la cuarta página de las hojas de los periódicos; pero nunca me había explicado los motivos de tal suspicacia. Decidí de inmediato ponerme en contacto con el inventor, y, una vez acabado mi almuerzo, me dirigí, – era domingo, – a la dirección que el periódico indicaba.

A decir verdad, a punto estuve de ser sorprendido cuando llegué ante el número 26 de la calle Saint-Ferdinand; había un número pintado sobre una de las planchas de un cercado de madera, ¡pero no había casa! Tenía ante mí una especie de terreno baldío, dónde se levantaban unas pobres barracas de saltimbanquis, y, entre ellos, un enorme carromato verde desenganchado. Iba a marcharme, creyendo en un error del periódico, cuando un hombrecillo muy viejo, seco, vestido con frac negro abotonado hasta la barbilla, descendió del carromato, – especie de casa con cuatro ruedas, – y se acercó a mí con una sonrisa en los labios.

«¿No desea hablar conmigo, señor?»

Yo le di a entender sin miramientos que no tenía por costumbre relacionarme con saltimbanquis.

«¡Cómo! ¿Me toma usted por un mostrador de animales curiosos o por un exhibidor de figuras de cera?»

El anciano adoptó un aire tan profundamente indignado pronunciando esas palabras que yo permanecí completamente mudo. Él continuó:

«Soy miembro de varias Academias de Alemania y de tres ilustres sociedades de Noruega; no he dedicado mi vida entera a resolver los más complicados problemas científicos para ser insultado de ese modo, a mi edad, por un hombre como usted. Sin embargo, – se había serenado súbitamente – admito que las apariencias están en mi contra, y, en interés de mi gloria, deseo explicarle las cosas. Los trabajos a los que me dedico ocasionan grandes gastos; de modo que he tenido que crear una pequeña industria; con los vestigios de mis tentativas y los deshechos de mi despacho, he compuesto una colección suficientemente curiosa que los transeúntes pueden visitar por módicas sumas. Voy de ciudad en ciudad durante la época de los festejos públicos. Los viajes no me resultan molestos, y de ese modo viviré hasta que un poco de dinero, prestado por una mano generosa, me proporcione los medios de convertirme en un hombre rico y glorioso y de enriquecer al mismo tiempo a mi socio, a mi bienhechor.

Cuando el viejo me hubo dado esa explicación, me sentí muy avergonzado por haberlo juzgado mal; le pedí mis más sinceras disculpas, que él aceptó solícito; yo añadí que habiendo leído el anuncio insertado en los periódicos, estaba dispuesto a asociarme con él si su invento era realmente importante.

«Perdonará usted mi desconfianza, respondió el viejito; más de una vez he sido embaucado con semejantes propuestas. ¿Habla usted en serio?»

Yo llevé la mano a mi bolsillo con intención de extraer mi cartera; él detuvo mi gesto.

«Está bien, le creo. Venga.»

Dicho eso, se dirigió, yo tras él, hacia el gran carromato verde. Abrió una puerta, bajó un escalón y entramos en un lugar en el que reinaba la más completa oscuridad.

«Va usted a ver cosas muy sorprendentes», dijo mi anfitrión.

A esas palabras, una gran luz invadió la estancia, ¡una luz sangrante, siniestra! Apenas pude reprimir un grito, pues veía cosas terribles; una mujer se hubiese desmayado, un niño se hubiese muerto. Me rodeaban numerosos cadáveres empotrados en las paredes; cadáveres singulares, amarillentos, espantosos. Unos rompían a reír, otros se retorcían como en convulsiones de agonía; aquellos estaban desnudos, éstos ricamente vestidos. Había allí frentes coronadas de abundantes cabellos; había allí condenados sin cabezas. Un recién nacido, bajo unas mortajas harapientas, se arrastraba como una babosa; brujas medio desnudas montaban sobre esqueletos de machos cabríos; larvas y estrigias se aferraban con sus uñas a las paredes, y, sobre sus cráneos, un vampiro inmundo agitaba sin fin sus fantásticas alas. ¡Oh, rictus espantosos! ¡horrorosas dislocaciones! ¡torsiones imposibles! ¡Oh, fealdades! ¡Oh, demonios! Todo eso parecía vivir y agitarse, y dispuesto a gritar, y dispuesto a volar; y sin embargo estaba muerto, nada hablaba, nada se movía. Incluso me parecía que los seres que veía eran menos que cadáveres; hubiese dicho que se trataba de un aquelarre repentinamente petrificado en el mismo instante del punto más álgido de su desenfreno; estaba en presencia de una nada más falsa, más profunda que el de la muerte. Y en cada boca sin dientes, en cada órbita sin ojos, algo se iluminaba, algo que brillaba en el exterior y en el interior de los cuerpos; era esa luz que había invadido bruscamente la estancia; de ahí ese horno rojo en el vientre de cada espectro, y esas llamas, que parecidas a la sangre, discurrían bajo las pieles, y, hacia el extremo de las uñas o las garras, desembocaban en destellos. Jamás espíritu humano alguno concibió un exceso más horrible de infierno y espanto. Mis dientes castañeaban, me sentía morir.

«¡Basta!, grité, ¡basta! ¡basta!»

Todo se apagó, todo se desvaneció, la oscuridad me envolvió.

«Esto, dijo el anciano que me había introducido en ese fúnebre lugar, no es más que una inocente fantasmagoría; va a ver usted ahora la realidad de las cosas.»

Encendió una lámpara y distinguí treinta o cuarenta momias en buen estado de conservación.

«Mire usted, dijo mi anfitrión, aquí no hay nada más sencillo y normal; pero bastan algunas pizcas de fósforo ardiendo en esas antorchas y en esos ojos para producir unos efectos fantásticos. Los cadáveres alineados a su izquierda son momias naturales, es decir que han alcanzado ese grado de sequedad sin la menor intervención humana. Las momias naturales deben su conservación al calor o al frío. Un viajero sucumbe atravesando un desierto de arena; el calor del sol acaba por deshidratar su cuerpo; resulta de ello una momia de una ligereza singular. Observe ese monstruo arrugado, cuya barba está intacta y cuyo puño desaparece en su boca desmesuradamente abierta: es una momia del desierto. Era objeto de un culto particular en un poblado libio del que he olvidado el nombre. La hurté aún a riesgo de perder mi vida; era joven cuando me hice con esta colección. ¿Le he hablado del poco peso de esas momias?; bastaría con un soplido para hacerla caer. Pero no se debe creer que la momificación por el calor, favorecida por los terrenos arenosos, sea imposible en otras condiciones. En México, en algunos lugares de México, en unas llanuras pedregosas, tuvo lugar un combate en el siglo XV entre los mejicanos y los españoles; los muertos fueron numerosos; hoy el campo de batalla está cubierto de cadáveres petrificados. He traído a esos dos españoles bigotudos cuya fiera actitud revela su nacionalidad. Mencionaría solamente las cuevas de Saint-Michel en Burdeos, los subterráneos de los Cordeliers y de los Jacobinos en

Toulouse; son cosas que todo el mundo ha visto; la conservación de los cadáveres se debe en esos casos a la especial cualidad del suelo y a una temperatura constante de dieciocho grados centígrados. La nieve produce efectos análogos a los de la arena. Tal vez haya usted visitado la morgue del monte Saint-Bernard. Es una gruta con dos aberturas; las momias son colocadas en la roca y unas corrientes de aire perpetuas favorecen la evaporación de las miasmas que producen la corrupción. Yo mismo, recorriendo con la mochila al hombro las montañas heladas de Noruega, he descubierto un gran número de momias; puede usted ver aquí las que me han parecido más interesantes. A decir verdad, la momificación por el frío no podría ser tan completa como la resultante por el calor. El calor deseca todo para siempre; una vez alcanzado de esta manera el grado de sequedad necesario para la conservación, la momia permanece incorruptible en cualquier lugar a la que se la traslade. No ocurre esto en el otro caso: el cadáver se deteriora desde que deja de estar en contacto con el conservador refrigerante. Antes de acometer el gran problema que soñaba resolver, antes de imaginarme un método de embalsamado, debía observar los procedimientos empleados por la naturaleza; son completamente insuficientes. Las momias resultantes, –¡puede usted juzgarlo!– serían objetos de horror o de asco incluso para aquellos mismos que las hubiesen amado cuando estaban vivas. Renuncié pues a imitar a la naturaleza y estudié los medios de conservación utilizados en los pueblos primitivos. Tres tipos de embalsamamiento se practicaban en el antiguo Egipto. La momificación por la disecación o por la combustión llevada a cierto grado, estaba destinada a las personas de rango inferior. Con las personas de clase media procedían mediante la inmersión de los cadáveres durante varios meses en disoluciones concentradas de natrón<sup>4</sup>; una vez retiradas de ese líquido secante, los cuerpos eran llenados con mirra, áloes y cañamón. Las familias de alto rango observaban ritos más complicados: el cadáver era de entrada cuidadosamente despojado de las vísceras que son muy susceptibles de corrupción; las entrañas, mezcladas con hierbas y bañadas en aromas, se metían en un cofre de madera de cedro que la tradición ordenaba arrojar al Nilo; se le extraía el cerebro por el hueso occipital, algunas veces por las narices; una vez realizados esos preparativos, la carcasa humana tomaba un baño de asfalto; sobresaturado de asfalto, se envolvía de hojas de oro; unos vendajes de lino empapados en un líquido adherente o con otras sustancias balsámicas, cubrían las hojas de oro; y los despojos de un hombre que había sido poderoso reposaban en una caja de ciprés o de sicómoro. Si tuviese que hacer una relación completa de los procedimientos de embalsamado en los pueblos antiguos, no debería omitir a los guanches, habitantes de las islas Afortunadas<sup>5</sup>. En ese lugar a las momias les llaman xaxos. Al igual que los cartujos horadan su fosa un poco todas las mañanas antes de desayunar, cada guanche preparaba cada día, poniéndola a secar al sol, la piel de cabra con la que debía ser sepultado más adelante. Al día siguiente de la muerte, los parientes llevaban solemnemente el cuerpo del difunto a aquél cuyo arte era embalsamar. Una mesa de mármol blanco, que tenía alguna semejanza con las mesas usadas en nuestros anfiteatros, estaba destinada a recibir el cadáver. Una vez allí se recitaban plegarias y luego todos se retiraban. Entonces el embalsamador se servía de una piedra llamada *taboua* para hacer una larga incisión en el vientre del sujeto. Los intestinos vomitaban un flujo de sangre negra, sacrílega y nauseabunda. El interior del cadáver era limpiado como un utensilio de cocina, luego se llenaba de sustancias con gran poder aromático. Un horno caliente recibía los despojos así deshonorados, y, quince días después, tenía lugar el entierro en unas grutas inaccesibles. La muerte se ocultaba en la profundidad, la nada en la nada. Hay grutas de esas en Tenerife. La más célebre es

<sup>4</sup> Uno de los nombres comunes del [carbonato de sodio](#) o su mineral. (N. del T.)

<sup>5</sup> Islas Canarias. (N. del T.)

la del Barranco de Herque, entre Ario y Guimar, en la región de Abona. Fue descubierta en la época en la que Clavijo escribía sus *Noticias*. Se encontraron en ella más de mil xaxos, ¡y todos con barba y cabellos! algunos tenían las uñas. Se exhala de ellos un agradable olor. No le hablaré a usted de los persas que conservaban los muertos en miel o en cera; los romanos, que empleaban una salmuera como para aderezar las langostas. Solamente los judíos parecen haber descartado el embalsamamiento. El desprecio por el cuerpo, indicio de fuerza, distingue a los pueblos en cuyo corazón ha penetrado la esperanza de una eternidad vengadora o remuneradora. Ahora podría describirle los procedimientos de momificación utilizados durante la edad media, y le pondría al corriente de los descubrimientos actuales. No desconozco los trabajos de Tranchina, médico de Palermo, que tuvo la idea de inyectar en el cuerpo un líquido conservador por medio de una incisión en la carótida; ni los de Bil, que eran pura superchería; ni los de Charles de Maïto, que inventó una salmuera de aceite claro y de trementina; ni los de los holandeses Swammerdam y Ruysch, cuyos métodos se han perdido; ni los de otros embalsamadores célebres, ni los de ayer, ni los de hoy. Pero debo reducir la longitud de mi discurso a fin de llevar más rápidamente al asunto que, sin duda, le interesará en particular.»

El hombre se detuvo un instante, luego continuó:

«¿Qué son todos estos métodos? Imaginaciones más o menos ingeniosas. ¿A qué conduce todo eso? En retrasar en algunos días, en algunos años, en algunos siglos a lo sumo, la desaparición del cadáver. ¿Ese es el objetivo? No. La momia debe permanecer siendo momia eternamente. En el día del juicio debe revelarse como momia. Ese resultado no lo ha obtenido nadie, y, suponiendo que se hubiese obtenido, ¡a qué precio sería, gran Dios! Cortes sacrílegos en el vientre, incisiones odiosas de la carótida, y eso es lo menos horroroso. Me gustaría mejor ser despedazado por el escalpelo de un estudiante de medicina que ser embalsamado de ese modo. ¡Pero aquí tengo hermosas momias! mire, – señalaba los muertos situados a mi derecha, – mire, le digo: sin ojos, raramente cabellos, no siempre uñas, peor que un cadáver. La perpetuidad en la conservación, el respeto al difunto y la belleza de la momia, tal es el triple problema. ¡Nadie se ha atrevido a intentarlo! Yo lo he resuelto.»

El hombrecillo iba y venía nerviosamente. Me tomó de la mano. «Sígueme,» dijo. Entré detrás de él en un pequeño despacho pintado de amarillo. Un ojo de buey dejaba penetrar una débil luz diurna. Sobre una cama de seda con franjas escarlatas, yacía el cadáver de una mujer, vestido según las modas orientales. Unas lentejuelas de oro, agitándose al menor soplo, decoraban su falda y su blusa. Tenía el rostro cubierto por un velo.

«Ocho meses han transcurrido, dijo el viejo, desde que experimenté mi descubrimiento sobre este cuerpo. La conservación es perfecta. Las formas han permanecido intactas. La ligereza de la piel no es comparable a la de una piel viva. La carne está firme; ningún perfume; olor natural. Un cierto calor se mantiene en sus miembros! ¿Verdad que parece que estemos ante la semejanza exacta de la vida? Según todas las apariencias, el problema está resuelto.»

Yo permanecía estupefacto. Esa momia era algo milagroso. Solamente la inmovilidad de su pecho, la inflexibilidad de los dedos y una cierta rigidez en la pose, revelaban que allí estaba un cadáver. Tuve curiosidad por tocarlo. El hombre del carramato verde me lo permitió. Aplicando mi mano sobre el hombre, percibí que había exagerado un poco en lo relativo al calor que afirmaba haberse mantenido en los miembros; el cuerpo estaba envuelto de ese frío que indica la ausencia de vida.

«Es cierto, dije tras algunos instantes de contemplación, que ha hecho usted un descubrimiento singular. ¿Por qué no somete esta momia al examen de los sabios?»

—Por desgracia, respondió el viejo, no es absolutamente perfecta. Un tinte amarillo, que usted ha podido apreciar, cubre la piel del cadáver y cada día que pasa se hace más intenso; ese ligero defecto parecería muy grave a ojos de algunas personas. Yo sé de donde proviene esa imperfección; mi próxima momia no tendrá ese problema. Esperaré a hacer una nueva experiencia para exponer mi sistema a los hombres competentes.

— ¿Y es para esa experiencia por lo que necesita un poco de dinero?

— Para eso mismo.»

Pensé durante algunos instantes. Sin duda había allí grandes beneficios que obtener del invento del viejo, una vez que fuese conocido y aprobado por los académicos; y entonces me asaltó la idea de que sería una especie de sacrilegio deber mi fortuna a una industria (al cabo de algunos años no sería más que una industria) relativa a los asuntos religiosos de la tumba. El hombre del carromato verde fijaba en mí sus ojos extrañamente brillantes.

«Sé donde encontrar un buen cadáver de hombre, dijo. Hoy lo haría transportar a su casa en un baúl, y, esta noche mismo, le revelaría a usted mi secreto.»

Se calló durante algunos segundos, luego añadió:

«¿Quiere darme el dinero?, dijo.

—Sí, de acuerdo», respondí.

Y le entregue cuatrocientos francos. Hecho esto iba a irme habiendo dejado mi nombre y dirección, cuando una sospecha se apoderó de mí. Yo no había visto el rostro de la momia; hice la observación.

«¡Cómo! ¿No se lo he mostrado? Es la parte del cuerpo más admirablemente conservada.»

El velo fue retirado. Me incliné con curiosidad.

Aquí he de decir algo tan extrañamente terrible, tan cruelmente inverosímil que temo ser acusado de mentiroso por la mayoría de los que me leen.

El cadáver extendido ante mí era el de mi prima Dorotea.

A la vista de mi prima Dorotea muerta y embalsamada, no emití ni un grito, no vertí ni una lágrima. La sorpresa confundió al dolor. Los rasgos de mi rostro debieron testimoniar tal profunda estupefacción, que el viejo me dijo:

«¿Es admirable, no es así?

—¡Admirable, en efecto!», respondí.

Luego añadí con voz apenas temblorosa:

«¿Dónde ha conseguido este cadáver?

—Lo encontré a orillas de un pequeño río, yendo a no sé que feria. Con toda probabilidad es el cuerpo de una muchacha ahogada que la corriente había arrastrado hacia la orilla.

—¿A orillas de un pequeño río? ¿Cerca de Dijon, sin duda?

—Sí, creo que cerca de Dijon.»

Esta vez la emoción atenazó mi garganta. No habría podido añadir una sola palabra más. Estaba sin pulso. El hombre del carromato verde me llevó hacia la puerta diciendo: «Esta noche iré a su casa, le revelaré mi secreto. Hasta esta noche. Hacia las diez.» ¡Hice con la cabeza una señal de asentimiento, salí de la barraca y eché a correr! Sin ser dueño de mí, corría por las calles, a lo largo de la avenida de la Grande-Armée, a lo largo de los Campos Elíseos. Era la hora en la que la gente regresaba de su paseo por el Bosque. Me debieron tomar por un loco, y en efecto lo estaba. Mil pensamientos diversos bullían en mi cerebro. Mientras tanto seguía corriendo. No sé hasta donde habría llegado si no hubiese encontrado un banco contra el que chocaron mis rodillas al no haberlo visto. Me hice mucho daño y el dolor me obligó a sentarme. Entonces

comencé a llorar. Volvía a ver a mi prima vestida de exótica bailarina, sobre el lecho de seda, en el pequeño despacho pintado de amarillo. El hombre del carronato verde estaba acostado a su lado y le hablaba de amor. ¿Quién sabe? ¿Tal vez existían inexplicables lazos entre la niña sumisa a infernales hechizos y el mago que la había enterrado para siempre en esa muerte tan parecida a la vida? En ese momento no me pude explicar las razones y mi desesperación se complicaba con celos y odio. En definitiva, tal como era, cadáver o momia, mi prima era hermosa. Ese hombre no era tan viejo y decrepito como se hubiese podido pensar en un primer vistazo; yo lo había visto animarse de un modo singular. No era a causa de los tintes amarillos con los que ella estaba invadida por lo que no quería hacer admirar a todos esa momia; la conservaba, porque la amaba. Luego, volví a ver a través de los resplandores sombríos que formaban mis pestañas brillantes de lágrimas, las fantasmagorías de la habitación negra. Las brujas se sentaban familiarmente sobre mis hombros; apoyaban sobre mi boca sus bocas iluminadas por el fósforo, mientras los machos cabríos tiraban de la tela de mi chaleco. El vampiro me abanicaba con sus siniestras alas, asistía al encuentro entre los mexicanos y los españoles. Yo era español. Caía muerto. Durante tiempo permanecí inmóvil, mucho tiempo, mucho; ¡los días pasaron, luego los años, después los siglos! No podía levantarme ante el juicio final. Una gran rigidez inmovilizaba mis miembros, no podía tocar mi cuerpo, pero sentía que estaba desecado. Ya no tenía ojos, sin embargo veía todavía. Un ave rapaz se abatió sobre mi vientre esforzándose por despedazarlo; pero usó su pico contra mi costado curtido sin lograr ni un trozo de mi carne solidificada. Surgió un viejo al que seguía un payaso vestido de negro y blanco. Me examinó ampliamente, me olió, me dio la vuelta en todos los sentidos y dijo: «Está bien.» Con la ayuda de su compañero fui cargado sobre sus hombros y transportado hacia un gran coche que estaba estacionado a alguna distancia, y mientras íbamos, grupos infernales de espectros y momias, hombres de nieve y animales disecados, surgían a nuestro alrededor de las tinieblas.

Ignoro cuanto duró esa pesadilla, pero fue horrible. Cuando volví en mí, la noche era cerrada.

En realidad nunca había estado profundamente enamorado de mi prima. Conocida en circunstancias ordinarias, mediante una carta, o un pariente encargado al mismo tiempo de otros mensajes, su muerte no me hubiese tal vez desesperado más que de un modo mediocre. Así es el corazón del hombre. Habría dicho: «¡Pobre chiquilla!» luego me habría acordado que mi prima era bastante condescendiente y demasiado poco dócil a mis consejos. Admitiendo que, de milagro, yo hubiese dado continuidad a mis proyectos de infancia, bien habría podido arrepentirme un día u otro. Mi tío estaba tan débil, y ella había sido tan mal educada, ¡la pequeña Dorotea! Pero, en las circunstancias presentes, yo veía las cosas de otra manera. Lo fantástico me invadía. La más ínfima tontería habría tenido a mis ojos una importancia maravillosa; y me parecía que la muerte de mi prima me dejaba solo y miserable como lo habría podido hacer la muerte de una esposa o de una amante adorada.

Decidí buscar alguna distracción a fin de sustraerme a la posible reanudación de una crisis; me dirigí hacia el bulevar y tomé una silla en no sé que pequeño teatro.

Se representaba una comedia fantástica. Había una gran afluencia de espectadores.

No recuerdo demasiado de que se trataba esa comedia; Tenía bonitos decorados y unos giros en el guión muy divertidos.

Tras el primer acto ya no me quedaban de las emociones de la jornada más que un entumecimiento cada vez menos sensible.

Consulté mi reloj. Tenía tiempo de asistir a algunos cuadros todavía sin demorar la hora de la cita convenida entre el viejo y yo. Esa cita, en suma, era mi gran negocio. De



ella dependía mi fortuna. Ya entreveía bajo colores menos lúgubres la muerte de mi prima. Viva, no habría sido embalsamada y el hombre del carromato verde no habría podido convencerme de la excelencia de su método. Había prometido traerme un buen cadáver. Yo hacía una buena acción favoreciendo una empresa cuyo éxito no podía dejar de ser agradable a la sociedad. Estaba muy satisfecho conmigo mismo.

En el séptimo cuadro de la comedia actuó un ballet con una coreografía extraordinariamente ingeniosa. Flora, la diosa de los jardines, deseó ofrecer la más bella de las flores a Miranda, la más bella de las mujeres. La Rosa, la Violeta y el Lis, se disputaban el precio de la belleza, bailando cada una a su vez ante el trono de su reina. Flora, igualmente radiante por los encantos de sus tres súbditas, se encontró en un gran compromiso. Acabó por enlazar juntas las flores rivales en medio de una guirnalda de hiedra, y el ramo vivo se arrodilló con languidecientes poses ante la joven muchacha. Entonces el parterre entero se animó; bailarinas, en trajes floridos, surgían por todas partes; fue la entrada del cuerpo del ballet.

Y fue en ese momento cuando emití un grito terrible: mi prima Dorotea estaba allí, vestida de bailarina, ¡figurante del Crisantemo, la pálida flor de los muertos!

Bruscamente abandoné el teatro, – y me senté muy emocionado. Estaba preocupado por mi salud mental. Se ha visto a personas volverse locas a consecuencia de aventuras menos singulares. Pasaba por allí un vendedor de cocos; bebí trago tras trago tres vasos de limonada; me tranquilicé un poco. Vamos, había sido víctima de una alucinación; no había que pensar más en ello. Comencé a caminar muy aprisa para regresar a mi domicilio; un cuarto de hora más tarde hacía sonar el timbre de mi hotel.

«¿Mi llave? pregunté al portero.

– Hay alguien en su cuarto», respondió una voz desapacible.

«Llego con retraso», pensé, y subí rápidamente la escalera. Mi apartamento – todavía vivo en él – estaba en el cuarto piso. Llegué sin resuello ante mi puerta. Un temor – no sabía decir cual – me impidió abrirla; hice ruido para anunciar mi presencia.

«¡Entre!»

Entré.

«¡Hola, primo,» exclamó Dorotea saltándome al cuello; ¡mi prima Dorotea, viva, perfectamente viva, vestida de bailarina, figurante del Crisantemo!

Dorotea me explicó todo. El hombre del carromato verde se había aprovechado de mi credulidad para obtener algunos francos. En cuanto a la prima, había abandonado Dijon hacía diez meses, del brazo de un oficial de caballería que la había llevado a París. Habiéndola abandonado, ella había amado a otro, luego a otros más. Convertida en una miserable, actuaba por módicos emolumentos en los más pequeños teatros de los bulevares. Durante seis semanas había posado en los talleres de pintura. Más tarde había hecho de sonámbula en los espectáculos de un charlatán de feria. Un buen día, había llegado a interpretar los papeles de momia artificial para el hombre del carromato verde.

«En la barraca, añadió, no reconocí tu voz y no te vi, puesto que tenía los ojos cerrados; pero tras tu partida supe tu nombre y tu dirección. Tenía que trabajar en el teatro esta noche. No tuve tiempo de cambiarme y he venido a consolarte de tu desventura.»

A decir verdad, experimenté una gran humillación por haberme dejado timar; además fui muy sensible a la pérdida de mi dinero.

«¡Bah! exclamó mi prima, tú no tenías casi nada, y no tienes nada del todo. No pienses en ello y déjame decirte una cosa: Mi buen René, ¡te amo!»

## LA FLAUTISTA

A cuatro estadios de Mileto se elevaba un bosquecillo de laureles-rosas, y, en ese bosque, soñaba, bajo la noche creciente, un joven parecido a Dionisio, domador de panteras. Una túnica tintada con la sangre de las conchas de Tiro envolvía su cuerpo esbelto y robusto, y unos largos cabellos ruidos, en bucles soleados, caían sobre sus hombros.

Cuando levantaba la cabeza, las Horas nocturnas formaban corrillos sobre la cima del monte. Tomó su bastón de viaje y se encaminó hacia Mileto. Había flanqueado apenas la puerta occidental de la ciudad, cuando vio a su derecha un majestuoso edificio de mármol. Era el templo de la Afrodita de Mileto. Entró en el templo, lentamente sus pasos resonaron sobre las losas de piedra, y el eco se emocionó con ese ruido. Una llama, nunca extinta, ardía al pie de una estatua de alabastro que era de nieve en la penumbra. Pero la cabeza de esa estatua estaba cubierta por un grueso velo; había sido el deseo, hasta entonces respetado, del escultor, que ninguna mano de hombre jamás levantase ese velo. Sin duda aquél que había tallado a la diosa en el bloque color de lis había estado descontento del conjunto de su obra y no había querido mostrar más que la parte perfecta. ¡Nada era mas bello que el cuerpo de la diosa! Un goce profundo y sereno colmó el alma del visitante. Había visto la Afrodita de Cnide, obra de Praxítles, la Afrodita victoriosa de Lacedemonia, la Artemisa de Arcadia, reina de las ninfas. Había visto los templos de Atenas, que cuentan con tantas diosas de brillante mármol sobre los frontones como mujeres suplicantes hay ante el altar de los sacrificios. ¡Pero nunca su mirada había tenido tantas entusiastas caricias hacia una estatua cómo hacia esa maravillosa aparición de alabastro! Y cayó de rodillas con el fervor apasionado que la contemplación de lo Bello inspira en las almas superiores. «¡Oh, dijo prendado, si una mujer ha podido servir de modelo para esta obra divina, y si esa mujer todavía existe, yo la poseeré! ¡Qué un día, una hora solamente, un cuerpo de carne tan perfecto como ese cuerpo de mármol palpite entre mis brazos, y seré el igual de los dioses!» Permaneció mucho tiempo de rodillas, sumido en el gozo tumultuoso de la esperanza. Un hombre que vigilaba por la seguridad del templo durante la noche, vino a advertirle que se cerraban las puertas y que iba siendo hora de retirarse. El extranjero salió. En la puerta del monumento, bajo las columnatas, frecuentó a las mujeres que pasaban vestidas con largas túnicas; a veces los transeúntes se detenían para mirarlas y algunos se

aproximaban para hablarles en voz baja. Pero el joven, lleno de su ensueño, desdeñaba esa noche a las bellas cortesanas.

Una de ellas se le acercó.

– Yo soy Chrysis, dijo; ¿cómo te llamas tú?

– Icarión, respondió él.

– ¿Icarión de Frigia? Alabado sea Zeus, pues se comenta que eres rico como el rey de Pont.

– Es cierto.

– Ven pues conmigo, Icarión, y te llevaré a divertirte.

Dichas esas palabras, ella caminó hacia el centro de la ciudad con Icarión siguiéndola, indiferente. De camino, él observó un montículo de tierra poco elevado sobre el que humeaba un montón de leños olorosos a medio consumir.

– ¿Qué es eso? preguntó.

– Es la hoguera de Xénila, hija de Démofon. Ayer su cuerpo, completamente desnudo, ha sido expuesto durante dos horas en la plaza pública.

– ¿Cual era el crimen de Xénila?

– Se suicidó por una desesperación de amores.

– No había oído decir que fuese costumbre castigar el suicidio.

– Tal vez no sea la costumbre en Frigia, pero en Mileto la regla es así. Hubo un tiempo en que los suicidas por amor eran tan frecuentes que debió promulgarse una ley amenazando de exposición pública, tras el tránsito a la otra vida, a aquellos que se infligiesen una muerte voluntaria. Esta ley, por lo demás, ha tenido excelentes resultados, pues, desde hace diez apenas se cuentan dos o tres hechos de esta índole.

– Tal es el pudor de las jóvenes de Mileto, dijo Icarión, que no vacilan ante la muerte, pero se echan atrás ante la vergüenza.

– Hemos llegado, dijo Chrysis.

## II

Doce camas rodeaban una suntuosa mesa, doce camas de ébano incrustadas de pedrerías. Tres bellas muchachas rubias, desnudas hasta la cintura, servían vino de Chio en unas copas talladas; tres jóvenes muchachos vestidos con largas túnicas de lino repartían las viandas en platos de oro. En el fondo de la sala unos músicos con laúdes y cítaras, no esperaban más que una señal del amo para comenzar el concierto; y los convidados, coronados con flores según el rito observado en los festines, chantaban ruidosamente los himnos dedicados al dios que porta el tirso<sup>6</sup>. Pero se produjo un silencio repentino cuando Chrysis entró seguida de Icarión.

– ¡Sed bienvenido!, dijo Xantippe al frigio. Dos esclavas trajeron una cama incrustada de piedras finas, a fin de que el joven se sentase entre los invitados.

– Y tú, Fénice, añadió el anfitrión, toma tu flauta y canta. Quiero que mi casa sea agradable a mi huésped.

Fénice apareció, alta, sencillamente vestida. Era la más hábil intérprete de Mileto, pero los jóvenes decían que para escucharla bien no debían mirarla. Por desgracia era fea. Bajo sus cabellos ralos y duros como las crines del jabalí, la piel de su rostro era tierna y grisácea: así como la tierra en los días ardientes de la canícula. Ella tomó su flauta de madera de loto y tocó. A veces retiraba de sus labios la embocadura de marfil para cantar. Recitaba las aventuras amorosas de los dioses y que los Inmortales a veces

---

<sup>6</sup> Se trata de un bastón forrado de vid o de hiedra, rematado por una piña de pino. Se trata de un símbolo fálico que representa esa fuerza vital que se asocia por lo general con el dios griego Dioniso-Baco. (N. del T.)

se dignan a compartir en el lecho de los hombres; narraba los escándalos del Olimpo y las disputas de las parejas celestes. Pero de repente cambió de tonada; acababa de percatarse de la presencia del bello Icarión en el momento en el que el muchacho mojaba sus labios en el vino perfumado, y, dejando hablar a los deseos de su corazón, esto es lo que cantaba la flautista:

«¡Oh, joven, oh, apuesto joven, más bello que Lyaíos<sup>7</sup>, no es en el vino donde debes mojar tus labios!

«La boca de una enamorada es la copa donde tu deseo debe sosearse. ¿No tienes deseos de besos sabrosos?

«¡Oh joven, oh, apuesto joven, más bello que Lyaíos, no es sobre las camas destinadas a los festines donde debe tumbarse tu ligero cuerpo!

«El seno de una enamorada es la almohada ideal para tu cabeza divina. ¿No estás cansado de no ser amado?

«¡Oh, joven, oh apuesto joven, más bello que Lyaíos, no te detengas en buscar únicamente la belleza del rostro!

«En verdad, la belleza del rostro encanta a los ojos de los jóvenes; pero no es sobre la frente donde los amantes acogen los más dulces besos.

«Escucha mi ruego, ¡oh joven, oh apuesto joven, más bello que Lyaíos!»

Habiendo cantado así, volvió a tomar la flauta, y el dócil instrumento expresó todos los furores del amor. Los invitados se levantaron para aplaudir a Fénice. Pero entonces una gran tristeza invadió el corazón de la intérprete, y he aquí que rompió sobre su rodilla la armoniosa flauta. Pues Icarión no reparó en ella; sus ojos iluminados por la borrachera de los buenos vinos creían ver a cada instante en una lejana claridad, resplandecer el cuerpo de la Afrodita de Mileto.

### III

Al día siguiente Icarión fue abordado en la calle por una anciana contrahecha y coja; se apoyaba en un bastón nudoso; su mano enjuta y con la piel amarillenta, parecía la garra de una ave rapaz.

–Icarión, dijo ella, desde ayer solamente que has llegado a Mileto, tu presencia ya ha hecho circular a numerosas devotas hacia el templo de Eros. Esta mañana he visto puertas engalanadas en tu honor con guirnaldas olorosas, y la disposición de las flores mostraban las letras de tu nombre.

–¿Qué puede importarme eso? respondió Icarión.

–Icarión, continuó la vieja, la crueldad es propia de las mujeres pero no es conveniente en los hombres. Cuando las bellas ciudadanas de Mileto, para complacerte, olvidan la retención impuesta a su sexo, ¿cómo puedes hacer gala de una severidad incompatible con el tuyo? Cuando ellas se esfuerzan para ir hacia ti, ¿cómo haces un esfuerzo par huir de ellas? Complace a los Inmortales como sea posible, pues la venganza del Dios que se adora en Tespies<sup>8</sup> planearía sobre tu cabeza.

–¿Qué quieres de mí?

–Entre las bellas que te aman hay una que es la más bella y la que más te ama. Ella me ha contado su pena y he prometido trocársela en alegría. Si quieres seguirme, oh bello joven, te conduciría hasta ella.

–Yo no amo más que una mujer en este mundo y no la conozco; tal vez no la conoceré nunca.

–Tal vez, Icarión, en la que te espera encontrarás a la que buscas.

<sup>7</sup> En la mitología griega Lyaíos es una denominación del dios Dionisio. (N. del T.)

<sup>8</sup> Ciudad griega donde se encontraba un templo de adoración a Eros. (N. del T.)

A estas palabras, el extranjero concibió una extraña esperanza; hizo una señal de que quería seguir a la vieja. Ella le puso una venda en los ojos y exclamó tomándolo de la mano: «¡Por la serpiente de los itífalos<sup>9</sup>, se creería ver al mismísimo Eros!»

#### IV

Algunos instantes después, Icarión estaba solo en la oscuridad y en el silencio; una pesada sensación de calor le recorría los miembros, perfumes desconocidos agradaban a su olfato, y una música lejana, acariciadora como la llamada de las sirenas sobre las olas, sonaba dulcemente.

–Icarión puedes retirar la venda.

Obedeció apresuradamente: una mujer, cubierta con un velo de lino blanco, descansaba sobre una alfombra púrpura. En púdica actitud, ocultaba su rostro entre unos cojines bordados: ¿Hay necesidad de ver el rostro de una mujer par saber que es bella? La belleza, flor divina, no tiene, además del destello que deslumbra la vista, otros senderos reveladores? Así pensaba Icarión cuando se arrodilló ante la desconocida diciéndole entre susurros:

–En vano ocultas tu rostro. Aún en contra de tu voluntad, sé todo lo que tus ojos tienen de languidez divina; conozco el esplendor de tu frente; y tu boca melodiosa, lira de dos cuerdas rosas, no me es desconocida. Pero ignoro si tus cabellos son negros o rubios, eso es únicamente lo que me queda por saber. Aparta ese grueso velo y déjame besar tus cabellos oscuros como el trono de Hades o claros como el día naciente.

–No verás mi rostro, dijo la mujer con velo.

–Bien, no importa, te amo. Amo todo en tí, hasta el misterio que te envuelve, hasta el velo que te cubre, pues así te parece más a la que busco. Tal tú debes ser, tal como la imagino. Ignoraba a donde iba, pero me parece que ya he llegado. Presiento que he alcanzado el indeciso objetivo que perseguía mi sueño. ¡Gracias te sean dadas, o mujer que traes la paz en mi! Sol velado que me iluminas, esfinge encantadora, que debes permanecer desconocida para siempre o que te dignes un día a mostrarte a mis ojos, que me sea o no dado adivinar el enigma misterioso, te amo y te amaré sin descanso.

–Y yo también te amo, ¡oh, mi Icarión!

Como una loba salta sobre su presa, así Fénice jadeante se precipitó sobre el apuesto joven más bello que Lyaíos.

–¡Fénice!, exclamó el frigio.

Y con gesto de desprecio la rechazó lejos de él. En vano ella quiso retenerlo, en vano apartó el paño de lino que cubría su cuerpo, diciendo: «¡Mira, soy bella!» En vano lo siguió, lastimera, murmurando: «Me añorarás cuando ya no esté, joven, o apuesto joven, más bello que Lyaíos.» Él ya había huido, despeinado, con las mano crispadas y la bilis emergiendo; violentamente tropezaba con los transeúntes; incluso una muralla de bronce no habría sido un obstáculo a su carrera por la prisa que tenía por llegar al templo de Afrodita; y cuando se hubo arrodillado, estremecido ante la estatua de alabastro: «¡Sed misericordiosa, oh diosa, yo imploro mi perdón! pero no lo merezco, pues, loco blasfemo, durante un instante he podido creer que la belleza de una mujer igualaría tu belleza, ¡oh, la más bella de las inmortales!»

---

<sup>9</sup> Los itífalos son una especie de cortejo del dios Dionisio, representados con una erección permanente. (N. del T.)

## V

Como al día siguiente él deambulaba por la ciudad, un dios lo guió hacia la plaza pública. En medio del populacho reunido en torno a un cadalso cubierto con un velo negro, reposaba, desnudo y blanco, el cadáver de Fénice, la flautista. Algunas esclavas arrodilladas vertían lágrimas, proferían lamentos. «¡Desgracia!, ¡desgracia!, decía Chrisys sinceramente conmovida. – así ha muerto mi hija, decía Démophon, padre de Xénila. – ¡Pobre Fénice! ¿a quién amaba? preguntó Xantippe. – Amaba a Icarión de Frigia, respondió la vieja Titthé.– ¡Tierra y dioses!, exclamó Icarion cuando pudo observar el bello cadáver, con los costados y los senos desnudos y la cara cubierta con un velo; es la mismísima Afrodita de Mileto. – No, dijo Titthé, es Fénice la intérprete de flauta. Sin embargo debes saber una cosa que solo yo sé: cuando el escultor Xantías vino a Mileto, Fénice se dignó a mostrarse ante él completamente desnuda por tres veces, y Xantías hizo una obra maestra.

Icarión no pronunció palabra alguna. Besó la cabeza y se alejó; y mientras se alejaba con el corazón lleno de amarga tristeza, le parecía que una voz le susurraba al oído:

«Me añorarás cuando ya no esté, joven, o apuesto joven, más bello que Lyaios.»

### LA CANASTILLA DE ISAMBERTE

La vieja esposa del marino, caminando a pasos cortos por el sendero del acantilado, se detuvo un instante apoyando ambos puños en su bastón para mirar a las parisinas sentadas por grupos en la playa; vistas de lejos, en el abultamiento de sus infladas faldas de todos los colores y con sus sombreros desplegados, parecían matas floridas aquí y allá sobre la arena; yo me imaginaba que la pobre, comparando sus harapos con tan hermosos vestidos, debía tener en el alma un poco de celosa melancolía. «¡Bah! ¡bah! dijo –respondiendo a mi pensamiento, – sin esos ricos atavíos, una bien puede seguir su camino en este mundo y en el otro, de principio a fin; basta un andrajo blanco para vivir, para morir y para ganar el cielo.» Allá encima, mientras descendíamos juntos la pendientes verde y pedregosa, ella me contó lo que su abuela le había contado de la Canastilla de Isamberte; buena historia a decir de las viejas, y de la que los pescadores de esta región han hecho una canción que cantan en el mar, en las noches suaves cuando el mar también canta.

#### I

El día en el que Isamberte vino al mundo, su padre y su madre se sintieron singularmente preocupados. No era que no les gustase tener una hijita abriendo unos ojos de cielo y unos labios de flor; incluso fueron presa de gran alegría oyendo ese primer llanto de los recién nacidos en el que se manifiesta el asombro de vivir: hay, entre todos los hombres y las mujeres, un eco largo tiempo mudo que no se despierta más que a ese llanto; pero ocurría que no habían podido preparar la canastilla del esperado bebé. ¡De tal modo eran pobres! Vivían en la base del acantilado, en una vieja barcaza invertida con planchas carcomidas que se les habían dejado por caridad, con el techo a punto de hundirse y sin puerta, donde el viento del mar durante la noche, metiéndose hasta su camastro, los envolvía en una cobertura de aire húmedo y gotas saladas. Cuando el hombre iba a pescar, no traía nunca peces ya que sus redes eran tan viejas que las mallas rotas, en vano intentadas reparar, dejaban siempre escapar los rodaballos y los lenguados; y la mujer no encontraba trabajo en el pueblo a causa de que se le veía la piel por los agujeros de sus harapos, lo que escandalizaba a las personas honestas: cuando no se está bien vestida, una no puede ganar con que vestirse. En

verdad se hubiesen muerto de hambre si las personas ricas no tuviesen la costumbre de arrojar por las ventanas, al callejón o en la cuneta, las sobras de las cocinas. De modo que no había que pensar en bordar ni ribetear mantillas, o hacer bonitos gorros a los que tantas felices mujeres adornan con alegres cintas y otros colgantes. ¿Qué pues? ¿la pequeña Isamberte dormiría su primer sueño sobre taburete, sin ropa, completamente desnuda, como había nacido? Por fortuna, la madre tenía un gran retal de muselina, bordado con menudas hojitas que había recogido antaño en un montón de basura y con el que había hecho la cortina de su única ventana. Débil como estaba se puso a trabajar, lavando, desgarrando, cosiendo y plegando, e Isamberte, tan bien como mal, tuvo su cunita donde se mostraba tan bonita con sus ojos de cielo y sus labios de flor.

## II

Cuando Isamberte creció, pronto dejó de ser alegre y de reír, de jugar con los otros niños sobre los cantos rodados. Pensaba que no podría hacer su primera comunión un bonito domingo soleado, en medio de la muchedumbre en fiestas, en la pequeña iglesia con techo puntiagudo como un mástil, erigida sobre el acantilado. Desde luego sabía el catecismo mejor que nadie, y el señor cura, entre su tropel de chiquillas, no tenía feligresa más meritoria. ¡Pero para comulgar hace falta un vestido blanco! Por desgracia los padres de Isamberte no eran de esas personas ricas que entran en las tiendas con los bolsillos llenos de dinero y pueden elegir entre veinte magníficas y caras telas. En más de una ocasión se lamentaba, anegada en lágrimas, delante de los hermosos escaparates. Pero su madre le dijo: «No llores, pequeña.» Extrajo de un viejo cofre todas las piezas de la canastilla, que había sido una cortina de muselina, las unió, las cosió, e hizo lo mejor que pudo un vestido; tan bien confeccionado estaba que, el día de la primera comunión, Isamberte fue vestida de blanco, tal y como era conveniente. El buen Dios, que todo lo ve, fingió no ver los remiendos de la blusa y de la falda, satisfecho como estaba de la almita intacta; e incluso, la pobre comulgante, siendo la más bonita, parecía a las gentes de la región que tenía el vestido más bonito.

## III

A los dieciocho años se enamoró de un apuesto muchacho, pobre como ella. Mantuvieron un franco noviazgo, no ocultando su amor, besándose por la noche en el umbral de alguna puerta, pasasen o no personas. Iban juntos a pescar tortugas, ella, con las piernas desnudas, saltando de roca en roca sobre las deslizantes algas, él agarrándola por la cintura para que no se cayese; si ella se volvía, encontraba muy cerca de su boca una boca de la que no huía; y, al subir la marea, caminaban tan próximos el uno al otro bajo el tono rojizo de la puesta de sol, que se veía una sola sombra proyectada sobre la pared del acantilado. Tanto fue así que, finalmente, el sano deseo de poseerse se apoderó de sus corazones y sentidos, y manifestaron que querían estar juntos sin demora. ¡Pero la madre de Isamberte se mostró muy contrariada! «¿En qué piensas, pequeña? le dijo hablando en voz baja. ¿Se puede casar cuando se es pobre como tú lo eres? ¿Irás a la iglesia con esos harapos de tela que te dan un aspecto de mendiga, y te atreverás a dormir junto a aquél que te ama, completamente desnuda, al lado de tus andrajos caídos?» Esta vez fue la muchacha quién consoló a la madre. «En cuanto a lo de estar desnuda, no hay que temer que eso ocurra, dijo. Tomaré en el viejo cofre el vestido de la primera comunión, que fue mi canastilla, y haré con él mi camisa de novia.» Y así lo hizo. En el camastro nupcial estuvo vestida con la muselina blanca. Si la camisa tuvo aquí y allá algunos remiendos, el marido no se quejó.



## IV

Aunque pobres, fueron felices en la vieja barcaza donde vivieron solos tras la muerte de los padres; la dicha de estar juntos, cuando se adora, consuela de las más amargas tristezas, y no hay lágrimas que no puedan secar los besos. Incluso no pensaban demasiado en ganar más de lo necesario para no morir de hambre; dedicaban apenas algunas horas de su tiempo, que lo hubiesen querido todo para su amor, al indispensable trabajo; no se preocupaban del mañana porque antes del día siguiente estaba la noche. Era su goce, cada noche, encontrarse al regresar de las tareas, y, como su casucha no tenía puerta, se oía, incluso un poco a lo lejos, sus risas locas y sus ardientes palabras; muchas personas ricas envidiaban a esos pobres muchachos que se amaban. Pero sucedió que Isamberte cayó enferma; en la miseria, la fuerza de vivir se usa más aprisa que la fuerza de amar. Ahora permanecía acostada todo el día sobre el camastro conyugal, con los labios pálidos, los ojos oscurecidos; veía que se iría en poco tiempo para no regresar. Durante largas horas se miraban, no hablándose, por miedo a confesarse sus pensamientos. Pero cada uno de ellos adivinaba lo que pensaba el otro. ¡Oh, qué desgracia, estar pronto separados! Y, en el esposo pronto viudo, a la angustia de perder a Isamberte, otra angustia todavía mayor se añadía, que ella adivinaba también. «¡Oh!, dijo ella la víspera del día fatal, sé en lo que piensas! No hay sábanas en nuestra cama, ni ropa en toda la barcaza, y tú no sabes con que me enterrarás. ¡Oh, amado mío, no te preocupes por eso! Toma en el viejo cofre la camisa de novia que fue mi vestido de primera comunión, y hazme un sudario.»

## V

Al día siguiente, envuelta como había querido estarlo, era enterrada en el cementerio; dos ángeles descendieron del cielo en un rayo de luna para llevársela. Pero eran dos angelitos, recién llegados al paraíso, empleados por primera vez en funciones de ir a buscar a los difuntos que serían los elegidos. Cuando hubieron apartado la tierra y levantado la tapa del ataúd, quedaron perplejos; jamás tendrían la fuerza, frágiles como eran, de levantar a la finada, de elevarla hasta el trono del Señor. Pues ese trono está muy alto. ¿Qué hacer? ¿Qué medio utilizar? Desanimados, iban a tomar la decisión de volver a subir para ser aconsejados por algún serafín con más experiencia, cuando se percataron de que la mortaja de muselina blanca temblaba por el aire de la noche, y tuvieron la idea de hacer unas alas que serían casi idénticas a las suyas. Piensen ustedes que los ángeles entienden de eso. En menos de un instante, la pálida tela desgarrada se adaptó a los hombros de la muerta en dos movedizas blancuras, e Isamberte, medio resucitada, subió al cielo, muy rápido, con las alas hechas con el sudario que había sido su camisa de novia.

## EL EXCLUIDO

Cincuenta años, calvo, con arrugas alrededor de sus apagados ojos, y el labio caído en el intento de una sonrisa fatigada; estaba sentado en el rincón más sombrío de la cervecería; de vez en cuando llevaba a su boca un vaso de cerveza, que volvía a dejar sobre la mesa con lentitud, evitando hacer sonar el mármol. En toda su actitud había un no sé qué de humilde, de inquieto, de indirecto, un instinto de retroceder, con aspecto de pedir perdón por estar allí.

Pero, cuando intercambiamos algunas palabras, levantó la cabeza con un movimiento que sacudía una cabellera imaginaria y una llama se iluminó en sus ojos, mientras su labio se tensaba con la curva firme y elástica de un arco presto a romper, de donde la flecha va a partir.

–Caballero, dijo aproximándose, con sus dos manos abiertas con los dedos crispados; caballero, ¡si encontrase a la Providencia en un rincón de un bosque, la estrangularía!

–¿Ha padecido usted alguna desgracia?, pregunté.

–¡No! Soy un hombre al que jamás le ha sucedido nada.

Y comenzó este deprimente relato:

«A orillas del mar, entre la violencia de los vientos que sacuden y transportan los cantos rodados como hojas muertas, en los espaciosos alrededores de provincias, que se pierden a lo lejos en la cima de una ladera, bajo el espesor verde y sombrío de un bosque, ¡hay libres infancias que desafían a la ola furiosa, o que escalan a los árboles llenos de nidos y muerden en la misma rama la carne de los frutos salvajes! La poderosa vida de las cosas influyendo en ellas, les hincha el corazón, les tensa los nervios, las prepara para las sacudidas de la aventura humana. Yo nací en una calle de las afueras de París, entre dos casas altas, mal pavimentada, un lodazal en invierno, polvoriento en verano, con tiendas salteadas y periódicos a un céntimo. ¡A los doce años no había visto el horizonte! Lo que hacía que fuese muy pequeño, muy débil, tímido y melancólico, que siempre caminase cabizbajo. Ni bien ni mal vestido, ni bien ni mal alimentado, ni rechazado ni mimado, pasaba, ante la puerta de nuestra casa, viendo ir y venir a los mismos vecinos casi todo el tiempo que no estaba en la escuela. ¡La escuela! otra casa, más grande, también aburrida, ni más ni menos. Cuando los muchachos salían después

de la clase se producían los gritos, las risas, las peleas y las carreras; en un instante, la melancólica calle revivía, bulliciosa, feliz, más clara también, como si el sol hubiese esperado ese momento para dorar un poco el pavimento y las paredes; al principio yo trataba de mezclarme en esa algarabía: ella no me aceptaba. Tal vez porque era torpe o tenía el aire estúpido, mis compañeros me rechazaban en sus juegos, pero sin cólera, más bien con un deje de piedad, sin un puñetazo. Demasiado débil para ser golpeado. Algunas veces lograba participar en una partida de canicas; no ganaba ni perdía; al final tenía tantas canicas como antes de comenzar; para mí ya no había azar feliz ni desgraciado. Me iba solo, resignado. En mi casa, tras haber dejado en un rincón, siempre el mismo, los libros atados con una correa, me sentaba en la mesa entre mi padre que había regresado cansado de la oficina, vestido de negro y poco hablador, y mi madre que, fatigada de los suelos barridos y los cobres bruñidos, se dormía a los postres con la cabeza en su servilleta, entre las peladuras de las manzanas y los rabos de las uvas pasas. Una lamparita bajo una tulipa verde, proyectaba un círculo blanco sobre el mantel y dejaba a oscuras el papel marrón de las paredes donde no se distinguían los temas de los grabados coloreados. Yo hacía una señal al gato; no me hacía caso, se volvía, con la cola en el aire, yendo a la cocina. Entonces, lleno de un vago tedio, no comprendiendo porque uno está en el mundo, comenzaba a bostezar. Un niño que bosteza es algo espantoso.

«¡Tuve dieciséis años! Una flor que eclosiona, un sarmiento que se ilumina, ese fue mi corazón, una mañana. Porque se vio, lo adivinaba de repente. Algo de mí se iba, y las seguía, cuando los domingos pasaban las señoritas con flores en el sombrero, bajo la sombrilla de tela. Por la noche, inclinado en la ventana, vigilaba a las parejas que cuchicheaban bajo los umbrales de las puertas; ella, apretada en un rincón, él, ante ella, interrumpiendo las palabras para darle un beso en los labios. ¡Oh! ¿Así que era cierto que la boca de la mujer está prometida a la boca del hombre, que esa rosa está hecha para esa abeja? Nada más pensar en ello me invadía un desfallecimiento delicioso; sentía alrededor de mi cuello un brazo dulce que me sofocaba. Pasó mucho tiempo hasta que me fijé en la pequeña mercera que vendía boinas y coloretos en frente de nuestra casa. La vi encantado. La generalidad de mi deseo se concentró, se precisó, era el amor. ¡Un amor ingenuo, infinito! Cuando entraba en la tienda dónde, con una diligencia completamente nueva, hacía los recados a mi madre, unos temblores me sacudían el cuerpo; cuando la vendedora me devolvía el resto del importe, sentía escapar del extremo de sus dedos, al mismo tiempo que las monedas, unos calores que me subían a lo largo de los brazos y de los hombros, ¡hasta la garganta! Pero de nada sirvió que la adorase, que mis miradas le suplicaran, y que le escribiese cien cartas apasionadas al no atreverme a hablarle, dónde mi corazón le ofrecía todos sus sueños y todas sus esperanzas, como un cesta repleta deja caer las flores. Jamás en sus ojos vi un destello de consentimiento, jamás una cólera de rechazo; ni una señal que dijese: ¡Ven! ni un gesto que manifestase: ¡Vete! para ella yo era alguien que no es objeto ni de enternecimiento ni de enfado; acababa de comprar hilo y agujas, eso era todo. Un día que, en un arrebatado de locura, le besaba los dedos con frenesí, ella estalló a reír, no poniéndome siquiera en la puerta. Me acordé de mis compañeros de escuela que no querían pegarme. ¡Entonces la desesperación no me hubiese abandonado si otro deseo no me hubiese venido! Algunas veces en mi cama, cuando no dormía, – yo no dormía demasiado – oía una vaga música, casi imperceptible, a lo lejos, ligera, menuda; me daba vueltas en la cabeza, sacudiendo mis ensoñaciones como un revuelo de pájaros en un árbol haciendo mover todas las hojas. Eran polcas y cuadrillas de un baile en un cabaret, más allá de la barrera. Allí, los jueves y domingos, desde que comenzaba a caer la noche, entraban, un poco achispados, unos muchachos de buen humor y unas chicas,

rubias y pelirrojas, sin sombreros ni boinas, con grandes melenas desplegadas al viento. ¡Yo también iría a ese baile! Una vez, hacia medianoche, me evadí de la casa dormida. – ¡tenía diez francos en mi bolsillo! – y, a lo largo de las paredes, a pasos apagados, llegué ante el cabaret lleno de risas y danzas. Entré con la impresión de arrojarme en un pozo de llamas que daba vértigo. ¡Oh, visión! bajo el gas, entre los gritos y las música y en el tumulto de los bailes frenéticos, se producían unas elevaciones de faldas, dejando ver unas medias blancas en el aire, por encima de las gargantas palpitantes y de los cabellos despeinados. ¡A todas, todas, todas esas muchachas, yo las encontraba bellas y deseables, ¡y las quería y las tendría! ¿Por qué no? ¿Acaso no se ofrecían? Yo las veía ir de mesa en mesa, sentarse sobre todas las rodillas, beber en todos los vasos. Su descarada forma de tutear a todo el mundo al azar, adelantaba y prometía intimidades libertinas. Inútil siquiera hacerles una señal; desde que me hubiesen visto, vendrían a mi, impúdicas, con sonrisas sarcásticas, diciéndome como a los demás: «¿Cuántos pagas?» y yo, sarcástico también, les respondería: «Todo lo que tú quieras.» No, no, ¡ellas no vinieron! ¡No vino ni una! ¿Tenía un aspecto demasiado tímido, demasiado torpe? Me acordaba de mis compañeros de escuela que no me admitían en sus juegos. ¡Ni una sola, le digo! Vi una a una alejarse a las parejas que se hacían confidencias en voz baja ante el guardarropía. Una muchacha que era fea, – ¡era la última! – se volvió hacia mí, parecía querer acercarse. «¡De acuerdo!» pensé yo ansioso. Pero hizo un movimiento de hombros, como de desdén, y se fue completamente sola. Alelado, con los brazos caídos, yo miraba la sala vacía. «Vamos, ¿qué está esperando?» me grito el gerente del baile. ¿Qué esperaba? ¡La vida!

«Y la he esperado en vano por todas partes, por todas. Otros tienen amigos, amantes, esposas, hijos; yo, no. Solo en medio de todos, paso, no se me ve; hablo, no se me escucha. ¿El motivo? Lo ignoro. Es así. Para los demás no importa; para mí, no. Siendo hombre, – ¡y con que intensidad de pasión! – no hay nada humano que no me sea ajeno. En la patria común de la existencia, yo soy el viajero que no sabe la lengua de los habitantes, a quien nadie ofrece hospitalidad. La indiferencia de las cosas y los animales está a mi alrededor al igual que la indiferencia de los seres inteligentes; los muebles de la habitación donde vivo no me resultan nunca familiares ni acogedores; me sorprende incluso que el espejo donde me miro consienta en reflejar mi imagen; un perro rabioso ni siquiera me mordería. Y, pasado ya tanto tiempo, – pues heme aquí viejo, – ¡utilizo mi vida en no vivir! Hace treinta años que voy a la oficina, todas las mañanas, a la misma hora, por el mismo camino, sin que un transeúnte me salude y sin que una rueda me atropelle; regreso todas las tardes por el mismo camino, a la misma hora, sin traer a colación otro recuerdo que el de la eterna y monótona tarea que hoy es lo que ha sido ayer, que será mañana lo que ha sido hoy. ¡Oh! ¡me he enfrentado! ¿Por qué y con qué derecho me veía privado de mi parte de sensaciones y azares? Una idea se apoderó de mí: ¡ser rico! Teniendo fortuna, mucha fortuna, tal vez se es amado u odiado. Las emociones se compran. Arriesgué la escasa herencia que me había dejado mi padre, en no sé qué especulaciones; no subieron pero tampoco bajaron; ni ganancias ni pérdidas, como antaño cuando jugaba a las canicas. Una lotería, de la que había comprado cinco mil billetes, nunca se celebró y se me devolvió el dinero; incluso no estaba en mi destino conocer las sobreexcitaciones agudas de la miseria. Una gran rabia se apoderó de mí. Un día, sin razón aparente – como se rompería una porcelana en un salón, para advertir de su presencia, – ¡abofeteé a un hombre! ¡Por fin se darían cuenta que yo también estaba en la vida! El hombre se alejó, no envió testigos, no solicitó excusas, como si hubiese sido abofeteado por el viento que pasa. Llegó la guerra, me enrolé. ¡Ah! esta vez nada podría impedirme verme mezclado en la acción común: a mí, como a todos, las fatigas, los peligros y las glorias. Se me trasladó a una ciudad de

guarnición, en Argelia, donde aprendí a hacer la instrucción metódicamente, mientras que otros se batían y se hacían matar en Alsacia. Lo mismo que la vida de la oficina: no ocurriendo nada, no pudiendo ocurrir nada; con el arma al brazo en lugar de la pluma en la mano. Entonces ya no luchaba. Miraba pasar los días como se mira fluir el agua. Y heme aquí roto por los viejos arrebatos estériles, vencido, resignado. Pues sé, siento que toda tentativa de acción será inútil, que una pesada necesidad, imposible de sustraerme a ella, me oprime y me inmoviliza definitivamente, y que debo quedar atascado en el opaco tedio de no ser, hasta el día en el que mi alma, por fin liberada, pueda huir. ¡Si muero! porque tal vez me sea rechazada a mí solo la suprema aventura de la muerte.»

Después de algunos instantes, – mientras el pobre diablo acababa su relato, – en la cervecería se había formado un tumulto.

Unas personas que habían entrado contaban que acababa de declararse un incendio en la Villette, en una fábrica de juguetes. Un incendio formidable, cuyo fulgor, se decía, enrojecía todo el cielo. Y sin duda habría allí muchas víctimas, pues, esa noche, los obreros y obreras habían quedado en los talleres a causa de los trabajos urgentes.

Aquél que me había hablado salió a la calle como alma que lleva el diablo. Buscó con la mirada un coche. No pasaba ninguno. Se echó a correr en dirección a la Villette. Yo lo seguí. Nos apresuramos, en silencio. Sin que pronunciase una palabra, yo adivinaba su pensamiento. Sí, sí, el bravo hombre se sacrificaría; se arrojaría a las llamas; corriendo sin tomar aliento, gesticulaba de un modo que parecía que agarraba a niños y mujeres en las ventanas, entre el fuego y el humo, bajo el desmoronamiento de las vigas abrasadas. Cuando llegamos, el incendio estaba apagado.

### LA BODA DE LAS LUCIÉRNAGAS

Cuando regresaba de la feria, en un rayo de luna vi a un niño que dormía de pie contra un árbol del camino, al lado de una catedral de escayola, de angostos vitrales rojos, mucho más pequeña que él. ¿Quién compra esas repugnantes miniaturas de basílicas, cuadradas, bajas, de donde emerge un largo campanario adornado e iluminado con un extremo de vela posada sobre el altar? Compadecí al pobre pequeño feriante que había debido intentar vender su iglesia toda la tarde y no habiendo encontrado comprador, dormía allí su siesta, soñando tal vez con la paliza que le esperaba al llegar a su casa. Harapiento y lleno de polvo, bruñido como un joven napolitano bajo la suciedad de su pelambreira, era sucio y guapo. Lo desperté, le di algunas monedas, y, para no mortificarlo con una limosna, acepté la catedral de escayola. Me molestaba en grado sumo bajo el brazo. Caminé rápido, teniendo prisa por desembarazarme de ella; la arrojaría en algún camino del parque, donde serviría de espantajo a los gorrones que vienen a picotear las cerezas. Debía parecer uno de esos personajes llevando consigo, en las devotas pinturas, la reproducción minúscula de la capilla que han dedicado a San Timoleon o a san Ildevert, en expiación por sus pecados.

Sonando las doce, todavía no era capaz de dormir, tumbado sobre mi cama, con los ojos a medio cerrar. Era un insomnio sin fiebre, vago y delicioso, que refrescaba la noche de luna entrando por la gran ventana abierta y dejando, muy cerca de mi, en el camino del jardín, sobre los macizos de flores abiertas y sobre el césped de los arriates, el hechizo de su pálida magia. Sin pensamientos pero no sin gozo, no sintiéndome vivir, extasiado sin embargo de vivir, yo era, más que un hombre, como una cosa feliz, realizada. Y el gran silencio, la inmensa calma dispersa, hecha de lejanías solitarias, de nidos dormidos y de hojas inmóviles en el aire sin brisa, estaba hecha también de los latidos casi detenidos de mi corazón y de la dispersión en una paz sin sueño de todos mis deseos muertos.

Un pequeño ruido me sobresaltó.

Parecía el choque apenas sensible de un objeto muy ligero contra una superficie poco resistente; y eso sonaba siguiendo un ritmo, a intervalos iguales, despertando la idea de una campana infinitamente lejana, oída a través de los cúmulos de nubes.

El ruido no cesaba, importunándome en mi quietud, tan suave, tan imperceptible como era.

Me levanté, me acerqué a la ventana que es tan baja que la más alta rosa de un rosal de Bengala sobrepasaba el borde en la que ésta se encontraba medio deshojada.

¡Llevé una gran sorpresa!

La catedral que al regresar había depositado cerca de la puerta en un estrecho paseo, – con aspecto de una iglesia en efecto, al final de una avenida, – la catedral, donde el extremo de la vela se había apagado hacía tiempo ya, brillaba con un incendio interior por todos sus pequeños vitrales rojos, y como yo me inclinaba atraído por el ruido más cercano, pude observar que una enredadera de campanillas coronaba la punta del campanario con una de sus flores temblorosas donde una abeja de aquí para allá hacía el oficio de campanero. ¿Qué estaba ocurriendo en mi jardín, bajo la mágica luna? Salí al jardín a través de la ventana, silenciosamente, y me arrodillé en la sombra de una acacia. Precisamente en el muro de la pequeña basílica, detrás del coro, había una grieta por donde pude echar una ojeada: más de cien luciérnagas, semejantes a calcedonias iluminadas, se colgaban a modo de candelabros en el fuste de las columnitas, proyectando luz en los areostilos o haciendo de cirios ante el altar mayor; y, en la punta del campanario, la abeja tañía siembre la flor de la enredadera, llamando a los fieles a alguna ceremonia.

La multitud no tardó en llegar, innumerable, procesional. Allí había grillos venidos de la hierba y saltamontes venidos de los trigales; los pulgones habían abandonado las rosas y los zapateros los lis de agua; elegantes escarabajos, con aspecto de chismorrear juntos, abrían y cerraban el abanico de sus alas; una mariquita, para no mezclarse con el populacho, se había posado sobre el ala de una libélula; sacristanes vestidos de blanco, unas mantis religiosas, predicadoras y oratorias hacían cortejo a una cochinilla vestida de púrpura cardenalicio; y sin embargo, se producía, sin demasiado tumulto, con la compunción debida en un lugar sagrado, una confusión de alas vibrando y patas mezcladas, donde, entre la negrura de las hormigas en frac, atareadas y dignas, brillaba aquí y allá el zafiro de las altezas y la esmeralda de las cantáridas.

Cuando todos los feligreses se hubieron ubicado, a derecha y a izquierda metódicamente, un moscón, con un golpe de ala, saltó sobre el balcón del órgano, y una música solemne, religiosa, sin embargo alegre, llenó la basílica completamente iluminada de luciérnagas. La ceremonia iba a comenzar. Vi dirigirse hacia el coro a dos animalillos del buen Dios, uno con aire victorioso, y batiendo las alas, el otro no se atrevía a avanzar, tímido; supuse que se trataba de una boda; y no me fue permitido dudar cuando un magnífico escarabajo con casulla de oro verde, al que asistían otros dos escarabajos con rosario, ofició ante el altar mayor, girándose alguna vez en un gesto bendiciendo a las dos cochinillas.

Mirando por la grieta no perdí ningún detalle de la augusta ceremonia. pero llevé más allá mi curiosidad. Cuando la muchedumbre, habiendo acabado todo, comenzó a dispersarse, y las brillantes luces se fueron apagando una a una, me volví sin ruido, casi sin gestos, observando sobre la arena de la clara avenida a los dos esposos que se apartaban de la multitud y del tumulto. ¿A dónde iban? Levantarían el vuelo para su luna de miel hacia alguna lejana flor nupcial, bajo un azur más cálido, bajo más ardientes estrellas? ¿o bien se conformarían con la primera corola encontrada, abierta a propósito bajo la discreta cortina de una hoja? «¡No importa a dónde os lleve el deseo y qué los primeros matorrales rápidamente floridos os sean clementes, dulces recién casados! ¡qué tengáis mucha alegría en las pocas horas de vuestra única primavera! ¡qué nunca el zueco de un aldeano, ni la zapatilla de una mujer que sueña bajo las ramas, os espante, mientras voláis tan cerca el uno del otro sobre los fresales o los musgos! ¡qué siempre esté perfumado a vuestro gusto la perla de rocío donde beberéis juntos; que el cáliz preferido no os niegue nunca una olorosa comida!; y si debéis servir de juguete a

la cruel infancia, ¡qué al menos sea la misma pequeña mano que os tome, a fin de que podáis sufrir y morir juntos!» Mientras yo hacía esos votos por su felicidad, los dos animalillos del buen Dios no habían levantado el vuelo; trepaban a lo largo del rosal de Bengala cuya más alta rosa sobrepasaba el borde de mi ventana, y los vi desaparecer en la flor medio deshojada, que cerró sobre ellos suavemente lo que le quedaba de pétalos. Ni por un instante tuve la idea de entrar en mi casa por la ventana, del mismo modo que había salido, – una agitación de hojas habría turbado, en su primera intimidad, a los radiantes esposos, – y ya iba a alejarme hacia la puerta, cuando observé sobre el alféizar de piedra a otra cochinilla que no había visto antes, que también sin duda, había seguido a los recién casados. ¿Qué hacía allí? ¿por qué estaba allí? ¿Era una pariente de la esposa?, o, –¿quien sabe? –¿algún rival del esposo? Hay pocos hombres que no hayan sufrido bajo las ventanas de una habitación nupcial; y, entre los insectos, tal vez como entre nosotros, la felicidad de unos se debe a la desgracia de otros. La pobre bestezuela permanecía inmóvil, orientada hacia el rosal. La toqué con la punta del dedo, ligeramente. No se movió. Creo que estaba muerta.



## LA CONVERSA

Hay en el sur de Francia una ciudad muy silenciosa y taciturna, donde la vida parece estancada, sin pasiones, sin sobresaltos, no parece más alterada que el agua de un canal de orillas siempre iguales. Es una calma ficticia. Esos nobles de rancio abolengo, encerrados en sus casas blasonadas, esos rentistas que, usando sus días en metódicos ocios, dedican sus tardes para ir a pasear por la misma calle donde la hierba crece; esos tenderos, ocupados en una labor que nunca varía, abriendo y cerrando a las mismas horas, con un mismo gesto, los escaparates de sus tiendas, – personas serias, valientes, de apacible nobleza u honesta burguesía provinciana, – conservan en ellos la llama de un fanatismo hereditario, implacable. En el barrio nuevo, los carteles teatrales, el lujo de algunos bazares, los letreros dorados de los tres cafés a donde acude la tropa del acuartelamiento, ponen una nota de vida parisina, divertida, agitada e irónica; pero eso no es la verdadera ciudad; descendí hacia el río: el silencio comienza a invadir poco a poco las calles más angostas y el umbral de las tiendas sin clientes; raramente se ven abrirse las puertas de los garajes de los viejos palacetes; unos muros muy altos, muros de convento, prolongan su fría uniformidad; no lejos de una antigua iglesia donde las estatuas de santos en sus nichos elevan los brazos cuyas manos faltan, se erige, cuadrada, entre ocho o diez arbustos regularmente espaciados sobre un césped muy bien segado, la cruda blancura de una capilla protestante; ni un ruido de voz sorprende: por todas partes se tiene una impresión de paz infinita, de eterna soledad, al igual que en las necrópolis; los transeúntes de esas calles podrían ser fantasmas. Pero, detrás de esos tranquilos muros, persisten las antiguas cóleras de las guerras religiosas. El católico, soñando por la noche, tras las oraciones, en la justicia de la sangre de San Bartolomé, no conoce, evita y aborrece al calvinista lleno de un deseo de represalias; el mercero que acude al predicador detesta al tendero que va a misa. Al viajero que está de paso por esa ciudad le queda un recuerdo de ciudad adormecida, de un buen asilo abierto a las almas cansadas, una sensación de extinción, de abandono, de reposo definitivo. Una noche, cuando yo pasaba ante la catedral con un viejo protestante en casa del cual había alquilado una habitación, mi compañero, el más pacífico de los hombres, se alteró de repente, y, mostrándome uno de los vitrales de la iglesia, iluminado por la claridad interior de los cirios y cuyo reflejo enrojecía las murallas vecinas sobre las aceras y el pavimento, exclamó: «¡Sangre!; ¿no diría que eso es sangre?» Luego, subiendo el tono

de voz, dijo: «¡Ruego al cielo que toda la sangre de los papistas se derrame así sobre la tierra y lave los pecados del mundo!»

El Señor de Herdigné, el último hombre de una familia hugonote que se enorgullecía de diversos héroes mártires, vivía en una de las más antiguas casas de la ciudad. Era un hombre de unos cincuenta años aproximadamente, muy delgado, con el rostro huesudo casi sin labios y con los ojos inyectados en sangre que se iluminaban con una llama roja bajo unas espesas cejas rizadas. Tenía aspecto de un viejo luchador, descarnado, seco, curtido, dispuesto a batallar todavía. Hablaba poco, con voz de mando, hacía gestos breves, caminaba a tirones que hacían dificultosos sus movimientos. Aunque fuese de aspecto pasablemente adusto y se preocupase poco de mostrarse afable, era estimado por los nobles y los burgueses protestantes, admirado sobre todo a causa de su ilustre abolengo, de la austeridad de sus costumbres y de su fanática adhesión a la religión reformista. Su fervor ardiente era sincero; había heredado de sus antepasados, soldados religiosos, una fe brutal y siempre obediente, como una disciplina. Ocupado en lecturas devotas, – en una amplia sala de estanterías negras, llenas de infolios, – no salía más que para asistir a los oficios y no recibía a nadie; pero los consuelos que encontraba en el ardor de su fe bastaban para hacerle soportar sin desfallecimientos el tedio de la soledad; encontraba el olvido del mundo en duras e incesantes prácticas religiosas; y, por la noche, a menudo despertado por la mano del Señor, se dedicaba a hablar en voz alta en el silencio de la casa, pronunciando palabras de maldición y cólera, anunciando, con la voz de un profeta, ¡la ruina de Babilonia! Sin embargo llegó un día en el que ese duro devoto, solamente interesado en la causa del cielo, mostró un corazón conmovido y conoció la sonrisa; fue cuando se le llevó a su hija, una niña llamada Esther, que había pasado sus primeros años con una pariente en el campo. Por mediación de los dos criados que la atendían, se supo que el hombre se había puesto a llorar viendo a la pequeña, tan encantadora con sus cabellos claros en bucles y su voz tan delicada como el canto de un pajarillo, – pequeña imagen viva de la esposa que él había perdido. Poco a poco fue cambiando de carácter al ir ablandándosele el corazón. Hizo cosas que jamás antes había hecho. Algunas veces, cuando el día era hermoso, abría la ventana; las personas que pasaban podían ver, alzándose en la punta de sus pies, al padre y la hija jugar, saltar y reír juntos, a pleno sol, entre los infolios desperdigados. Desde luego su piedad no había sido disminuida por su ternura; él proseguía de un modo infatigable sus estudios sagrados y el espíritu de profecía no había dejado de visitarlo; y, como antes, – debiendo y dando ejemplo, – frecuentaba con asiduidad la residencia del Señor. Pero ahora no solamente salía para ir a los oficios; se le veía por el Paseo con la pequeña Esther, inclinado hacia ella, llevándola de la mano, contemplándola, sonriéndole, adorándola, apartando con un bastón que él tenía, los guijarros que hubiesen podido lastimar los bonitos pies de su hijita. Al regresar se detenía en la gran plaza, en la juguetería; y provocaba una gran ternura en las madres viéndolo extasiarse cuando Esther le tocaba las mejillas con sus manitas y le daba besos en la barba para agradecerle una cocinita o una muñeca.

A decir verdad, él se encontraba con malas personas entre los católicos, que cuchicheaban viendo eso, apartándole luego la mirada con aspecto de burla. Antaño se había hablado mucho de la señora de Herdigné, parisina bastante extravagante que había escandalizado la ciudad con sus vestimentas y sus aventuras; las malas lenguas, ayudadas por buenas memorias, recordaban que un oficial de la guarnición de entonces, – un poco menos de un año antes del nacimiento de Esther, – se había mostrado muy asiduo junto a la joven esposa; incluso se llegaba a pretender que la niña se parecía de un modo asombroso a ese militar.

Pero el Sr. de Herdigné *parecía* no hacer reparado en esas viles palabras al igual que no había escuchado, *sin duda*, las maledicciones de antaño; el arisco hugonote, padre tierno, continuaba comprando cocinitas y muñecas a su bonita pequeña.

Pero a pesar de las ventanas abiertas, Esther se aburría mucho en la vieja casa; para una niña que se va a convertir en una muchachita, no son distracciones suficientes los paseos por la Avenida a la hora de la música. Además, el Señor de Herdigné, siempre grave a pesar de su cariño, no tenía una conversación muy divertida; cuando había contado ampliamente las persecuciones de los que habían sido víctimas los seguidores de su religión, tras maldecir a la Babilonia papal, y profetizar la caída de la iglesia católica, no sabía decir otra cosa; si Esther bostezaba un poco después de cenar él le preguntaba: «¿Quieres que te lea la historia de Tobías o la de los Macabeos?» De modo que la niña – por buena hugonote que fuese, – no habría tenido más remedio que marchitarse de tedio, si no le hubiese ocurrido algo completamente extraordinario. Una noche, en el momento de meterse en la cama, observó sobre la mesa un libro que nunca había visto, elegante, dorado, ¡y que era una historia de la Santa Virgen y de todos los Santos! Apenas leyó el título rechazó el volumen, asustada. ¿Quién se había atrevido a llevar a la ortodoxa casa de su padre esa obra peligrosa, perversa, infame, esa antología de las más absurdas y pecaminosas supersticiones? Quiso llamar, enfadarse, decir: «¡Arrojadlo al fuego!» Pero el libro entreabierto mostraba un bonita estampa: un ángel con alas níveas que se inclinaba hacia el vestido, tan azul como el cielo, de una joven con la cabeza aureolada de un fino círculo de oro. La chiquilla no pudo impedir mirar, curiosa, feliz, miró más, pasó una página, otra página, admirando, leyendo, leyendo más, siempre, hasta que entró una pequeña blancura entre las cortinas de la ventana, cuando Esther sintió cerrarse finalmente los párpados de sus ojos maravillados. Y después de esta aventura, – puesto no había novelas en la biblioteca paterna, no, ni siquiera *Paul y Virginia*, – leyó todas las noches la historia de la Santa Virgen y de todos los Santos.

Diez años más tarde, la señorita Esther de Herdigné tomó los hábitos en el convento de las Carmelitas. ¡Se produjo en toda la ciudad un rumor extraordinario! Triunfo de los católicos, consternación de los protestantes. Pero el sentimiento que dominaba en éstos últimos era de una profunda compasión por el desdichado anciano que, tras toda una vida de devoción a la buena causa y de ardiente piedad, veía a su adorada hija escapársele, escapársele para siempre, ¡puesto que ella prefería el infierno! Se imaginaban las angustias que debían torturar a ese corazón paternal y cristiano. Se sabía, por las indiscreciones de los criados, con qué ruegos y amenazas, el Señor de Herdigné había combatido la diabólica vocación de su hija; se había arrastrado a las rodillas de la joven, e incluso, en un arrebato furioso de su desesperación, la había golpeado, haciéndola sangrar, pero siempre encontraba en ella esa resistencia; ¡nada había prevalecido contra el Tentador! Y, ahora, entre el incienso y el son de los órganos, bajo las inútiles imágenes que soñaron los paganos, se perpetraba el irremisible crimen.

No obstante, todos convenían que el Señor de Herdigné, algo tenía que reprocharse en este horroroso acontecimiento; al principio había mostrado demasiada afectuosa indulgencia hacia su hija, a la que se había visto arrodillada dos o tres veces en una iglesia; sobre todo se había equivocado, – tres años antes, – abandonando su casa familiar para ir a vivir precisamente cerca de un convento cuyas religiosas habían podido con facilidad comunicarse con la muchacha gracias a la proximidad, confundirla, inducirla a la tentación; ¿Por qué extraño capricho, – sin razón *aparente*, – había abandonado la residencia de sus antepasados? Pero, ¡cómo expiaba cruelmente sus imprudencias!, y ¿qué desgracia podía compararse a la suya? Cuando la puerta del convento se volvió a abrir después de la ceremonia, para dar paso al Sr. de Herdigné, –

él había querido asistir a la toma de hábitos, esperando tal vez algún supremo arrepentimiento de última hora, – cuando éste caminó por las calles a lo largo de los muros, avergonzado, titubeante, igual que un hombre ebrio que lleva un fardo, recibía a su paso saludos que se compadecían, tristes sonrisas con inclinaciones de cabeza; amigos que le estrechaban las manos, queriendo darle ánimos. Él se alejaba, cabizbajo, con sollozos. Pero cuando entró en la casa, cuando se encontró solo en la sala tanto tiempo testigo de sus piadosos trabajos y de sus éxtasis sagrados, entonces, levantando la cabeza, un estadillo feroz de alegría se produjo en su mirada: «¡Alabado sea Dios!, gritó, ¡está condenada!»

### **LAS AZALEAS**

En el sendero de un jardín, el poeta enamorado observaba con delicia una mata de azaleas abiertas.

«Oh, flores, dijo, la rosa es más deslumbrante que vosotras y el lis es más orgulloso, ¡pero vosotras sois más bonitas que los lis y las rosas! Vuestras ilustres corolas tienen algo de pompa en su sonrisa; su triunfo eclipsa el protocolo, oh, reinas en trajes de etiqueta; ellas conservan siempre, incluso muy abiertas, un poco de la rigidez de ese corsé que es la yema; pero vosotras, mezcladas, marchitas con facilidad, con vuestros pétalos sois flores en camión. Y tenéis el tierno encanto de no ser ni completamente rosas ni completamente blancas; mostrando el color indeciso, apenas un color, que reina en las mejillas de una niña convaleciente. ¿De dónde procede ese incierto y exquisito matiz, oh, delicadas azaleas, rojas blanqueadas y blancas enrojecidas, labios un poco mojados de leche, nieve apenas teñida de sangre? »

Una voz respondió al poeta enamorado, una voz tan dulce y tan delicada que era casi inaudible, – un canto que no es un ruido,– y, como nadie pasaba por el sendero, se vio obligado a admitir que quién le respondía era una mariposa posada sobre una hoja.

«Nosotras, las mariposas amarillas, antaño éramos mariposas rojas, mientras que esas flores, pálidas en esa época, no tenían todavía el color que tanto te gusta. Ahora bien, sucedió que una cálida tarde, cuando nos encontrábamos dormidas en unas matas floridas, la tormenta sorprendió nuestro sueño con una gran lluvia. Al despertar, nuestras alas húmedas y desteñidas habían dejado de ser semejantes a unos pétalos púrpura, pero, a causa del agua con la que se fue nuestro ardiente color, las azaleas, blancas todavía, se volvieron casi rosas.»

El poeta enamorado hubiese quedado convencido con esa explicación, pues en definitiva le parecía muy verosímil, si una curruca de cabeza negra que movía sus alas, no lejos de allí, sobre unas balsaminas, no hubiese manifestado con pequeños gritos de cólera que ella no aceptaba de ninguna manera toda la leyenda imaginada por la mariposa desteñida; y las curruacas, desde que una de ellas se posó sobre la divina Epine, no ignoran casi nada de lo que pasa en la tierra y en el cielo.

Ésta dijo en su rama:

«Una vez, en el paraíso, – tengo por costumbre ir allí y posarme sobre la más alta llave de una viola de serafín, – se preparaban grandes festejos por el matrimonio de una

alma recientemente llegada de la tierra, con su alma gemela que la esperaba desde hacía tres millares de siglos en una avenida de nubes donde se habían citado. Se mandó interpretar las más bellas músicas a los ángeles músicos que saben cantar tan agradablemente como los ruiseñores y casi tan bien como las currucas; se hizo construir una amplia sala con muros de luz y techo de soles; para adornar los troncos de las Dominaciones y las escalerillas de los Bienaventurados, los Querubines recogieron y trenzaron en guirnalda las más bonitas estrellas; y las diez mil vírgenes, a fin de honrar a los esposos, decidieron dar un baile. Pero estaban preocupadas con su vestuario. Como habían abandonado el bajo mundo desde hacía mucho tiempo, no tenían ninguna idea de las modas actuales, y, sabiendo que nada podría valer su eterna juventud y santidad, temían parecer un poco ridículas al alma recién elegida, cuyo cuerpo tal vez había sido vestido antes por modistos muy famosos. Hubo largos conciliábulos. Santa Cloe propuso poner túnicas de lino teñidas con la sangre de las conchas de Tiro; santa Cátula opinó que unas coronas rosas harían un mejor efecto entre el oro de las melenas. Se les objetó con razón que se acordaban con demasiada evidencia de los modos de vestirse y de peinarse de las bellas romanas de antaño, y que, desde esos tiempos, las mujeres habían debido inventar muchos otros medios de potenciar su belleza. Tras mil discusiones se convino que no perderían más tiempo en intentar imitar los gustos humanos, – puesto que hacerlo tan bien sería imposible,– sino que se vestirían, siendo santas, siguiendo la moda del paraíso. Nada más delicioso que el rojo pálido de las auroras, esas brumas diáfanas que se dirían formadas con una perla rosa fundida en la espuma blanca, para que ellas se hiciesen unos vestidos y unos chales de baile; y cuando entraron en la fiesta se sentían muy seguras de que no se establecería ninguna comparación. Por desgracia se equivocaban. Ni una de las diez mil vírgenes fue invitada a bailar, mientras que todos los serafines, extasiados, se apresuraban en torno a la casada que había tenido la precaución de llevar consigo desde aquí abajo un cofre lleno de prendas según la nueva moda. ¡No hay necesidad de decir que quedaron particularmente humilladas! Tan grande fue su despecho que, a pesar de su repugnancia, muy natural entre las jóvenes elegidas, a desnudarse delante del mundo, se quitaron, arrancaron y rompieron en trizas los corsés de crepúsculo y las faldas color de mañana. Incluso en su furor, arrojaban por encima del muro del paraíso los adorables pedazos, que volaron, planearon, fragmentos de claridad rosa, harapos de luminosidades blancas, cayendo finalmente como plumas desperdigadas, y, encontrando las ramas de las azaleas que estaban sin flor, ¡se detuvieron allí!»

El poeta enamorado no replicó en absoluto ante este argumento y se alejó convencido de que las flores de las azaleas estaban hechas con las gasas desgarradas de la aurora, a menos que no hubiesen robado su tierno color a unas alas desteñidas.

Pero por la noche, aquella a la que adoraba, le dijo con un bonito alzamiento de hombros:

«La mariposa se jacta y la curruca no sabe lo que gorjea. Yo te diré la verdad. Un día, – en los tiempos en los que yo era Eva en el maravilloso Edén,– me dormí bajo la sombra de un gran árbol, entre árboles más pequeños, muy pequeños, donde se abrían corolas blancas. Pero no tardé en maravillarme a causa de un sueño que tuve, y ese sueño ya no me abandonó, una vez despierta. La tentadora culebra no me había hablado todavía bajo los frutos del manzano: no importa, a menudo me invadían tiernas inquietudes; el instinto del adorable pecado anidaba en mi como una rosa en una yema que quiere eclosionar. Pero nunca me había sentido tan turbada como lo estaba en ese momento, Aunque Adán estuviese muy lejos, ocupado en contemplar la obra de seis jornadas, me daba la impresión de que se encontraba acostado sobre el musgo, muy cerca de mí, que me tomaba las manos, que sus brazos me enlazaban, y yo tenía en los

cabellos, en el cuello y sobre los labios, su aliento. Esas caricias, – que me hacían estremecer, radiante, que me provocaban no sé qué vergüenza y no sé qué alegría – hubiese querido devolverlas y no me atrevía. ¡Por fin la ternura fue más poderosa que el temor! Yo lo tomé, lo abracé, buscando con mis ojos sus ojos, con mi boca su boca. Por desgracia estaba sola entre las ramas floridas; lo que estrechaba contra mi pecho con todos los temores, con todas las embriagueces, eran los tallos de las azaleas; ¡eran sus flores lo que besaba! y a partir de ese momento ellas fueron tan deliciosamente pálidas y rosas por haber tocado el pudor de mi mejilla y el deseo temeroso de mis labios.»

## LA OCASIÓN

En un estrépito espantoso, el paquebote había chocado con un rompiente y el casco se había partido. Irremediable avería. El agua, con la regular y casi apacible lentitud de un flujo sobre una pendiente, – pues el mar estaba muy calmo – emergía en la cala, aumentando el peso del enorme navío que se hundía poco a poco. Hubiese sido quimérico albergar alguna esperanza sobre las bombas de achique, a su vez ahogadas; la intrusión de la ola era de un volumen demasiado considerable para ser combatida con alguna posibilidad de éxito. Un navío perdido. De su continuo descenso sin sacudidas se hubiese podido deducir, algunos minutos después, el instante en el que se sumergiría para no reaparecer. Por otra parte no existía ningún peligro serio para los pasajeros ni para la tripulación. La costa estaba poco alejada, con una playa arenosa que sería fácil de alcanzar; y gracias al tiempo tan favorable, – una hermosa jornada invernal, sin un soplo de viento, – el bote salvavidas podría hacer varios viajes desde el paquebote a tierra antes de que el navío desapareciese. Ahora, tras los primeros embates del pánico, los más cobardes se daban cuenta de la situación y recuperaban el valor, seguros de salvar su piel. Incluso las pasajeras ya no temblaban; unas se apresuraban a meter en sus bolsos y en sus bolsillos, objetos preciosos retirados de los baúles y las maletas, de modo que el puente, con las ropas de los cofres abiertos, presentaba un desorden de un día de ofertas en un almacén de confecciones; las demás, que tenían niños cogidos de la mano, observando con aire curioso los preparativos metódicos del salvamento, de pie, cerca de la escalera por la que se descendería a la chalupa, no parecían nerviosas y tenían aspecto de esperar su turno en la fila de un ómnibus que va a partir. En esta sonriente tranquilidad, dónde la inquietud se había resuelto en el ¡uf! de haber escapado indemne, en el va y viene disciplinado de los marineros que se tomaban su tiempo, el sol de invierno, entre el doble azur inmenso del mar y del cielo, aportaba su fresca claridad, pura y feliz; unos pájaros, llegados de tierra, revoloteaban con alboroto primaveral por encima de la chimenea apagada, bajo el vago azul de las nubes.

Jean de Mauvers, uno de los pasajeros, acodado en la proa, miraba el cielo, el Océano, las burbujas del agua que se introducía por la abertura del casco, el lento hundimiento del navío y sonreía indiferente.

Jean de Mauvers era realmente un hombre feliz. Bastante apuesto para llamar la atención de las mujeres, no lo suficiente para despertar la aversión irritada de los



hombres, llevaba un apellido sin mácula, tenía una gran fortuna, podía permitirse todos los deseos y prestarse a todo tipo de ocios. Un hombre envidiado, de los que hacen exclamar a los pobres diablos: «¡Ah!, si estuviese en su lugar.» Había tenido aventuras galantes que habían tenido su eco, y entablado duelos que fueron muy comentados. Sus caballos eran célebres, casi tanto como sus amantes. Tal reputación era la suya que tenía de que regocijarse; la dicha se aumenta no siendo ignorada. Además no se limitaba a ser un mundano frívolo y de buen tono. En 1870, se había enrolado en el ejército voluntariamente, había cumplido su deber con valentía; no por conveniencia ni porque algunas situaciones impliquen ciertas obligaciones, sino porque tenía realmente un ardiente amor filial por la patria vencida y desolada. Un hombre de corazón. De ahí una serenidad de conciencia, incluso en sus locuras, que le proporcionaban por ello más placer; en él, la inteligencia era elevada y pura como su corazón, a pesar de las francachelas hasta el amanecer y las noches de juego. Un artista en un club masculino. Conocía los sanos entusiasmos, sabía rodearse de cosas bellas, podía enamorarse de una música o de un cuadro, tenía a menudo ensoñaciones tras haber leído a los poetas, – ¡pues los leía!– ensoñaciones en las que su alma reencontraba las ilusiones de la adolescencia y se echaba a volar hacia esperanzas lejanas. Pensaba que toda la alegría de vivir no consiste en la admiración envidiosa de algunos compañeros de juergas o en el beso de Lila Biscuit. Se atrevía a creer en lo bello, en el bien, en la virtud de las mujeres, en la probidad de los hombres, no se imaginaba que fuese indispensable ser escéptico, sonreía sin burlarse. Realmente, sí, ¡el candor de un niño! Difícilmente le habríais oído exclamar: «¡Ah! ¡bah!» cuando se le contaba la historia de algún pobre diablo que había buscado en la muerte el olvido de las inútiles quimeras y los sueños frustrados, o de una miserable muchacha, deshonrada por un patán, que había empleado sus diez últimos centavos en comprar el carbón con cuyo humo se dormiría. Era un buen hombre, – incluso hasta el ridículo, – un hombre feliz; y, en el momento en el que el paquebote había chocado con la roca submarina, pensaba, con todas las ternuras y respetos, en una querida muchacha con cuya familia iba a reunirse en Italia, casi una novia con la que tal vez se casase.

Mientras miraba el cielo, el Océano, el agua entrando en la cala y el lento hundimiento del navío, la chalupa había regresado de tierra por segunda vez. Los pasajeros se apresuraban hacia la temblorosa escalera. Él dio un paso para reunirse con ellos. Un solo paso. Luego permaneció inmóvil, pensando, mientras la embarcación se alejaba muy cargada con un rítmico ruido de remos.

¿Era divertido vivir? ¿Resultaban divertidos los días iguales a los días, y las noches semejantes a las noches? Ser alguien a quién se nombra, deslumbrar a las colegialas que leen vuestras aventuras en los ecos del Diablo Cojo, besar labios que todos han besado, perder o ganar en el casino el dinero que se hubiese olvidado o que se olvidará en algún salón público, ¿había algo de qué enorgullecerse? Se acordaba de los bostezos después de las timbas o durante las caricias. Desde luego lo que interesa en la existencia son las nobles devociones y las nobles alegrías, que constituyen el disfrute de las horas. Mejor que nadie, él era capaz de esas devociones y esas alegrías. ¡Pero qué! poco diferentes los unos de las otras, siempre los mismos sacrificios y siempre las mismas delicias. El peligro, el amor, el sueño, ¡nada más atractivo ni más sublime! pero, a pesar de la diversidad de los azares, el alma reencuentra en cada aventura o en cada esperanza una alegría conocida, una dicha ya experimentada.

Pensando de este modo, la chalupa iba alejándose por cuarta vez. Ya no iban a bordo más que dos o tres pasajeros y los hombres de la tripulación. Jean de Mauvers había retrocedido y, acodado en la proa, consideraba el apacible hundimiento del navío en la calma soleada del mar.

¡Qué apetecible sería el mañana si no fuese el hermano de ayer! Sea como sea siempre se reemprende y vuelve a comenzar de nuevo. Caminar hacia adelante es regresar atrás. ¿Para qué encantarse todavía por lo que ya nos ha encantado? Leer sin cesar el mismo libro resulta finalmente aburrido, por rara y admirable que sea la obra. Repasar su lección, volver la página y volver a encontrar los mismos versos, ¡qué monotonía! Jean de Mauvers se decía con melancolía que a partir de ahora, a su edad, no podía esperar nada más de la vida que ya no le fuese ofrecido antes. Incluso esa joven a la que amaba, con la que iba a casarse, ¿sería diferente, una vez esposa, de las demás esposas? Las palabras que le diría o que escucharía en la radiante noche de bodas, ¿no las había dicho ya o escuchado? ¿Cuáles son los labios que reservan al amor un beso imprevisto?

Además, – pensaba todavía – ¿a dónde conduce la vida? a la muerte. Cuando incluso la alegría de existir sería adorable, y siempre renovada, ¿no tendría algo de amargo el hecho de que sea tan breve y comience para acabar tan pronto? ¿Es lo que existe, lo que debe dejar de existir? La primera condición de la felicidad sería que fuese eterna. No hay pues felicidad aquí abajo. Es realmente extraordinario que un hombre y una mujer encuentren placer entrelazando sus cuerpos que serán esqueletos, y que los corazones no se nieguen a amar sabiendo que no latirán para siempre. La muerte sube por la escalera mientras la nodriza de Julieta hace guardia en la puerta de la habitación del amor. No es ni el jilguero ni el ruiseñor quién interrumpe el dúo de amor: es la lechuza del cementerio. ¿De qué sirven incluso las bellas acciones y los sacrificios sublimes? siempre tentando la ingratitud de la memoria humana, probando cuan grande es la facultad del olvido. ¡Ah, la inutilidad de vivir!, qué evidente es, puesto que toda existencia, deslumbrante u oscura, magnánima o pusilánime, dichosa o miserable, tiene el mismo rápido y lúgubre desenlace. Un día antes o un día después, ¿qué importa cuando hay que ir a donde todos irán? Desde luego, Jean Mauvers consideraba idiotas y cobardes, dignos de piedad pero también dignos de desprecio a aquellos que se precipitan voluntariamente a la inacción, a la insensibilidad de la nada. ¡Jamás el pensamiento del suicidio había rondado por la cabeza de este hombre feliz! ¡Pero qué! cuando el misterioso azar os ofrece la posibilidad de acabar enseguida lo que debe acabar pronto; cuando se os presenta, – como frutas en una copa, al alcance de vuestros labios, sin que tengáis necesidad de extender la mano, – el reposo, el sueño, el olvido, ¿no tenéis el derecho de aceptarlas? ¿y no estaría permitido incluso a un hombre, excelente nadador, caer en el Lete<sup>10</sup> y dejarse ir sin pensar en ganar la orilla?

Todos los hombres de la tripulación habían descendido a la chalupa. Ni un pasajero a bordo. El capitán, a punto de poner el pie sobre la temblorosa escalera, miró a su alrededor buscando algún retrasado. Pero Jean de Mauvers escapó a esa mirada manteniéndose oculto detrás del amontonamiento de equipajes. Cuando la chalupa se alejó por última vez, encendió un cigarrillo, se acostó en su abrigo al sol, – mientras el chapoteo del agua ascendente comenzaba a golpear los laterales del puente, – luego, tras un alzamiento de hombros, que parecía rechazar como un fardo la vida, esperó el final, habiendo aprovechado la Ocasión.

---

<sup>10</sup> En la mitología griega, Lete o Leteo es uno de los ríos del Hades. Beber de sus aguas provocaba un olvido completo. Algunos griegos antiguos creían que se hacía beber de este río a las almas antes de reencarnarlas, de forma que no recordasen sus vidas pasadas. (N. del T.)

### **LA TERNURA DE LA JUSTICIA**

El Dios justo y terrible que tiene el relámpago por mirada y el trueno por gesto, Aquél que puede con una señal precipitar en la eterna nada los soles y las tierras en las que no quedaría ni siquiera una alma para acordarse de ellos, escuchaba pensativamente a los Ángeles que regresaban de nuestro mundo, uno a uno, llevándole novedades.

El primer Mensajero dijo:

«He visitado las sombrías regiones misteriosas que los mortales llaman África. Allí los hombres recogen, con brazos largos como los de los monos, extrañas flores para envenenar sus flechas, y arrastran penosamente sus pesadas entrañas de carne humana. Tan negros por dentro como por fuera, el pensamiento no ilumina las tinieblas de su ignorancia como la luz no blanquea sus rostros. ¡Jamás levantan la cabeza hacia el cielo! Sus divinidades, fetiches de madera apolillada o de arcilla que se desgaja y son tan pequeños, casi al nivel del suelo entre la peste del lodo y la podredumbre de los animales muertos, que no les llegan a la altura de la rodilla; cuando los adoran parecen invocar a la basura. Tienen esposas e hijos del mismo modo que los perros o los lobos tienen hembras y cachorros. Viven de matar; matan para comer, pues todo cadáver es un festín, matan para beber, pues la sangre es su bebida preferida; matan para dormir, pues solo les invade el sueño cuanto tienen su frente sobre un cuerpo muerto, y, por la noche, si el hambre los despierta, se sacian con su fétida almohada. Inmundos y feroces, tienen reyes más feroces y más inmundos, que se extasían con las masacres. Se necesitan más de mil suplicios para celebrar un fiesta; y, cabezas cortadas, pechos abiertos, orbitas sin ojos, bocas sin dientes, dedos sin uñas, el horrible licor rojo fluye tan abundantemente que forma un mar de olas sombrías, en el que he visto príncipes nadando, mordiendo pies de bebés y masticar senos de mujeres»

Dicho esto, el Dios justo y terrible tuvo un escalofrío de cólera, con la que tembló la inmensidad, y se vio sobre toda la claridad del espacio la sombra de su mano derecha exterminadora levantada.

El segundo Mensajero dijo:

«¡Yo visité el país del sol y del oro dónde cantan todos los pájaros, dónde florecen todas las rosas! Allí, las llanuras son tan extensas bajo el enorme azul del cielo, y tan profundos los bosques de sauces y robles, que el lejano rugido de los tigres llega a ser percibido tan suavemente como un arrullo de paloma; los elefantes reales, pisoteando

los bambúes donde se entrelazan las corales y las enredaderas, – serpientes-flores y flores-serpientes, – acuden a beber a los grandes ríos estrellados de lis y nelumbos. ¡Oh, esplendor paradisíaco de los horizontes! ¡Nieves del Himalaya que se funden en torrentes de luz! ¡Valles que emergen entre nubes de perfumes! Toda la India es el antiguo Edén. Pero los viles Adanes, que ni siquiera ya tienen fuerzas para coger el fruto de los árboles prohibidos, se revuelcan innumerables, y bostezan estúpidamente bajo el más bello de los cielos. En la ardiente vida que los rodea tienen horror por vivir; en su tedio, aspirando al sueño, al eterno sueño, no son capaces de ver los horizontes, las nieves, los valles donde por las mañanas resuena el galope de los antílopes; su indolencia desdeña el beso; y, macilentos, descarnados, con la piel enrojecida sobre unos huesos sin carne, tienen la Hambruna por huésped y la Peste por compañera de cama. Sin embargo, en unas salas pavimentadas de piedras preciosas, bajo el resplandor de los lustres diamantinos donde el día se ilumina, entre todas las magias del opio, los amos triunfan, acostados sobre pieles de leones muertos y sobre pieles de mujeres vivas. Una desmesurada fiesta se celebra en lo alto, no afectado ni un ápice a la exagerada miseria de abajo. Todos los orgullos, todas las glorias, y la blanca desnudez de las bailarinas envueltas en gasas, les confieren una especie de apoteosis en torno a los príncipes; para proporcionarles un goce perfecto donde la condenación se diviniza, cada noche se deshojan sobre sus augustos lechos, al igual que olorosos pétalos esparcidos por el suelo, la virtud de las esposas, el pudor de las vírgenes y la flor de las infancias mancilladas. De modo que el ligero ruido que sube del continente soleado donde los señores envejecen en la dicha, donde los pueblos duermen en la ignominia, está hecho de algunos cantos festivos sobre un inmenso ronquido.»

Ante estas palabras, el Dios justo y terrible, frunciendo las cejas, bajó su mano derecha dispuesta a realizar la formidable señal.

El tercer Mensajero dijo:

«Yo he visto las islas oscuras, más misteriosas que la propia África y más repugnantes, donde el negro carnívoro ofrece a su huésped, los días de fiesta, el ojo izquierdo de su hijo recién nacido; he visto las prósperas Américas que se estremecen bajo el rugido de las máquinas, y donde las almas no tienen otro sueño que el humo saliendo de las chimeneas de las fábricas. He visto Europa, ¡abominable y encantadora! Si se pareciese a su doble calificativo sería de oro y de sangre; pero de ella emana una fragancia de flores debido a las jóvenes mujeres. Allí los hombres no saben ya que tú existes, ¡oh Dios poderoso que los juzgas! Y junto con la fe que te ha creado, han perdido todas las demás hermosas creencias. Han arrojado a la basura los pudores, las caridades y las ternuras, que solamente recoge el poeta de vez en cuando como un buhonero bajo las estrellas; ¡el pájaro-esperanza ya no anida en las ramas del sueño! Se sorprenden de los héroes, se ríen de los enamorados. Han escuchado hablar de la amistad y de la fidelidad al juramento, pero ignoran lo que significa incluso para ellos mismos; podrían decir del sacrificio: «Es alguien que no conozco.» Codician el oro y el dinero a montones; que los corazones estén vacíos pero que los cofres estén llenos, llenos hasta desbordar con una fortuna bien o mal adquirida, es decir lujos, orgullos satisfechos, ambiciones realizadas, ¡a costa de la miseria de los demás! Y, decepción suprema, ya no aman el amor. A pesar de tantas bellas esposas y delicadas vírgenes, a pesar de tantas triunfantes cortesanas, a partir de ahora les está prohibido conocer qué puro goce eclosiona como una flor divina del himeneo de dos almas; y cuando incluso podrían coger esa flor, no quieren porque otras preocupaciones ocupan su espíritu. Besan las bocas rojas, abrazan los cuerpos níveos, se mueren sobre los senos palpitantes; pero no hay uno solo que guarde entre las páginas de un libro una violeta cogida por dos. Entran en los lupanares como entran en los restaurantes: porque tienen

hambre; y la mayoría son clientes a precio fijo. Luego, de pronto, esos hombres aferrados a sus bajos goces, se ven tomados y sacudidos por la rabia. ¡No pueden amar, pero pueden odiar! Se abalanzan unos sobre otros, enconados, espantosos, con gritos de muerte para regocijo de los cementerios; y, sobre los campos de batalla o en las plazas públicas, entre el estrépito y los incendios, fluye más sangre todavía que alrededor de los monstruosos carniceros negros de África.»

Al escuchar estas palabras, el Dios terrible se levantó. Iba a finalizar el gesto que sancionaría a los mundos culpables; la tierra, justamente castigada, desaparecería para siempre en el inconmensurable abismo.

Pero llegó un cuarto Mensajero diciendo:

«Cuando regresaba al azul paraíso, eché una última mirada hacia la morada de los hombres: en una callejuela de gavanzas, cerca de un pueblo de cabañas bajas, caminaban dos niños, él, de dieciséis años, ella de quince, ambos rubios, cogidos de la mano sin hablarse, pero mirándose, un poco en la distancia con los ojos húmedos por dulces lágrimas...»

Escuchando esto, el Dios justo no acabó la señal condenatoria de los mundos, y la tierra no fue destruida porque dos niños se amaban en ella.

## EL ÁRBOL SAGRADO

### I

Empujado a través de mares desconocidos por un viento que jamás había dejado de inflar las velas, el navío del Conquistador, tras las tempestades, los escollos y tantos vanos espejismos, llegó por fin a una tierra desierta; allí debía establecerse y triunfar la nueva nación que habían anunciado las profecías; y el gran hombre descendió a la orilla con sus compañeros armados de chuzos y hachas.

Ante ellos se levantaba un bosque inmenso, inextricable, salvaje, dónde rugían y silbaban las bestias celosas de su soledad.

Ante esa visión muchos hombres retrocedieron.

«Esta tierra, decían, no es propicia para la fundación de una ciudad, y mejor sería que izásemos el ancla para descubrir otra.»

Pero el Conquistador elegido por las Providencias respondió:

«Aquí es dónde se debe levantar la ciudad. En lugar de raíces se hundirán en el suelo las habitaciones de los hijos de Adán, y sus tejados subirán más alto que los más altos follajes; una raza humana y fraternal crecerá y se multiplicará donde pululan las serpientes y los tigres. Cortad la vegetación. Talad los árboles. ¡Manos a la obra, compañeros!»

Nadie se opuso a esa orden. Sobre el lindero y ante los brazos armados, se produjeron ruidos de desbroces, crujidos de ramas y huidas de animales espantados hacia las profundidades del bosque.

### II

Una hacha atacó un roble.

Era un árbol tan grande, tan tupido y tan majestuoso que esos hombres jamás habían visto nada parecido en su país. Dominaba el bosque por completo, como un rey gigante habría hecho con un reino enano, y las águilas que se arremolinaban en su copa, vistas desde abajo, parecían pajarillos sobre una rosa.

Al primer golpe de hacha, una voz grave salió del roble:

«Hombres llegados de lejos, ¿qué furor os impele a turbar mi vejez? Hace mucho tiempo, antes de que el primer nacido hubiese chillado en el seno de la primera mujer, yo ya me levantaba, destripando con mis raíces la profundidad de la tierra, desgarrando con mis ramas las nubes del cielo, y la caída de mis bellotas ha hecho germinar a mi alrededor la multitud de mi raza. Eterno testigo de lo efímero, he visto los embates de los diluvios que no me han arrastrado; volcanes surgir del suelo y regresar a él; olas ir y venir creando y destruyendo islas. ¡Deteneos, sacrílegos! Soy el inmemorial ancestro, venerable para el mismo Dios. »

Los leñadores interrumpieron su tarea, atenazados de miedo, tomados de religiosidad; ante el augusto roble, parecido a un paternal anciano, la hacha temblaba como en el brazo del parricida.

Pero el Conquistador dijo:

«El hombre va hasta el límite de su voluntad, sin reparar en vanos respetos. ¡Roble, yo construiré con tus ramas las vigas de mi tejado, como edificaré, si es necesario, la casa que me es debida, con los huesos de mis antepasados!»

Bajo el ímpetu de los esfuerzos, el árbol cayó en un estrépito formidable, doblegando, rompiendo, abatiendo los plátanos y los olmos; una leona, sorprendida durante la caída del tronco, quedó atrapada rugiendo y retorciéndose.

### III

Una hacha atacó un abedul.

Era un árbol frágil y gracioso, que se inclinaba, incluso sin brisa, como presa de miedo o de pudor, con un estremecimiento de plateados escalofríos.

Bajo la hacha, una dulce voz que salía del abedul, habló.

«Hombres llegados de lejos, ¡oh! ¿por qué me hacéis daño? ¿No veis lo delicado y frágil que soy y no tendréis piedad de mi, tan débil como estoy? Sin duda, varios de vosotros habéis dejado en vuestra lejana patria, una esposa o una novia cuyo amor os ha seguido con las golondrinas que vuelan alrededor de los mástiles. ¡Mirad! ¡mirad! ¿No soy esbelto como ellas? ¿No tengo, en el temblor de mis hojas, el temor con el que ellas se conmovieron la noche del primer beso? Escuchad: en mis suspiros bajo el viento reconoceréis esa querida voz esparcida a los cuatro vientos. ¡Oh, amantes! ¡oh, esposos! no seréis tan crueles para torturar el árbol que se parece a vuestra enamorada.»

Los leñadores interrumpieron su tarea, turbados por un recuerdo de amor; ante el bonito abedul, donde vivía la gracia de las muchachas, la hacha temblaba como en una mano levantada sobre una niña que pide perdón.

Pero el Conquistador dijo:

«El hombre va hasta el límite de su voluntad, sin reparar en vanas ternuras. ¡Abedul, yo cortaré tu debilidad que me irrita, como arrancarí de mi cuello, si fuese necesario, la caricia enamorada que retrasase mi camino!»

Bajo un ligero esfuerzo, el árbol cayó como una planta muerta, doblegando, rompiendo, abatiendo los brezos y las hierbas en flor; una libélula, atrapada a medias bajo la caída del tronco, no pudo reanudar su vuelo, agitando al aire sus pequeñas alas.

### IV

Una hacha atacó un sauce.

Era un árbol melancólico, que se curvaba hacia un charco estancado, dejando caer sus ramas parecidas a los cabellos despeinados de una viuda sobre una tumba.

Bajo la hacha, una voz triste que salía del sauce habló:

«Hombres llegados de lejos, ¿no tendréis piedad de mí, que lloró? ¿Jamás habéis llorado, y del mismo modo que me inclino en un eterno dolor, no habéis inclinado vuestra frente hacia la cama donde se moría una hija querida, hacia el sepulcro donde se había enterrado una madre de cabellos canos? ¡Oh, padres sin hijos! ¡oh, hijos huérfanos! respetadme, en nombre de los duelos comunes, y, entre la soledad, dónde se lamentan los cierzos, dejadme llorar en el agua muerta, hoja a hoja, para siempre!»

Los leñadores interrumpieron su tarea, enternecidos por el recuerdo de los difuntos; ante el sauce desolado que les recordaba los cementerios de la patria, el hacha temblaba como en los brazos de los que van a violar una sepultura.

Pero el Conquistador habló:

«El hombre va hasta el límite de su voluntad, sin reparar en vanas desesperaciones. ¡Sauce, yo haré útiles llamas con tus ramas y tus hojas, – con tus suplicantes brazos y tus lágrimas,– como arrojaría, si fuese necesario, las planchas de un ataúd a la hoguera que acoge mi descanso o en el fuego de mi forja!»

Bajo un único esfuerzo, el árbol cayó en un sollozo, doblegando, rompiendo, abatiendo los nenúfares del charco y los pálidos lotos; una liana florida, atrapada bajo la caída del tronco, no pudo desprenderse, pálida como era, parecida a una Ofelia retenida por los cabellos.

## V

Y en vano los demás árboles del bosque intentaron detener mediante suplicas las hachas asesinas. Todos caían bajo los brazos de los leñadores, mientras el Conquistador solo ocupaba su pensamiento en la fuerza y la gloria de la futura nación. Finalmente, lo que había sido un bosque inmenso, lleno de rugidos y silbidos, fue una llanura donde se elevaría la ciudad. Un único árbol quedaba en pie, un árbol que un último golpe iba a abatir.

Un pajarillo posado sobre una rama dijo:

«¿Qué vais a hacer, hombres llegados de lejos? Yo soy el pájaro-poeta de las frescas mañanas de primavera, de las cálidas noches de verano. Es mi costumbre anidar y cantar en este árbol.- Si lo taláis tendré que emprender el vuelo y jamás, jamás nadie en este país escuchará mi canto.»

Esta vez los leñadores se encogieron de hombros con una risa de desdén y levantaron las hachas.

Pero entonces el Conquistador dijo:

«Vosotros, que habéis golpeado al augusto roble, al abedul semejante a las muchachas y al sauce consolador de los muertos, dejad este árbol al pájaro; ¡es sagrado puesto que una voz canta en él! y el hombre se debilitaría en su labor sin ánimo ni alegría, si, para enaltecerle el alma y colmar su corazón, no se le cantase de vez en cuando una canción.»



## ÍNDICE

Las golondrinas .....	2
La inesperada.....	5
Don Juan en el paraíso.....	9
El retrato idéntico .....	13
Las flores en el agua .....	16
Los peligros de la caridad.....	19
La noche de bodas .....	22
La cocina de los ángeles .....	25
Fatalidad .....	28
El huésped .....	31
Las alas frustradas .....	35
La tristeza de las sirenas .....	38
El poseso.....	40
Una buena jornada .....	43
La vela inútil.....	47
El traje de novia.....	50
El incendiario.....	54
La momia.....	58
La flautista .....	66
La canastilla de Isamberte .....	71
El excluido.....	74
La boda de las luciérnagas.....	78
La conversa.....	81
Las azaleas.....	85
La ocasión.....	88
La ternura de la justicia .....	91
El árbol sagrado .....	94